IMPERIO & IMPERIALISMO

UNA LECTURA CRÍTICA DE MICHAEL HARDT Y ANTONIO NEGRI

ATILIO BORÓN

República Bolivariana de Venezuela
Fundación Editorial
el perro y la rana

BIBLIOTECA ANTI IMPERIALISTA OSCAR LÓPEZ RIVERA
SERIE *Nuestra América*

IMPERIO & IMPERIALISMO

UNA LECTURA CRÍTICA DE MICHAEL HARDT Y ANTONIO NEGRI

República Bolivariana de Venezuela
Fundación Editorial
elperroylarana

© Atilio A. Borón
© Fundación Editorial El **perro** y la **rana,** 2015
Centro Simón Bolívar,
Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010
Teléfonos: 0212.768.8300 / 768.8399.

Correos electrónicos
atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web
www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Redes sociales
Twitter: @perroyranalibro
Instagram: editorialperroyrana
Facebook: Editorial perro rana
Youtube: Editorial El perro y la rana
Soundcloud: perroyranalibro
Google+: Editorial El perro y la rana

Diseño de portada
Kevin Vargas

Edición
Juan Carlos Torres

Corrección
José Jenaro Rueda

Diagramación
Jairo Noriega

Hecho el Depósito de Ley
Depósito legal lfi40220153203648
ISBN 978-980-14-3125-1

Gobierno Bolivariano de Venezuela | Ministerio del Poder Popular para la Cultura

PuebloVictorioso

Biblioteca Antiimperialista Oscar López Rivera

Al imperialismo hay que señalarlo y argumentar sobre él.
Hugo Chávez Frías

Amar la patria no cuesta nada, lo que sí costaría es perderla... Si aceptamos esta verdad, entonces debemos estar dispuestos y preparados a despuntar un proyecto de descolonización.
Oscar López Rivera

La Biblioteca Antiimperialista Oscar López Rivera incluye textos que describen las prácticas imperiales, sus tecnologías abiertamente violentas o sutiles, sus artimañas legales e ideológicas; textos que permiten la toma de conciencia sobre el papel mezquino de intermediario y gendarme que han jugado las burguesías y las élites políticas "nacionales" en el despliegue de la dominación colonial; textos que reconstruyen la historia, analizan los hechos y reúnen evidencias para fundamentar la denuncia necesaria. Se trata de un proyecto de descolonización internacionalista que busca ligar las periferias, ser nodo activo y potente en el pluriverso de resistencias ante diversas acciones imperiales; un proyecto en favor de la dignidad de todos los pueblos y del derecho a un desarrollo sustentable en armonía con la naturaleza.

Las obras compiladas reescriben, a contrapelo del discurso hegemónico, la historia de las luchas por la soberanía y la

integración que han llevado adelante los pueblos del Sur: un Sur que no está fielmente apegado a la concepción geográfica del planeta, sino más bien un Sur cuyo orden es geopolítico y que está dialécticamente en oposición a un Norte abusivo y agresor.

La biblioteca se divide en tres series que responden al lugar donde se articula el discurso. *Nuestra América,* reúne perspectivas críticas que se despliegan desde el sur del Río Bravo hasta la Patagonia incluyendo el Caribe. *Sur global,* busca la articulación con hermanos que en África, el Medio Oriente y Asia comparten luchas e ideales emancipatorios. *Sures del Norte,* hace lo propio con los discursos que desde el corazón de los centros imperiales lo combaten y comparten con la gente del Sur una historia de resistencias contra la opresión.

IMPERIO & IMPERIALISMO

UNA LECTURA CRÍTICA DE MICHAEL HARDT Y ANTONIO NEGRI

ATILIO BORÓN

BIBLIOTECA ANTI IMPERIALISTA OSCAR LOPEZ RIVERA

SERIE *Nuestra América*

Palabras preliminares

Que la presente obra es polémica se anuncia ya en el propio título. Polémico no quiere decir tanto controversial como combativo o "escrito para el combate". Así, lo polémico es aquello que sirve –arte o tecnología– para el ataque y la defensa de una determinada posición política. Si la palabra controversia da en este caso con el sentido de lo polémico, esto es en la medida en que se trata de una *discusión* entre posturas opuestas, porque se lucha mediante las palabras y las ideas y, en particular, mediante la construcción y el desmontaje teórico. En tal sentido, el signo "&" en el título de la obra no expresa una conjunción sino la contraposición de los dos conceptos principales mediante los cuales se lucha, razón por la cual también sería posible escribir: Imperio vs. Imperialismo.

Pero es importante observar que en este caso el combate tiene lugar en torno a la definición o caracterización crítica de la actualidad de la dominación del capital, es decir, se trata de una discusión que se da entre los que luchan por la abolición del sistema de opresión, despojo y explotación llamado "capitalismo global". Si aquellos que luchan por el mismo fin lo hacen con tanta pasión y encono, esto se debe a que se trata de una cuestión decisiva: la definición de la forma político-jurídica del capitalismo contemporáneo, de sus condiciones de existencia, de su devenir histórico, de sus modos de

actuación y, en particular, de las formas en que ejerce el poder. Con esto también se quiere dar cuenta de las fuerzas que lo combaten y responder a la vieja pregunta: ¿qué hacer?

Como se comprenderá, para un espacio editorial como la Biblioteca Antiimperialista Oscar López Rivera, que pretende servir al conocimiento de las formas de dominación capitalista actuales, este título y la polémica en la que participa tienen un lugar central. Como editores no tomamos posición en la disputa, sino que brindamos herramientas para el debate, la toma de posición y la acción. Sí es importante decir que del conjunto de trabajos que critican el publicitado *Imperio* de Negri y Hardt, el de Atilio Borón es uno de los más claros, contundentes y aguerridos, razones por las cuales hemos decidido publicarlo.

Para esta casa editorial es un inmenso honor y causa de alegría contar con el apoyo de Atilio Borón, quien dando muestras de su eterno compromiso con la Revolución Bolivariana y con las luchas de los oprimidos cedió los derechos de publicación de su libro para que hiciese parte de este proyecto de descolonización antiimperialista.

El autor desea expresar su gratitud para quienes, de una manera u otra, hicieron posible con su trabajo y sus comentarios la aparición de este libro. Especiales agradecimientos cabe hacer llegar a Ivana Brighenti, Florencia Enghel, Jorge Fraga, Sabrina González, María Alicia Gutiérrez, Bettina Levy, José Seoane, Emilio Taddei y Andrea Vlahusic, ninguno de los cuales, por supuesto, es responsable por las afirmaciones contenidas en este libro.

Prólogo (necesario)
a la quinta edición en lengua castellana

El libro que el lector tiene ahora entre sus manos intenta debatir, tanto desde el punto de vista teórico como a la luz de los datos de la experiencia histórica y contemporánea, las tesis que Michael Hardt y Antonio Negri desarrollaron en *Imperio*. Si en las ediciones anteriores hemos preferido dejar de lado el examen de algunos acontecimientos a la vez trascendentes y espectaculares, como los atentados del 11 de septiembre en Nueva York y Washington –pese a que los mismos ponían seriamente en cuestión el argumento teórico de Hardt y Negri– al momento en que los editores se disponen a imprimir esta, nuestra quinta edición, en febrero de 2004, tal actitud no solo es imposible sino a la vez indeseable. En efecto, la Guerra de Irak, declarada en solitario por los Estados Unidos, ha tenido sobre el análisis propuesto en aquella publicación el mismo efecto que sobre la autoestima norteamericana tuviera la caída de las Torres Gemelas de Nueva York.

Mucha agua ha corrido bajo los puentes y mucha sangre ha sido derramada como consecuencia de la persistencia de las políticas imperialistas desde la primera aparición de *Imperio & Imperialismo*. Es preciso, por lo tanto, dar cuenta de estas nuevas realidades. Si al escribirlo nuestra idea original fue la de hacer un "texto viviente", para utilizar la feliz expresión de Antonio Gramsci, este mal podría

permanecer impertérrito ante las vicisitudes de una época como la actual, caracterizada por el horror y el terror infinitos asestados en contra de poblaciones indefensas; por la desenfrenada agresión a la sociedad humana y la naturaleza perpetrada en nombre de la tasa de ganancia y las cotizaciones en la bolsa de valores; y por el inigualado cinismo con que verdaderos esperpentos que ni siquiera el propio Valle Inclán pudo imaginar –nos referimos, por supuesto, a los Bush, Aznar, Blair y Berlusconi que pueblan las alturas de los Estados capitalistas por doquier– definen a sus fechorías como nobles acciones encaminadas a construir un mundo más seguro, pacífico y justo. Mediante la macabra manipulación de palabras y hechos, reproducida incesantemente por los medios de comunicación de masas férreamente controlados por el capital, su salvaje terrorismo se convierte en "guerra humanitaria", sus masacres a mansalva en ocasionales "daños colaterales",y sus guerras de rapiña y conquista en cruzadas a favor de la libertad y la democracia.

Este prólogo, por lo tanto, tiene por objeto sugerir algunos nuevos elementos interpretativos sobre la caracterización de la fase actual del imperialismo a la luz de las enseñanzas que arroja la Guerra de Irak. Tal revisión se torna imprescindible no solo para desbaratar la propaganda orquestada desde Washington y proyectada a todo el mundo con relación a la ocupación militar norteamericana en dicho país, sino porque, como veremos en las páginas que siguen, aún dentro de las filas de la izquierda predomina una lamentable confusión en torno al imperialismo y sus formas actuales de manifestación. Confusión que se torna aún peor dada la maligna tendencia de la mayoría de los intelectuales a ser "políticamente correctos" o "bienpensantes", es decir, a no cuestionar las premisas silenciosas de su época que, como ya Marx y Engels lo descubrieran en sus textos juveniles, no son otra cosa que las ideas de la clase dominante.

Dado que sin un análisis preciso de la realidad no puede haber una línea política correcta para combatir los flagelos del imperialismo, clarificar este asunto se convierte en una materia de la mayor importancia. Este ensayo pretende sumar su humilde aporte a dicha empresa.

Las "duras réplicas" de la Guerra en Irak

Comencemos parafraseando una expresión utilizada por Norberto Bobbio, "las duras réplicas de la historia", para referirse a la refutación que, según sus análisis, había sufrido la teoría marxista del estado debido a los cambios experimentados por los capitalismos democráticos a lo largo del siglo xx. La ocupación militar de Irak, declarada por Washington con el solo apoyo de su principal Estado-cliente, el Reino Unido, y su nuevo lacayo hispanoparlante, José M. Aznar, ha generado también sus duras, durísimas réplicas sobre la difundida teorización de Michael Hardt y Antonio Negri, objeto de nuestro libro. Los acontecimientos que se sucedieron en la arena internacional a partir de la publicación original en lengua inglesa de la mencionada obra, y de manera muy especial la Guerra de Irak, han refutado de manera inapelable, con la contundencia de los hechos históricos, la temeraria teorización propuesta por aquellos en su libro. Este no solo se reveló incapaz de interpretar adecuadamente la historia del imperialismo y su estructura actual, sino también de dar cuenta de los rasgos definitorios de la nueva fase iniciada tras el derrumbe de la Unión Soviética y el fin del orden mundial de postguerra.

Una somera enumeración de algunas de las principales "víctimas teóricas" de los sucesos prácticos ocurridos recientemente identificaría, entre otras, las siguientes:

La concepción de Hardt y Negri sobre el papel de las Naciones Unidas y el Derecho Internacional

En efecto, tal como se señala *in extenso* en nuestro libro, los autores de *Imperio* exageraron groseramente la importancia y la gravitación efectiva de las Naciones Unidas y la legislación internacional. Al carecer de los instrumentos teóricos necesarios que les permitieran percibir la complejidad de la estructura del sistema imperialista –dado que tales instrumentos no se encuentran en la "caja de herramientas" de la filosofía postmoderna francesa, la

política italiana y la ciencia económica norteamericana, las tres reconocidas fuentes de su teorización–, nuestros autores cayeron fácilmente en el engaño inducidos por las apariencias "democráticas" del multilateralismo y del sistema de las Naciones Unidas. Confundieron, en consecuencia, la hueca formalidad del imperio con su sustancia constitutiva, y tomaron la forma por el fondo. El contraste entre esta imagen y la realidad era evidente aun para los principiantes en el estudio de las relaciones internacionales. Ofuscados por las inadecuaciones de sus propios conceptos, devenidos una vez más en verdaderas cárceles del pensamiento, Hardt y Negri no podían ver lo evidente. La invasión unilateralmente decretada por el presidente George W. Bush hizo que las contradicciones entre su teorización y la realidad fuesen estridentes e insoportables. Violando ese supuesto orden corporizado en las Naciones Unidas, los Estados Unidos decidieron –como política oficial y ya no más como un *position paper* circulando subrepticiamente por las oficinas de Washington y escrito por algún halcón paranoico del Pentágono– hacer caso omiso de cualquier resolución que pudiese adoptar en contrario el Consejo de Seguridad, para ni hablar de la Asamblea General, y arrasar a Irak. Fiel a dicha actitud, la Casa Blanca no vaciló en proseguir adelante en la defensa de su seguridad nacional supuestamente amenazada, prescindiendo por completo de la necesidad de construir los trabajosos acuerdos políticos requeridos por la Carta de las Naciones Unidas y de someterse a los dictados de una legislación internacional que el centro imperial siempre consideró como un mero tributo a la demagogia, y que solo debía obedecerse en la medida en que no afectase los intereses de Washington. Esta postura fue llevada a cabo aún a pesar de los altos costos que implicaba como, por ejemplo, la ruptura del consenso noratlántico, la crisis de la OTAN y el grave entredicho con Francia y Alemania, cuyas secuelas habrán de ser visibles por mucho tiempo. El hecho de que luego de consumada la agresión a Irak el Consejo de Seguridad hubiera adoptado una resolución por unanimidad exhortando a la reconstrucción democrática y compartida de Irak no hizo sino legitimar *post bellum* la

agresión imperialista y la destrucción de los tambaleantes restos del orden multilateral de postguerra. Esta resolución del Consejo de Seguridad, no obstante, fue equivocadamente interpretada por Antonio Negri en una reciente entrevista periodística como una capitulación norteamericana frente a las Naciones Unidas, cuando se trata exactamente de lo contrario: la impotente resignación de la ONU ante el brutal atropello cometido por Washington[1]. Este disparate en la apreciación –siempre difícil, es cierto– de la coyuntura actual se repite también en la caracterización que a lo largo de las páginas de *Imperio* se hace de acontecimientos del pasado. Esta peligrosa confusión entre retórica y realidad llevó a nuestros autores, por ejemplo, a exaltar la figura del presidente Woodrow Wilson, siguiendo los lineamientos más convencionales de la ideología oficial norteamericana que lo presentan como un "idealista", un apacible constructor de la paz y un hombre inspirado en las nobles ideas kantianas de la comunidad universal. Tal visión ignora, entre otras cosas, los ácidos comentarios de John M. Keynes acerca de la duplicidad e hipocresía que caracterizaron al personaje ("un consumado farsante", según Keynes) o al hecho, para nada banal, de que haya sido precisamente durante su presidencia que los *marines* ocuparon el puerto mexicano de Veracruz e invadieron Nicaragua y la República Dominicana.

La concepción acerca del carácter supuestamente desterritorializado y descentrado del imperialismo

Otra de las víctimas de la Guerra de Irak ha sido la proposición que declaraba la obsolescencia de las cuestiones territoriales (y en gran medida materiales) a favor de lo virtual, simbólico e inmaterial. Esta volatilización de los elementos territoriales del imperialismo (¡y del capitalismo!) tendría varias consecuencias necesarias. En primer lugar, el irreversible desplazamiento de las antiguas

1 Oscar Raúl Cardoso. "'La Argentina no sabe qué hacer con su burguesía' Entrevista con el filósofo Toni Negri", Suplemento Zona del diario *Clarín,* Buenos Aires: 26 de octubre de 2003.

soberanías fincadas en los arcaicos Estados nacionales territoriales hacia un vaporoso espacio presuntamente supranacional, lugar donde se constituiría una nueva soberanía imperial despojada de cualquier vestigio estatal nacional y, por lo tanto, de cualquier referencia territorial o geográfica. En segundo lugar, la progresiva desaparición de un centro, territorialmente situado, que "organice" la estructura internacional de dominación y, por ende, el desvanecimiento de la distinción entre centro y periferia. En lugar de ello, lo que caracterizaría al imperio sería la primacía de una "lógica global de dominio" superadora de los tradicionales intereses nacionales y cuya belicosa reafirmación ocasionara innumerables guerras "imperialistas" en el pasado.

Si hay algo que demostró la agresión descargada sobre Irak fue el carácter meramente ilusorio de estas concepciones tan caras a los autores de *Imperio*, a las cuales Bush desmintió con los rudos modales del *cowboy* tejano. Una de las primeras lecturas que podemos hacer de los acontecimientos de Irak es que –seguramente haciendo oídos sordos de la conceptualización de Hardt y Negri– la superpotencia solitaria se ha asumido plenamente como imperialista, y no solo no intenta ocultar esta condición, como ocurría en el pasado, sino que hasta hace gala de ella. Intervino militarmente en Irak, como seguramente lo hará en otras partes, obedeciendo a la más grosera y mezquina defensa de los intereses del conglomerado de gigantescos oligopolios que configuran la clase dominante norteamericana, intereses que gracias a la alquimia de la hegemonía burguesa se convierten, milagrosamente, en los intereses nacionales de los Estados Unidos. Los hombres de la industria petrolera que hoy transitan por los salones de la Casa Blanca se abalanzaron, bajo absurdos pretextos, sobre un país para apoderarse de las enormes riquezas que guarda en su subsuelo. Dicho de manera lisa y llana, la ocupación militar de Irak es pura conquista territorial a cargo del actor central de la estructura imperialista de nuestros días. No hay allí nada "desterritorializado" o inmaterial. Es la vieja práctica reiterada por enésima vez.

Nada puede ser más desacertado, pues, que la imagen evocada por Hardt y Negri en su libro, en la cual Washington se involucra militarmente a lo ancho y largo del planeta en respuesta a un clamor universal para imponer la justicia y la legalidad internacionales. Toda una plétora de, hasta hace poco, oscuros publicistas de la ultraderecha –especialmente Robert Kagan y Charles Krauthammer– ha emergido a la luz pública para justificar abiertamente esta reafirmación de un unilateralismo imperialista al que poco y nada le preocupan la justicia y la legalidad internacionales, uniendo fuerzas con otros autores que, como Samuel P. Huntington o Zbigniew Brzezinski, habían desde hace ya unos años delineado los imperativos estratégicos de la "superpotencia solitaria" y la impostergable necesidad de asumir a plenitud los desafíos que se desprenden de su condición de punto focal de un vasto imperio territorial. Uno de tales desafíos, no ciertamente el único, es el derecho –¡y no solo esto sino en realidad el deber, en función del "destino manifiesto" que convierte a los Estados Unidos en portador universal de la libertad y la felicidad de los pueblos!– de apelar a la guerra cuantas veces sea necesaria para impedir que el frágil y altamente inestable "nuevo orden mundial" proclamado por George Bush padre, a la salida de la primera Guerra del Golfo, se derrumbe como un castillo de naipes. Y nada de esto puede hacerse sin reforzar considerablemente la soberanía estatal-nacional norteamericana y sus órganos efectivos de proyección internacional, principalmente sus fuerzas armadas. Esta y no otra es la razón por la cual el gasto militar de los Estados Unidos equivale a casi la mitad del gasto militar total del planeta. De este modo, la idílica idea planteada por Hardt y Negri: los Estados Unidos renunciando a la defensa de sus intereses nacionales y al ejercicio del poder imperialista, y transfiriendo su soberanía a un quimérico imperio, en aras del cual la Casa Blanca responde magnánimamente al clamor internacional en pro de la justicia y el derecho globales, quedó sepultada por el aluvión de "bombas inteligentes" que se descargaron sobre la geografía iraquesa.

Un difunto que goza de muy buena salud

Otra de las enseñanzas de la Guerra de Irak ha sido la actualización de algunos de los rasgos que caracterizaban al "viejo imperialismo". En la versión de nuestros autores, la exaltación de los elementos virtuales establecía un límite infranqueable entre el "viejo imperialismo" y el novísimo imperio, entendiendo por el primero aquel sistema de relaciones internacionales que se encuadraba, aproximadamente, en los cánones establecidos por el análisis leninista y compartidos en gran medida por algunos autores clásicos del tema como Bujarin y Rosa Luxemburgo. Uno de tales rasgos era, precisamente, la ocupación territorial y el saqueo de los recursos naturales de los países coloniales o sometidos a la agresión imperialista. De la lectura de *Imperio* se desprende una concepción teórica indiferente ante la problemática del acceso a los recursos estratégicos para el mundo de la producción y la misma sustentabilidad de la civilización capitalista, explicable por el fuerte énfasis puesto por sus autores sobre los (hoy por hoy, sin duda, importantes) aspectos inmateriales del proceso de creación de valor y las transformaciones de la moderna empresa capitalista. La Guerra en Irak demostró, ya desde sus tragicómicos prolegómenos, lo desacertada que era esta concepción. Basta con recordar al presidente Bush exhortando –con una patética sonrisa apenas disimulada en sus labios– a los iraquíes a no destruir sus pozos de petróleo y a abstenerse de incendiarlos, para comprender el carácter absolutamente crucial que el acceso y control de los recursos naturales estratégicos desempeña en la estructura imperialista mundial. El petróleo constituye, hoy por hoy, el sistema nervioso central del capitalismo internacional, y su importancia es aún mayor que la que tiene el mundo de las finanzas. Este no puede funcionar sin aquel: todo el enjambre de aquello que Susan Strange ha denominado correctamente "capitalismo de casino" se desmoronaría en cuestión de minutos ante la desaparición del petróleo. Y este, lo sabemos, estará agotado de la faz de la Tierra en no más de dos o tres generaciones. Sería de una ingenuidad imperdonable suponer que

la disidencia francesa frente a los atropellos norteamericanos en Irak se funda en el ardor de las convicciones democráticas y anticolonialistas de Jacques Chirac, o en los irrefrenables deseos de la derecha francesa de asegurar para el pueblo iraquí el pleno disfrute de las delicias de un orden democrático. Lo que motorizó la intransigencia francesa fue, por el contrario, algo mucho más prosaico: la permanencia de las empresas de ese país en un territorio en donde se encuentra la segunda reserva de petróleo del mundo. Contrariamente a lo que nos inducen a pensar Hardt y Negri en su visión sublimada –y, por lo tanto, complaciente– del imperio, uno de los posibles escenarios futuros del sistema internacional es el de una acrecentada rivalidad interimperialista en donde el saqueo de los recursos estratégicos, como el petróleo y el agua, y la pugna por un nuevo reparto del mundo bien pudieran tener como consecuencia el estallido de nuevas guerras de rapiña, análogas en su lógica a las que conociéramos a lo largo del siglo xx, en los tiempos en los que el imperialismo gozaba de envidiable salud.

Otra víctima: la concepción desarrollada en *Imperio* acerca de las mal llamadas empresas transnacionales

En efecto, Hardt y Negri hicieron suya –suponemos que sin ser conscientes de ello– la visión del mundo capitalista, cultivada con esmero por las principales escuelas de negocios de los Estados Unidos y Europa y los teóricos de la "globalización" neoliberal.

Como es bien sabido, en el pensamiento de la derecha el irresistible ascenso de la globalización aparece como un fenómeno tan "natural" como el movimiento de los astros y que da origen a un nuevo mundo de economías interdependientes. Los agentes económicos operan, por lo tanto, en un escenario plano y libre de los obstáculos que antes interponían los poderosos Estados nacionales. En ese espacio reina la libre competencia, y las viejas asimetrías del pasado, con sus odiosas distinciones entre metrópolis y colonias, son cosas del pasado solo evocadas por izquierdistas nostálgicos de un mundo que ya no existe más.

Según esta interpretación, no solo han periclitado las economías "nacionales", devoradas por el fárrago de la globalización, sino que las grandes empresas se han desprendido por completo de los últimos vestigios de su adscripción nacional. Ahora son todas transnacionales y globales, y lo que requieren para operar eficientemente es un espacio mundial liberado de las antiguas trabas y restricciones "nacionales" que pudieran entorpecer sus movimientos. Desde una lectura supuestamente anticapitalista, este espacio vendría a ser, precisamente, el imperio, tal cual es caracterizado en la obra de Hardt y Negri. Tal como lo demostraremos en las páginas que siguen, la realidad se encuentra a años luz de esta visión. Hay una distinción elemental (que es completamente pasada por alto en la obra que estamos criticando) entre teatro de operaciones de las empresas y el ámbito de su propiedad y control. Si en el caso de los modernos leviatanes empresariales –una pequeñísima proporción del total de empresas que existen en el mundo– su escala de operaciones es claramente planetaria, la propiedad y el control siempre, absolutamente siempre, tienen una base nacional: las empresas son personas jurídicas que están registradas en un país en particular y no en la sede de las Naciones Unidas en Nueva York. Están radicadas en una ciudad, se atienen a un determinado marco legal nacional que las protege de eventuales expropiaciones, pagan impuestos por sus ganancias en el país donde se encuentra radicada su matriz, y así sucesivamente. Pero si algunas dudas quedaban acerca del carácter "transnacional" de la moderna empresa capitalista, la conducta de la Casa Blanca y su brutal insistencia en que las beneficiarias de la operación bélica iniciada en nombre de la libertad y la necesidad de liberar al mundo de las amenazas de un peligroso monstruo como Saddam no podían ser otras que las empresas norteamericanas, vino a demostrar, con la tosquedad característica de los rancheros de Texas, la irrealidad de las tesis desarrolladas en *Imperio* sobre este asunto. No solo eso. No se trata ya de que las empresas norteamericanas se llevan la parte del león de la operación iraquí. La forma misma en que dichos privilegios fueron adjudicados entre empresas, vinculadas

todas ellas a la camarilla gobernante norteamericana, recuerda los métodos utilizados por las distintas familias de la mafia neoyorquina para dividirse el control de los negocios en la ciudad. ¿Qué relación guarda este reparto imperialista con las idílicas teorizaciones que hallamos en *Imperio*? Absolutamente ninguna.

Por último, un párrafo final merece el papel desarrollado por los movimientos contrarios a la globalización neoliberal y que la prensa capitalista no por casualidad denomina "no global" o "antiglobalización". El objetivo nada inocente de esa opción semántica es más que evidente: transformar a los críticos de la globalización neoliberal en monstruos antediluvianos que pretenden detener la marcha de la historia y del progreso tecnológico. El "no global" aparece así ante los ojos de la opinión pública mundial como un heteróclito conjunto de melancólicos buscadores de utopías en un mundo que gira al compás de los mercados. Allí se rejuntan socialistas, comunistas, anarquistas, ecologistas, pacifistas, militantes de los derechos humanos, feministas, indigenistas y todo tipo de sectas y tribus recalcitrantes, que se empecinan en ignorar que el mundo ha devenido en uno solo, que por primera vez en la historia se ha "uni-versalizado" y, por eso mismo, decretado el fin de todo tipo de milenarismos y particularismos. Por el contrario, los movimientos que resisten a la tiranía de los mercados creen que otra globalización es posible (y urgentemente necesaria), que la actual es producto del hasta hace poco incontestado predominio de las grandes empresas, que nada tiene de natural sino que es producto de la derrota sufrida por las fuerzas populares, de izquierda y democráticas en las décadas de los setenta y los ochenta, y que la historia, lejos de haber concluido, recién está en sus comienzos y que tan siniestro resultado puede y debe ser revertido.

La vigorosa emergencia de tales movimientos contradice algunos planteamientos centrales del libro de Hardt y Negri. Los "no global" tienen el formidable mérito de haber puesto en marcha un gran movimiento pacifista incluso antes del inicio de las operaciones en Irak. Si, como lo recuerda Noam Chomsky, el pacifismo en relación con la Guerra de Vietnam apareció tímidamente más

de cinco años después de iniciada la escalada militar en Vietnam del Sur, en el caso de la reciente guerra ese movimiento logró articular una propuesta masiva y de un vigor inédito semanas antes del comienzo de las hostilidades. Se calcula que unos quince millones de personas se manifestaron por la paz en las principales ciudades de todo el mundo. En Inglaterra y en España, no por casualidad países cuyos gobiernos fueron cómplices de la agresión imperialista de los Estados Unidos, las demostraciones callejeras adquirieron un volumen inédito en la historia. Los gobiernos de Blair y Aznar dieron una lección ejemplar de las insalvables limitaciones de la democracia capitalista al desoír, con absoluto cinismo, lo que reclamaban con sus movilizaciones y con sus respuestas a las numerosas encuestas de opinión pública los supuestos soberanos del orden democrático. Como lo hemos argumentado en otras partes, en los capitalismos democráticos lo sustancial es el componente capitalista de la fórmula y lo democrático es apenas un accesorio que se puede respetar siempre y cuando no afecte las cuestiones de fondo. La operación de rapiña imperialista era una cuestión de fondo ordenada por la Junta que actualmente gobierna los Estados Unidos –recordemos, con Gore Vidal, que es Bush el primer presidente norteamericano que accede a la Casa Blanca por la vía de un golpe institucional perpetrado por la Suprema Corte de ese país– y, por lo tanto, las "formalidades" democráticas debían ser dejadas de lado. Los pequeños déspotas hicieron lo que quisieron y siguieron hasta el final con el plan elaborado por los halcones de la Casa Blanca, pese al repudio abrumador de la opinión pública. En el caso español, el rechazo a la guerra alcanzaba el 90% de los entrevistados, a pesar de lo cual el gobierno del Partido Popular prosiguió impertérrito con su política.

Lo anterior viene al punto debido a que, en su libro, nuestros autores consagran como el verdadero "héroe" de la lucha contra el imperio al migrante anónimo y desarraigado, que abandona su terruño del Tercer Mundo para internarse en las entrañas del monstruo y, desde ahí y junto a otros como él o ella que constituyen la famosa "multitud", librar batalla contra los amos del mundo. Sin

desmerecer la importancia que puedan tener tales actores sociales, lo cierto es que lo que se ha venido observando en los últimos años –y muy especialmente en las manifestaciones en contra de la guerra de comienzos de 2003– es el vigor de un movimiento social que tiene raíces muy sólidas en las estructuras sociales del capitalismo metropolitano y que capta numerosos adeptos, especialmente aunque no solo entre los jóvenes, en grandes segmentos sociales que están sufriendo un acelerado proceso de descomposición en virtud de la mundialización neoliberal. Esto no significa negar la participación de grupos de inmigrantes, pero lo cierto es que la composición social de tales movimientos revela que la presencia de estos está lejos de ser preponderante y es antes que nada marginal. En todo caso, por su complejidad y radicalidad, su original innovación en lo tocante a la estrategia de organización de los sujetos colectivos, sus modelos discursivos, sus estilos de acción y, finalmente, por su anticapitalismo militante, el movimiento "no global" representa uno de los desafíos más serios con que se tropieza el imperio realmente existente. Esto también constituye una novedad que plantea serias dudas en relación con las tesis elaboradas por Hardt y Negri acerca de los sujetos de la confrontación social y la incierta fisonomía sociológica de la "multitud".

Recapitulando

Estamos viviendo un momento muy especial en la historia del imperialismo: el tránsito de una fase, llamémosla "clásica", a otra cuyos contornos recién se están dibujando, pero cuyas líneas generales ya se disciernen con claridad. Nada podría ser más equivocado que postular, como hacen Hardt y Negri en su libro, la existencia de una entidad tan inverosímil como un "imperio sin imperialismo", lo cual constituye un desmovilizador oxímoron político. De ahí la necesidad de polemizar con sus tesis porque dada la excepcional gravedad de la situación actual –un capitalismo cada vez más regresivo y reaccionario en lo social, lo económico, lo político y lo cultural, y que criminaliza los movimientos sociales de protesta y

militariza la política internacional– solo un diagnóstico preciso sobre la estructura y el funcionamiento del sistema imperialista internacional permitirá a los movimientos sociales, partidos, sindicatos y organizaciones populares de todo tipo, que luchan por su derrocamiento, encarar las nuevas jornadas de lucha con alguna posibilidad de éxito.

La ilusión de que podemos emprender la lucha sin conocer con precisión el terreno donde habrán de librarse los grandes combates de la humanidad solo puede preanunciar nuevas y más apabullantes derrotas. El entrañable *Don Quijote* no es un buen ejemplo que debamos imitar: confundir los molinos de viento con poderosos caballeros de lanza y armadura no fue el mejor camino para la realización de sus sueños. Tampoco sirve como modelo de inspiración san Francisco de Asís, otra figura exaltada en el texto de Hardt y Negri. En realidad, no hay lucha emancipatoria posible, si no se dispone de una adecuada cartografía social que describa con precisión el teatro de operaciones y la naturaleza social del enemigo, y sus mecanismos de dominación y explotación.

Las flagrantes distorsiones a las cuales puede llegar una concepción equivocada como la que sostienen Hardt y Negri pueden ser asombrosas. Baste con leer al último de los nombrados cuando afirma que "la guerra de Irak fue un golpe de Estado de los Estados Unidos en contra del imperio", junto con muchas otras declaraciones por el estilo. Quisiéramos concluir citando *in extenso* la entrevista concedida por Negri al diario *Clarín* de Buenos Aires, cuya elocuencia es insuperable. En ella nuestro autor aseveró que la actual ocupación norteamericana en Irak no constituye un caso de "administración colonial, sino un proceso clásico de *nation building* (construcción de nación). Y por ende se trata de una transformación de sentido democrático. Ese es el pretexto de Estados Unidos. Es una ocupación militar que derribó un régimen, pero después el problema es *nation building*, o sea un intento de transición, no de colonización. Sería como decir que es colonizador el hecho de pasar de la dictadura a la democracia en Hungría o Checoslovaquia. No hay una actitud de ese tipo en la administración estadounidense.

Estos estadounidenses quieren parecer más malos de lo que son". Conviene preguntarse ante esta increíble confusión en donde una guerra de rapiña y ocupación territorial aparece dulcificada como una altruista operación de *nation building* y de exportación democrática: ¿será posible avanzar en la lucha concreta contra el imperialismo "realmente existente" unidos con un instrumental teórico tan tosco como el que nos proponen estos autores y que los conduce a tan disparatadas conclusiones? Al final de todo, filosofar es distinguir. Mala filosofía es aquella incapaz de diferenciar una guerra de conquista de un proceso de construcción nacional.

De bien poco sirve proyectar con esmero los rasgos de una nueva sociedad si no se conoce, de manera realista, la fisonomía de la sociedad actual que es preciso superar. Un mundo postcapitalista y postimperialista es posible. Es más, diríamos que es imprescindible, puesto que, de seguir funcionando con la lógica predatoria del capitalismo, la sociedad actual se encamina hacia su autodestrucción. Pero antes de construir esa nueva sociedad –más humana, justa, libre y democrática que la precedente–, será necesario emplear todas nuestras energías para superar la que hoy nos oprime, explota y deshumaniza, y que condena a casi la mitad de la población mundial a subsistir miserablemente con menos de dos dólares diarios. Y esta verdadera epopeya emancipatoria tiene como una de sus condiciones de posibilidad, no la única pero ciertamente una de las más importantes, la existencia de un conocimiento realista y preciso del mundo que deseamos trascender. Si en lugar de ello somos prisioneros de las ilusiones y mistificaciones que con tanta eficacia genera y disemina la sociedad burguesa, nuestras esperanzas de construir un mundo mejor naufragarán irremisiblemente. Este libro pretende ser un modesto aporte para evitar tan triste y cruel desenlace.

Prólogo

Primero un poco de historia. En septiembre del 2001 Tariq Ali, uno de los editores de la *New Left Review*, nos invitó a escribir un capítulo en un volumen colectivo a publicarse por Verso, en Londres, a mediados del corriente año. El libro reúne una serie de comentarios críticos a *Imperio*, a los cuales se les agregará la respuesta de Michael Hardt y Antonio Negri. Dado que aquel debía ser entregado en inglés, y habida cuenta de nuestras catastróficas experiencias previas en materia de traducciones, decidimos escribirlo directamente en esa lengua. Fue enviado a Londres y distribuido entre algunos de los coautores del volumen consignado y, por supuesto, a los autores de *Imperio*. Con ocasión del segundo Foro Social Mundial, celebrado en Porto Alegre a fines de enero de 2002, entregamos el texto a algunos colegas y amigos con el objeto de recabar comentarios. Al poco tiempo comenzamos a recibir urgentes pedidos de autorización para traducir el texto al idioma español. Preocupados también por los riesgos que entraña cualquier traducción, decidimos asumir por nuestra cuenta el esfuerzo. Al traducir la versión original a nuestra lengua materna lo que ocurrió fue que la reescribimos por entero, ampliando comentarios, agregando datos y sugiriendo nuevas reflexiones. El resultado es este libro.

Lo anterior es historia y circunstancia. Hubo también razones más de fondo. En primer lugar, la necesidad de considerar muy seriamente una obra producida por dos autores del calibre intelectual

de Michael Hardt y Antonio Negri (H&N de ahora en adelante). Su trayectoria intelectual y política, dilatada y fecunda especialmente en el caso del segundo de los nombrados, los hace merecedores de todo respeto y nos obliga, por eso mismo, a examinar muy cuidadosamente el mérito de los planteamientos que desarrollan a lo largo de un libro tan polémico y de tan notable impacto público como *Empire*[2]. En segundo término, por la importancia sustantiva del tema que se aborda en ese trabajo: el imperio o, tal vez, en una definición que nos parece más apropiada, el sistema imperialista en su fase actual.

Las dificultades para acometer una empresa de este tipo no son pocas. Se trata de dos intelectuales identificados con una postura crítica en relación con el capitalismo y a la mundialización neoliberal y que, por añadidura, tuvieron la valentía de abordar el examen de un tema de crucial importancia en la coyuntura actual. En efecto, por profunda que sea nuestra disidencia teórica con la interpretación que H&D acaban proponiendo, es preciso reconocer que una revisión y una puesta al día como la emprendida por nuestros autores era necesaria. Por una parte, porque las deficiencias de los análisis convencionales de la izquierda en relación con las transformaciones experimentadas por el imperialismo en el último cuarto de siglo eran inocultables y exigían una urgente actualización. Por la otra, porque las falencias del "pensamiento único" sobre esta materia –divulgado *urbi et orbi* por el FMI, el Banco Mundial y las agencias ideológicas del sistema imperial– que se plasma en la teoría neoliberal de la "globalización" son aún mayores. Para quienes, como el autor de este libro, la misión fundamental de la filosofía y la teoría política es cambiar el mundo y no solo interpretarlo –para citar la recordada "Tesis Onceava" de Marx sobre Feuerbach–, una teoría correcta constituye un instrumento insustituible para que los movimientos populares que resisten la mundialización neoliberal puedan navegar con un margen razonable de certidumbre en las turbulentas aguas del capitalismo contemporáneo.

2 Michael Hardt y Antonio Negri. *Empire*, Harvard University Press, Cambridge, Mass.:2000. Traducción al español: *Imperio*, Paidós, Buenos Aires: 2002.

Uno de los factores que más nos impulsó a escribir esta obra es la rotunda convicción de que la respuesta que ofrecen H&N a este desafío es altamente insatisfactoria y que puede ser fuente de renovadas frustraciones en el terreno de la práctica política.

Es evidente que un fenómeno como el del imperialismo actual –su estructura, su lógica de funcionamiento, sus consecuencias y sus contradicciones– no se puede comprender adecuadamente procediendo a una relectura talmúdica de los textos clásicos de Hilferding, Lenin, Bujarin y Rosa Luxemburgo. No porque ellos estaban equivocados, como le gusta decir a la derecha, sino porque el capitalismo es un sistema cambiante y altamente dinámico que, como escribieran Marx y Engels en *El Manifiesto Comunista*, "se revoluciona incesantemente a sí mismo". Por consiguiente, no se puede entender al imperialismo de comienzos del siglo xxi leyendo *solamente* a estos autores. Pero tampoco se lo puede comprender *sin* ellos. No se trata, por supuesto, de la monótona y estéril reiteración de sus tesis. El objetivo es avanzar en una reformulación que, partiendo desde la revolución copernicana producida por la obra de Marx –que nos suministra una clave interpretativa imprescindible e irreemplazable para explicar a la sociedad capitalista–, reelabore con audacia y creatividad la herencia clásica de los estudios sobre el imperialismo a la luz de las transformaciones de nuestro tiempo. El imperialismo de hoy no es el mismo de hace treinta años. Ha cambiado, y en algunos aspectos el cambio ha sido muy importante. Pero no se ha transformado en su contrario, como nos propone la mistificación neoliberal, dando lugar a una economía "global" donde todos somos "interdependientes". Sigue existiendo y oprimiendo a pueblos y naciones, y sembrando a su paso dolor, destrucción y muerte. Pese a los cambios conserva su identidad y estructura, y sigue desempeñando su función histórica en la lógica de la acumulación mundial del capital. Sus mutaciones, su volátil y peligrosa mezcla de persistencia e innovación, requieren la construcción de un nuevo abordaje que nos permita captar su naturaleza actual. No es este el lugar para proceder a un examen de las diversas teorías sobre el imperialismo. Digamos, a guisa de resumen, que

los atributos fundamentales del mismo señalados por los autores clásicos en tiempos de la Primera Guerra Mundial siguen vigentes, toda vez que el imperialismo no es un rasgo accesorio ni una política perseguida por algunos Estados, sino una nueva etapa en el desarrollo del capitalismo. Esta etapa está signada, hoy con mayor contundencia que en el pasado, por la concentración del capital, el abrumador predominio de los monopolios, el acrecentado papel del capital financiero, la exportación de capitales y el reparto del mundo en distintas "esferas de influencia". La aceleración del proceso de mundialización acontecida en el último cuarto de siglo, lejos de atenuar o disolver las estructuras imperialistas de la economía mundial, no hizo sino potenciar extraordinariamente las asimetrías estructurales que definen la inserción de los distintos países en ella. Mientras un puñado de naciones del capitalismo desarrollado reforzó su capacidad para controlar, al menos parcialmente, los procesos productivos a escala mundial, la financiarización de la economía internacional y la creciente circulación de mercancías y servicios, la enorme mayoría de los países vio profundizar su dependencia externa y ensanchar hasta niveles escandalosos el hiato que los separaba de las metrópolis. La globalización, en suma, consolidó la dominación imperialista y profundizó la sumisión de los capitalismos periféricos, cada vez más incapaces de ejercer un mínimo de control sobre sus procesos económicos domésticos. Esta continuidad de los parámetros fundamentales del imperialismo –no necesariamente de su fenomenología– es ignorada en la obra de Hardt y Negri, y el nombre de tal negación es lo que estos autores han denominado "imperio". Lo que pretendemos demostrar en nuestro libro es que así como las murallas de Jericó no se derrumbaron ante el sonido de las trompetas de Josué y los sacerdotes, la realidad del imperialismo tampoco se desvanece ante las fantasías de los filósofos.

No es un dato menor el hecho de que una reflexión como la que nos proponen H&N tenga lugar en momentos en que la dependencia de la periferia y la dominación imperialista se hayan profundizado hasta llegar a niveles desconocidos en nuestra historia.

Por ello, la necesidad de contar con un renovado instrumental teórico para comprender al imperialismo y luchar contra él es más urgente que nunca. Sin pecar de teoreticistas, nos parece que será muy difícil librar con éxito dicha batalla, si no se comprende muy claramente cuál es la naturaleza del fenómeno. Es precisamente debido a esa necesidad saber que *Imperio* ha tenido tan extraordinario impacto entre las enormes masas de jóvenes y no tan jóvenes que desde Seattle en adelante se han movilizado en todo el mundo para poner coto al sistemático genocidio que el imperialismo practica a diario en los países de la periferia capitalista, a la regresión social y la desciudadanización que tienen lugar en las sociedades más avanzadas y atrasadas por igual, a la criminal destrucción del medio ambiente, al envilecimiento de los regímenes democráticos maniatados por la tiranía de los mercados, y al paroxismo militarista que desde el atentado a las Torres Gemelas y al Pentágono se ha adueñado de la Casa Blanca y otros lugares privilegiados, desde los cuales se toman las decisiones que afectan las vidas de miles de millones de personas en todo el mundo. Pese a sus nobles intenciones y la honestidad intelectual y política de sus autores, temas sobre los cuales no albergo duda alguna, este libro –saludado por muchos como "*El Manifiesto Comunista* del siglo xxi" o como un redivivo "librito rojo" de los mal llamados "globalifóbicos"– contiene gravísimos errores de diagnóstico e interpretación que, en caso de pasar desapercibidos y ser aceptados por los grupos y organizaciones que hoy pugnan por derrotar al imperialismo, podrían llegar a ser la causa intelectual de nuevas y más duraderas derrotas, y no solo en el plano de la teoría. Es por eso que nos hemos aventurado a plantear nuestras críticas y a asumir los costos y riesgos que conlleva el cuestionamiento a un texto que, por distintas razones, se ha convertido en una importante referencia teórica para los movimientos críticos de la globalización neoliberal. Creemos que un debate franco y sincero con las tesis planteadas en *Imperio* puede ser un poderoso antídoto para despejar tales acechanzas.

Capítulo 1
Sobre perspectivas, horizontes de visibilidad y puntos ciegos

Algo que seguramente no por casualidad sorprenderá al lector de Hardt y Negri es la escasa atención que *Imperio* le dedica a la literatura sobre el imperialismo. Por contraste con Lenin o Rosa Luxemburgo, quienes realizaron una cuidadosa revisión de los numerosos trabajos sobre el tema, nuestros autores optaron por ignorar gran parte de lo que ha sido escrito sobre el asunto. La literatura con la cual ellos conversan es una combinación de ciencia social norteamericana, especialmente economía política internacional y relaciones internacionales, mezclada con fuertes dosis de filosofía francesa. Esta síntesis teórica es empaquetada en un estilo y con un lenguaje claramente postmodernos, y el producto final es un mix teórico que, pese a las intenciones de sus autores, difícilmente podría perturbar la serenidad de los señores del dinero que año tras año se reúnen en Davos. A raíz de esto, casi la totalidad de las citas procede de libros o artículos publicados dentro de los límites del *establishment* académico franco-americano. La considerable literatura producida en América Latina, la India, África y otras partes del Tercer Mundo en relación con el funcionamiento del sistema imperial y el imperialismo no merece siquiera una modesta nota a pie de página. Las discusiones dentro del marxismo clásico –Hilferding, Luxemburgo, Lenin, Bujarin y Kautsky– sobre

el tema se acomodan en un breve capítulo del voluminoso libro, mientras que la continuación de dichas controversias en el período de la postguerra ocupa un espacio aun menor. Nombres como Ernest Mandel, Paul Baran, Paul Sweezy, Harry Magdoff, James O'Connor, Andrew Shonfield, Ignacy Sachs, Paul Mattick, Elmar Altvater y Maurice Dobb son conspicuas ausencias en un libro que pretende arrojar nueva luz sobre una etapa enteramente novedosa en la historia del capital. No sorprende, por consiguiente, comprobar que el resultado de esta empresa sea ofrecer una visión del imperio tal y como él mismo se observa desde su cumbre. Una visión parcial y unilateral, incapaz de percibir la totalidad del sistema y de dar cuenta de sus manifestaciones globales más allá de lo que presuntamente acontece en las playas noratlánticas. Su horizonte de visibilidad es singularmente estrecho y los puntos ciegos que se configuran ante el mismo son numerosos e importantes, como tendremos ocasión de demostrarlo a lo largo de las páginas que siguen. Se trata, en síntesis, de una visión que quiere ser crítica e ir a la raíz del problema, pero que dado que no puede independizarse del lugar privilegiado desde el cual observa la escena social de su tiempo –al revés de lo que aconteciera con Marx, quien desde Londres supo abstraerse de esa determinación– cae por eso mismo en las redes ideológicas de las clases dominantes.

¿Cómo entender si no es a partir de los problemas y limitaciones de una perspectiva irreparablemente noratlántica, y no solo eurocéntrica, la radical negación del papel jugado por dos instituciones cruciales que organizan, monitorean y supervisan día a día el funcionamiento del imperio –el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial–, apenas mencionadas en las casi quinientas páginas del libro?[3]. Apenas seis cuartillas se reservan para el análisis de las corporaciones transnacionales, actores estratégicos de la economía mundial, solo la mitad de las que se dedican a temas supuestamente tan cruciales y urgentes como el "no lugar del

3 Los cálculos de las páginas destinados a temas y autores remiten a la edición original, en lengua inglesa, de *Empire*, publicada por Harvard University Press en 2000.

poder". Las once páginas dedicadas a las contribuciones de Baruch Spinoza a la filosofía política, o las dieciséis destinadas a explorar los meandros del pensamiento de Foucault y su relevancia para comprender el orden imperial, difícilmente pueden parecer algo sensato para quien mira el mundo ya no desde el vértice del sistema imperial, sino desde su base.

Por estas y muchas otras razones, *Imperio* es un libro intrigante que combina algunas incisivas iluminaciones respecto de viejos y nuevos problemas con monumentales errores de apreciación e interpretación. No existe la menor duda de que sus autores están fuertemente comprometidos con la construcción de una buena sociedad y, más específicamente, de una sociedad comunista. Este compromiso aparece varias veces a lo largo del libro y merece nuestro más entusiasta apoyo. Sorprendentemente, sin embargo, y pese a la anterior toma de partido, el argumento de *Imperio* no se relaciona para nada con la gran tradición del materialismo histórico. La audacia que sus autores exhiben cuando, navegando en contra de la corriente de los prejuicios establecidos y el sentido común neoliberal de nuestra época, declaran su lealtad a los ideales comunistas –"no somos anarquistas, sino comunistas"[4], "la irrefrenable levedad y dicha de ser comunista"[5]–, se desploma cual castillo de naipes cuando se encuentran ante la necesidad de explicar y analizar el orden imperial de nuestros días. En ese momento, la vaguedad teórica y política y la timidez toman el lugar de la osadía y la contundencia declamativas. En este sentido, el contraste con otras obras sobre el tema (tales como *Accumulation on a World Scale, Empire of Chaos*, y la más reciente: *Capitalism in the Age of Globalization*, de Samir Amin; o *The Long Twentieth Century*, de Giovanni Arrighi; o *Year 501. The Conquest Continues*, y *World Orders, Old and New*, de Noam Chomsky; o *Production, Power, and World Order*, de Robert Cox; y las obras de Immanuel Wallerstein: *The Modern World*

4 *Ibidem*, p. 319.

5 *Ibidem*, p. 374.

System y After Liberalism) es imposible de soslayar y los resultados de tal comparación son para H&N sumamente desfavorables.[6]

6 Samir Amin. *Accumulation on a World Scale*, Monthly Review Press, New York: 1974.
Samir Amin. *Empire of Chaos*, Monthly Review Press, New York:1992.
Samir Amin. *Capitalism in the Age of Globalization,* Zed Books, London and New Jersey: 1997.
Giovanni Arrighi. *The Long Twentieth Century*, Verso, London: 1995.
Noam Chomsky. *Year 501. The Conquest Continues*, South End Press, Boston: 1993.
Noam Chomsky. *World Orders, Old and New*, Pluto Press, London: 1994.
Robert W. Cox. *Production, Power, and World Order. Social forces in the making of history*, Columbia University Press, New York: 1987.
Immanuel Wallerstein. *The Modern World System,* Vol. 1, Academic Books, New York: 1974.
Immanuel Wallerstein. *The Modern World System,* Vol. 2, Academic Books, New York: 1980.
Immanuel Wallerstein. *The Modern World System,* Vol. 3, Academic Books, New York: 1988.
Immanuel Wallerstein. *After Liberalism,* The New Press, New York: 1995.

Capítulo 2
La constitución del Imperio

El libro comienza con una sección dedicada a "la constitución política del presente", la cual es presentada a continuación de un breve prefacio en el cual nuestros autores introducen la tesis principal del libro: un imperio ha emergido y el imperialismo ha terminado (p. 15)[7]. Ahora bien, en la primera parte del libro el análisis del orden mundial comienza con un giro asombrosamente formalístico, al menos para un marxista, dado que la constitución del imperio es planteada en términos estrechamente jurídicos. A consecuencia del mismo, el orden mundial aparece no como la organización internacional de los mercados, los Estados nacionales y las clases dominantes bajo la dirección general de una verdadera burguesía internacional, sino bajo las estilizadas líneas de la organización formal del sistema de las Naciones Unidas. Este sorpresivo golpe inicial es luego acentuado cuando el intrigado lector comprueba que los instrumentos conceptuales utilizados por H&N para el examen de nada menos que el problema del orden mundial son tomados prestados de cajas de herramientas tan poco promisorias como las que detentan un conjunto de autores tan ajenos al materialismo histórico –y tan poco útiles para un análisis profundo

7 De ahora en más todas las referencias entre paréntesis pertenecen a la edición en español de la obra, publicada bajo el título de *Imperio,* Paidós, Buenos Aires: 2002.

de este tipo de temas– como Hans Kelsen, Niklas Luhmann, John Rawls y Carl Schmitt. Respaldados por autoridades tales como las mencionadas, causa poca sorpresa comprobar que los resultados de esta inicial incursión en el objeto de estudio estén muy lejos de ser satisfactorios. Por ejemplo, la abierta sobreestimación del papel de las Naciones Unidas en el así llamado orden mundial conduce a nuestros autores a observaciones tan inocentes o ingenuas como la siguiente:

> ... pero también deberíamos reconocer que la noción de derecho, definida por la Carta de las Naciones Unidas, también apunta hacia una nueva fuente positiva de producción jurídica, efectiva en una escala global: un nuevo centro de producción normativa que puede desempeñar un papel jurídico soberano (p. 22).

H&N parecieran ignorar que las Naciones Unidas no son lo que aparentan ser. De hecho, por su burocratismo y naturaleza elitista, son una organización destinada a respaldar los intereses de los grandes poderes imperialistas, y muy especialmente los de los Estados Unidos. La "producción jurídica" efectiva de la ONU es de muy poca sustancia e impacto cuando se trata de temas o asuntos que contradigan los intereses de los Estados Unidos y/o de sus aliados. Nuestros autores parecieran sobreestimar el papel muy marginal jugado por la Asamblea General de las Naciones Unidas, donde los votos de Gabón y Sierra Leona igualan a los de los Estados Unidos y el Reino Unido. La mayoría de las resoluciones de la Asamblea General se reducen a letra muerta, a menos que sean activamente apoyadas por la potencia hegemónica y sus asociados. La "guerra humanitaria" en Kosovo, por ejemplo, fue llevada a cabo en nombre de las Naciones Unidas, pero sorteando por completo la autoridad tanto del Consejo de Seguridad como de la Asamblea General. Washington decidió que era necesaria una intervención militar y eso fue lo que ocurrió. Naturalmente, nada de esto tiene la menor relación con la producción de una ley universal o, como

confiaba Kelsen, con el surgimiento de un "esquema trascendental de la validez del derecho situado por encima del Estado-nación" (p. 23). La naturaleza imperialista de las Naciones Unidas "realmente existentes", no la imaginada por nuestros autores, es suficiente para probar la incurable debilidad de su afirmación cuando dicen que:

> ... éste es el verdadero punto de partida de nuestro estudio del imperio: una nueva noción del derecho o, más bien, una nueva inscripción de la autoridad y un nuevo diseño de la producción de normas e instrumentos legales de coerción que garantizan los contratos y resuelven los conflictos (p. 26).

Esta visión fantástica y candorosa, a la vez, de un sistema internacional supuestamente postcolonial y postimperialista alcanza su clímax cuando se dice que "todas las intervenciones de los ejércitos imperiales responden a la demanda de una o varias de las partes implicadas en un conflicto ya existente" (p. 31); o cuando H&N sostienen que "la primera tarea del imperio es pues ampliar el espacio de los consensos que respaldan su poder" (p. 31); o cuando aseguran a los ya por entonces atónitos lectores que la intervención del imperio no es ya más "legitimada por el derecho sino por el consenso", a fin de intervenir "en el nombre de principios éticos superiores" tales como, por ejemplo, "los valores esenciales de justicia". ¿Será tal vez la intervención "humanitaria" en la ex-Yugoslavia lo que nuestros autores tienen *in mente*? En efecto, como se verá enseguida. De esta manera, este increíble *nonsense* les permite concluir que bajo el imperio "el derecho de policía queda legitimado por valores universales" (p. 33). Es sumamente ilustrativo que una tesis tan radical como esta sea respaldada por la evidencia que suministran dos referencias bibliográficas, que aluden a la literatura convencional en relaciones internacionales y cuyo sesgo derechista es evidente aun para el lector menos informado. La voluminosa bibliografía sobre el tema del intervencionismo imperialista producida, por ejemplo, en América Latina, por autores tales como Pablo González Casanova, Agustín Cueva, Ruy Mauro Marini, Gregorio Selser, Gerard

Pierre-Charles, Eduardo Galeano, Theotonio dos Santos, Juan Bosch, Helio Jaguaribe, Manuel Maldonado Denis, entre otros, es olímpicamente ignorada.[8]

El segundo capítulo de esta primera sección se dedica a la producción biopolítica. Hardt y Negri abren el mismo con una loable intención: superar las limitaciones del formalismo juridicista con el que iniciaron su derrotero intelectual descendiendo, según sus propias palabras, a las condiciones materiales que sustentan el entramado legal e institucional del imperio. El objetivo es "descubrir los medios y las fuerzas que producen la realidad social, así como las subjetividades que la animan" (p. 37). Lamentablemente, tan bellos propósitos quedan en el plano puramente declamativo dado que a poco andar el lector comprueba cómo las invocadas condiciones materiales "se disuelven en el aire", para utilizar la conocida metáfora de Marx y Engels en el *Manifiesto*, y algunas venerables ideas de las ciencias sociales reaparecen con fuerza pero presentadas como si fueran el último "descubrimiento" de la *rive gauche* parisina, o del Greenwich Village neoyorkino. La teorización de Foucault sobre la transición a la sociedad de control, por ejemplo, gira en torno a la supuestamente novísima noción de que "el biopoder es una forma de poder que regula la vida social desde su interior", o de que "la vida ha llegado a ser (...) un objeto de poder" (p. 38).

No llevaría demasiado tiempo encontrar en la dilatada tradición política occidental, que arranca cuando menos en el siglo v antes de Cristo en Grecia, afirmaciones sorprendentemente similares a lo que hoy se denomina, con la pompa que se supone debe rodear todo avance científico, el "biopoder". Una rápida ojeada a la literatura no podría dejar de hallar decenas de citas de autores tales como Platón, Rousseau, Tocqueville y Marx, para mencionar

8 Cuando este trabajo estaba prácticamente concluido llegó a nuestras manos el excelente libro de Saxe-Fernández, Petras, Veltmeyer y Núñez, *Globalización, Imperialismo y Clase social*, cuya riqueza empírica e interpretativa no hemos podido aprovechar sino marginalmente por esas circunstancias. En todo caso, recomendamos al lector abrevar en ese texto para ampliar algunos de los análisis efectuados en nuestro libro.

apenas a los más obvios, que remiten exactamente a algunas de las "grandes novedades" producidas por las ciencias sociales a finales del siglo xx. La insistencia de Platón en los aspectos psicosociales –que él resumía bajo la denominación de "el carácter de los individuos"– que regulaban la vida social y política de la polis ateniense es conocida por todos, tanto como la del joven Marx sobre el tema de "la espiritualización del dominio" de la burguesía por parte de las clases explotadas. Fue Rousseau, a su turno, quien señaló la importancia del proceso por el cual los dominados eran inducidos a creer que la obediencia era un deber moral, lo que hacía que la desobediencia y la rebelión fuesen causas de graves conflictos a nivel de las conciencias individuales. En resumen, para H&N, demasiado deslumbrados por las innovaciones teóricas de Foucault –un autor que sin duda merece nuestro respeto– podría ser altamente educativo leer lo que un siglo y medio antes, por ejemplo, había escrito Alexis de Tocqueville: "cadenas y verdugos, ésos eran los instrumentos que empleaba antaño la tiranía; pero en nuestros días la civilización ha perfeccionado hasta el despotismo, que parecía no tener ya nada que aprender". Y continúa diciendo que el tirano de antaño "para llegar al alma, hería groseramente el cuerpo; y el alma, escapando de sus golpes, se elevaba gloriosamente por encima de él"; la moderna tiranía, en cambio, "deja el cuerpo y va derecho al alma"[9]. Este paso desde las cadenas y los verdugos a la manipulación individual y el control ideológico y conductual ha sido rebautizado por Foucault como la transición desde la sociedad disciplinaria a la sociedad de control. Pero, como sabemos, una cosa es bautizar o rebautizar a una criatura y otra bien distinta es descubrirla. En este caso, la criatura ya había sido descubierta y tenía nombre. Lo que con su reconocida habilidad hizo Foucault fue otorgarle uno nuevo (y bien atractivo) a lo que ya todos conocían, pero de ninguna manera puede decirse que estamos en presencia de una innovación teórica fundamental.

9 Alexis de Tocqueville. *La Democracia en América*, Fondo de Cultura Económica, México: 1957, p. 261.

La primera sección del libro concluye con un capítulo dedicado nada menos que a las alternativas dentro del imperio. El capítulo comienza con una afirmación tan radical como desconcertante: fue la multitud la que dio nacimiento al imperio (p. 56). Contrariamente a las interpretaciones más corrientes en el seno de la izquierda, según H&N el imperio no sería la creación de una coalición mundial de los capitalistas hegemonizada por la burguesía norteamericana, sino la respuesta –¿defensiva?– del capital ante las luchas de clases contra las formas contemporáneas de dominación y opresión alimentadas por "el deseo de liberación de la multitud" (p. 56). Llegados a este punto H&N ingresan a un terreno plagado de contradicciones: insisten en que el imperio es bueno dado que representa "un paso adelante" en la superación del colonialismo y el imperialismo si bien, Hegel mediante, aseguran que el hecho de que el imperio "sea bueno en sí mismo no significa que sea bueno para sí mismo" (p. 56). Y prosiguen: "sostenemos que el imperio es mejor del mismo modo que Marx sostenía que el capitalismo es mejor que las formas de sociedad y los modos de producción anteriores a él" (p. 56). Sin embargo, pocas líneas más arriba nuestros autores habían dicho que el imperio "construye sus propias relaciones de poder basadas en la explotación que son, en muchos sentidos, más brutales que aquellas que destruyó" (p. 56). Pese a lo anterior, el imperio es "mejor" porque se afirma que incrementaría el potencial de liberación de la multitud, un supuesto para nada confirmado por la experiencia y que en el caso de H&N se encuentra rodeado por un denso halo metafísico y, en cierto sentido, religioso, tal como podremos comprobar en las páginas finales de este trabajo. Dónde se encuentra ese dichoso potencial liberador y cómo podrían actualizarse tan promisorias posibilidades es algo que nuestros autores se reservan para explicar, de modo escueto e insatisfactorio, en el último capítulo del libro.

Por otra parte, decir que el imperio es "mejor" significa que el actual orden capitalista mundial –y esto es precisamente el imperio– es algo distinto al capitalismo. El argumento de Marx se refería a dos diferentes modos de producción, y comparaba las

posibilidades y perspectivas abiertas por el capitalismo con las que ofrecía la descomposición del feudalismo. ¿Estarán tal vez nuestros autores queriendo decir que el imperio significa la superación del capitalismo? ¿Será que lo habremos trascendido, sin que nadie haya reparado en este fabuloso tránsito histórico? ¿Nos encontramos ahora en una nueva y mejor sociedad, con renovadas posibilidades para las prácticas liberadoras y emancipadoras?

Nos parece que H&N construyen un hombre de paja: el izquierdista irracional e inmutable que frente a los desafíos planteados por la globalización insiste en oponer una resistencia local a un proceso que es, por su naturaleza, global. Local significa, en la mayoría de los casos, "nacional", pero esta distinción es irrelevante en sus análisis. La resistencia local, dicen, "identifica mal al enemigo y, por lo tanto, lo enmascara". Pues bien, dado que H&N quieren hablar de política en serio –y sin que esto sea una concesión siquiera formal a Schmitt sino, en todo caso, a Clausewitz, Lenin y Mao–, ¿quién es el enemigo? La respuesta no podría haber sido más decepcionante, puesto que se nos dice que "el enemigo es un régimen específico de relaciones globales que llamamos imperio" (p. 58). Las luchas nacionales oscurecen la visión de los mecanismos reales del imperio, de las alternativas existentes y de los potenciales liberadores que se agitan en su seno. De este modo, las masas oprimidas y explotadas del mundo son convocadas para una batalla final contra un régimen de relaciones globales. El entrañable Don Quijote reaparece una vez más, luego de varios siglos de descanso, para arremeter en contra de los nuevos molinos de viento mientras los sórdidos molineros, al margen de la furia de la multitud, continúan haciendo sus negocios, gobernando sus países y manipulando la cultura.

H&N ven al imperio como la superación histórica de la modernidad, época sobre la cual ellos tienen una visión un tanto distorsionada. En efecto, la modernidad dejó un legado de "guerras fratricidas, de 'desarrollo' devastador, una 'civilización' cruel y una violencia nunca antes imaginada" (p. 58). La escena que nos presenta la modernidad es de naturaleza trágica, signada por

la presencia de "campos de concentración, las armas nucleares, las guerras genocidas, la esclavitud, el *apartheid*", y de la modernidad H&N deducen una línea recta que conduce sin mediaciones al Estado-nación. Este no es otra cosa que la "condición ineludible para la dominación imperialista e innumerables guerras", y si ahora una aberración como esa "está desapareciendo del escenario mundial, ¡de buena nos libramos!" (p. 59).

Hay varios problemas con esta peculiar interpretación de la modernidad: en primer lugar, el error consistente en aportar una lectura extremadamente unilateral y sesgada de la misma. H&N tienen razón cuando enumeran algunos de los horrores producidos por la modernidad (o, tal vez, "en" la modernidad y no necesariamente a causa de ella), pero en el camino se les olvidan algunos otros resultados de la misma, tales como el florecimiento de las libertades individuales; la relativa igualdad establecida en los terrenos económicos, políticos y sociales al menos en los capitalismos desarrollados; el sufragio universal y la democracia de masas; el advenimiento del socialismo, pese a la frustración que ocasionaran algunas de sus experiencias concretas como la soviética; la secularización y el Estado laico, que emancipara a grandes masas de la tiranía de la tradición y la religión; la racionalidad y el espíritu científico, la educación popular; el progreso económico y muchos otros logros más. Estos también forman parte de la herencia de la modernidad, no tan solo las atrocidades que señalan nuestros autores, y muchos de estos logros fueron obtenidos gracias a las luchas populares y en ardua oposición a las burguesías. En segundo lugar, ¿creen realmente H&N que antes de la modernidad no existía ninguna de las lacras y aberraciones que plagaron al mundo moderno? ¿Creen acaso que el mundo de verdad estaba poblado por los buenos salvajes rousseaunianos? ¿No se sitúan en la misma posición que los beatíficos críticos de Niccoló Machiavelli, que denunciaron al teórico florentino por ser el 'inventor' de los crímenes políticos, la traición y el engaño? ¿No oyeron hablar de las Guerras Púnicas o las del Peloponeso, de la destrucción de Cartago, del saqueo de Roma y, más recientemente, de la conquista

y ocupación del continente americano? ¿Creen acaso que antes de la modernidad no había genocidios, *apartheid* y esclavitud? Como bien recordaba Marx, padecemos tanto el desarrollo del capitalismo como la ausencia de su desarrollo.

En todo caso, una vez que afirman la continuidad histórica y sustantiva entre la modernidad y el Estado-nación, H&N se apresuran a rechazar el anticuado "internacionalismo proletario" debido a que este supone el reconocimiento del Estado-nación y su papel crucial como agente de la explotación capitalista. Dada la ineluctable decadencia de los poderes del Estado-nación y la naturaleza global del capitalismo, este tipo de internacionalismo es completamente anacrónico a la vez que técnicamente reaccionario. Pero esto no es todo; junto con el "internacionalismo proletario" también desaparece la idea de la existencia de un "ciclo internacional de luchas". Las nuevas luchas, cuyos ejemplos paradigmáticos son la revuelta de la Plaza de Tiananmén, la Intifada, los disturbios raciales de Los Ángeles en 1992, el levantamiento zapatista de 1994, las huelgas ciudadanas francesas de 1995 y las huelgas surcoreanas de 1996, fueron específicas y motivadas:

> ... por preocupaciones regionales inmediatas, de modo tal que, desde ningún punto de vista, pueden vincularse entre sí como una cadena de sublevaciones que se expanden globalmente. Ninguno de esos acontecimientos inspiró un ciclo de luchas, porque los deseos y necesidades que expresaban no podían trasladarse a contextos diferentes (p. 65).

A partir de tan rotunda aseveración –que por cierto merecería un cierto esfuerzo para aportar alguna evidencia probatoria– nuestros autores anuncian una nueva paradoja: "en nuestra tan celebrada era de las comunicaciones, *las luchas han llegado a ser casi incomunicables*" (p. 65, bastardillas en el original). Las razones de esta incomunicabilidad permanecen en las sombras, pero nadie debería desanimarse ante esta imposibilidad de comunicación horizontal de los rebeldes, pues, en realidad, se trata de una

bendición y no de una desgracia. Bajo la lógica del imperio, H&N tranquilizan a sus impacientes lectores diciéndoles que estas luchas viajarán verticalmente a nivel global atacando la constitución imperial en su núcleo o, lo que denominan con un significativo desliz, saltando verticalmente "al centro virtual del imperio" (p. 68).

Aquí aparecen nuevos y más formidables problemas acechando el argumento de los autores. En primer lugar, los que se derivan de la peligrosísima confusión entre supuestos axiomáticos y observaciones empíricas. Decir que las luchas populares son incomunicables es una afirmación sumamente importante, pero lamentablemente H&N no ofrecen ningún antecedente como para discernir si se trata de una mera suposición o del resultado de una indagación histórica o de una investigación empírica. Ante ese silencio existen sobradas razones para sospechar que esa problemática refleja la poco saludable influencia de Niklas Luhmann y Jürgen Habermas sobre Hardt y Negri. No es necesario hurgar demasiado en las nebulosas conceptuales de los académicos alemanes para concluir en la escasa utilidad que sus construcciones tienen a la hora de analizar la dinámica de las luchas populares, lo cual no impide que tanto uno como el otro sean extremadamente populares en los desorientados rangos de la izquierda italiana. En este sentido, los planteamientos luhmannianos de la inconmensurabilidad de lo social y los de Habermas en relación con la acción comunicativa parecen haber gravitado grandemente en la construcción de H&N, por lo menos en un grado mucho mayor de lo que ellos están dispuestos a reconocer. Pero dejando de lado este breve *excursus* hacia el terreno de la sociología del conocimiento, si la incomunicabilidad de las luchas impide inflamar los deseos y las necesidades de los pueblos de otras latitudes, ¿cómo explicar la relampagueante velocidad con la cual el movimiento mal llamado "antiglobalización" se difundió por todo el mundo? ¿Creen realmente H&N que los eventos de Chiapas, París y Seúl fueron en verdad incomunicables? ¿Cómo ignorar que los zapatistas –y muy especialmente el Subcomandante Marcos– se convirtieron en íconos internacionales de los críticos de la globalización neoliberal y de las

luchas anticapitalistas en los cinco continentes, influenciando de ese modo importantes desarrollos de las luchas locales y nacionales?

En segundo término, H&N sostienen que uno de los principales obstáculos que impiden la comunicabilidad de las luchas es la "ausencia del reconocimiento de un enemigo común contra el cual se dirigen todas esas luchas" (p. 67). No sabemos si este fue o no el caso entre los huelguistas franceses o surcoreanos, pero sospechamos que ellos seguramente tendrían algunas ideas más claras que las de nuestros autores acerca de quiénes eran sus antagonistas. En lo que a la experiencia de los zapatistas se refiere, la tesis de H&N es completamente equivocada. Desde el primer momento de su lucha los chiapanecos no tuvieron duda alguna y sabían perfectamente bien, mucho mejor que nuestros autores, quiénes eran sus enemigos. Conscientes de esta realidad organizaron un evento a todas luces extraordinario en las profundidades de la Selva Lacandona: una conferencia internacional en contra de la globalización neoliberal, a la cual acudieron cientos de participantes procedentes de los más diversos rincones de la Tierra para discutir algunos de los problemas más candentes del momento actual. La capacidad demostrada por los zapatistas para citar a una conferencia de este tipo refuta, en la práctica, otra de las tesis de H&N cuando postulan la inexistencia de un lenguaje común idóneo para traducir el utilizado en las diversas luchas nacionales en otro lenguaje común y cosmopolita (p. 67). Las sucesivas conferencias que tuvieron lugar en la Selva Lacandona, más la interminable serie de manifestaciones contrarias a la globalización neoliberal y la realización de los dos foros sociales mundiales en la ciudad de Porto Alegre, demuestran que, contrariamente a lo que se aduce en *Imperio*, existen un lenguaje común y una comprensión común entre las diferentes luchas que se entablan en todo el mundo en contra de la dictadura del capital.

Si las antiguas luchas ya no tienen relevancia (el viejo topo de Marx ha muerto, nos aseguran H&N, para ser reemplazado por las infinitas ondulaciones de la serpiente postmoderna), la estrategia de las luchas anticapitalistas tiene que cambiar. Los conflictos nacionales ya no se comunican horizontalmente, pero

saltan directamente al centro virtual del imperio, y los viejos "eslabones más débiles" de la cadena imperialista han desaparecido. No existen ya las articulaciones del poder global que exhiban una particular vulnerabilidad a la acción de las fuerzas insurgentes. Por consiguiente, "para poder adquirir significación, toda lucha debe golpear en el corazón del imperio, en su fortaleza" (p. 69). Sorprendentemente, luego de haber argumentado en el prefacio del libro que el imperio "es un aparato descentrado y desterritorializador de dominio" (p. 14), el lector se tropieza ahora con la novedad de que las luchas locales y nacionales deben elevarse al centro del imperio, aunque nuestros autores se apresuran a aclarar que no se trata de un centro territorial sino, supuestamente, virtual. Dado que el imperio incluye todos los registros del orden social, hasta los más profundos, y habida cuenta de que no tiene límites ni fronteras, las mismas nociones de "afuera" y "adentro" perdieron todo su sentido. Ahora todo se encuentra dentro del imperio y su mismo núcleo, su corazón, puede ser atacado desde cualquier parte. Si hemos de creer a H&N, el levantamiento zapatista en Chiapas, las invasiones de tierras del Movimiento de Trabajadores sin Tierra (MST) brasileño, o las movilizaciones de los caceroleros y piqueteros en la Argentina, no son de un orden distinto al de los atentados del 11 de septiembre del 2001 en Nueva York y Washington. ¿Será efectivamente así? A juzgar por las reacciones de distinto tipo provocadas por todos estos acontecimientos, parece que no es precisamente esa la visión que se tiene desde "el corazón del imperio". Por otra parte, ¿cuál es el sentido que debemos asignarle a esta expresión? ¿Se está hablando del núcleo capitalista, el centro, la coalición imperialista con su amplia red de círculos concéntricos girando en torno al poder capitalista norteamericano, o qué? ¿Quiénes son los sujetos concretos del "corazón del imperio"? ¿Dónde se encuentran, cuál es su articulación con los procesos de producción y circulación de la economía capitalista internacional, qué instituciones coagulan normativa e ideológicamente su dominio, quiénes son sus representantes políticos? ¿O se trata tan solo de un conjunto de reglas

y procedimientos inmateriales? No solo el libro no ofrece ninguna respuesta a estas preguntas, sino que ni siquiera se las formula.

A estas alturas la teorización de H&N se encamina hacia un verdadero desastre debido a que, al postular que todo se encuentra adentro del imperio, remueve completamente de nuestro horizonte de visibilidad el hecho de que precisamente allí existen jerarquías y asimetrías estructurales, y que tales diferencias no se cancelan declarando que todo está dentro del imperio y que nada queda afuera de él. Los estudios que los latinoamericanos han hecho sobre el imperialismo durante décadas parecen coincidir, más allá de sus diferencias, en el hecho de que las categorías de "centro" y "periferia" gozan de una cierta capacidad para, al menos en un primer momento, producir una visión más refinada del sistema internacional. Todo parece indicar que tal distinción es más útil que nunca en las circunstancias actuales, entre otras cosas porque la creciente marginalización económica del Sur acentuó extraordinariamente las asimetrías preexistentes. Para confirmar este aserto basta con recordar lo que periódicamente vienen señalando los informes anuales del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) sobre el desarrollo humano: si a comienzos de los años sesenta la distancia que separaba al 20% más rico de la población mundial del 20% más pobre era de 30 a 1, a finales del siglo XX esa razón había crecido a casi 75 a 1. Es cierto que Bangladesh y Haití se encuentran al interior del imperio, ¿pero se hallan por eso en una posición comparable a la de los Estados Unidos, Francia, Alemania o Japón? Si bien no son idénticos desde el punto de vista de la producción y circulación capitalistas, entre "Estados Unidos y Brasil, Gran Bretaña y la India" –anotan H&N– "no hay diferencias de naturaleza, sólo diferencias de grado" (p. 307).

Esta rotunda conclusión cancela los últimos cuarenta años de debates e investigaciones que tuvieron lugar no solo en América Latina sino también en el resto del Tercer Mundo, y nos retrotrae a las teorías norteamericanas en boga en los años cincuenta y comienzos de los sesenta, cuando autores como Walter W. Rostow, Bert Hoselitz y muchos otros elaboraban sus modelos ahistóricos

de desarrollo económico. De acuerdo con estas construcciones, tanto en la Europa del siglo xix como en los Estados Unidos de esa misma época y en los procesos históricos habidos a mediados del siglo xx en América Latina, Asia y África, el crecimiento económico había seguido una ruta lineal y evolucionista que comenzaba en el subdesarrollo y culminaba en el desarrollo. Este razonamiento se asentaba sobre dos falsos supuestos: primero, que las sociedades localizadas en ambos extremos del continuo compartían la misma naturaleza y eran, en lo esencial, lo mismo. Sus diferencias, cuando existían, eran de grado –como luego dirían H&N–, lo cual era y es a todas luces falso. Segundo supuesto: la organización de los mercados internacionales carecía de asimetrías estructurales que pudieran afectar los chances de desarrollo de las naciones de la periferia. Para autores como los arriba mencionados, términos tales como "dependencia" o "imperialismo" no servían para describir las realidades del sistema y eran antes que nada un tributo a enfoques políticos y, por lo tanto, no científicos, con los cuales se pretendía comprender los problemas del desarrollo económico. Los llamados "obstáculos" al desarrollo no tenían fundamentos estructurales, sino que eran el producto de torpes decisiones políticas, de elecciones desafortunadas de los gobernantes o de factores inerciales fácilmente removibles. En los términos utilizados por H&N, todos estaban "adentro" del sistema.

En este imaginario regreso al pasado cabe recordar lo siguiente. A comienzos de la década de los setenta el debate latinoamericano sobre la dependencia, el imperialismo y el neocolonialismo había llegado a su apogeo, y sus resonancias atronaban en la academia y los medios políticos norteamericanos. El impacto del mismo era de tal magnitud que Henry Kissinger, a la sazón jefe del Consejo Nacional de Seguridad y en ruta hacia su cargo como secretario de Estado de Richard Nixon, consideró necesario intervenir en más de una ocasión en las discusiones y debates suscitados por los latinoamericanos. La tesis de H&N sobre la indiferenciación de las naciones al interior del imperio evoca un cínico comentario que Kissinger hiciera sobre este tema. Manifestando su rechazo a la idea

de la dependencia económica de las naciones del Tercer Mundo y cuestionando la extensión e importancia de las asimetrías estructurales en la economía mundial, Kissinger observó que "hoy todos somos dependientes. Vivimos en un mundo interdependiente. Los Estados Unidos dependen de las bananas hondureñas tanto como Honduras depende de las computadoras norteamericanas"[10]. Como puede concluirse muy fácilmente, algunas de las afirmaciones expresadas con tanta contundencia en *Imperio* –por ejemplo que no hay más diferencias entre el centro y la periferia del sistema, que no hay más un "afuera", que los actores tienen una mera diferencia de grado, etc.– están lejos de ser novedosas y habían sido puestas en circulación por teóricos reconocidamente afiliados a la derecha, que oponían una teoría de la "interdependencia" a la dependencia y el imperialismo, y que rehusaban aceptar que la economía internacional se caracterizaba por la radical asimetría que separaba a las naciones del centro de aquellas de la periferia del sistema.

H&N concluyen esta sección del libro introduciendo el águila de dos cabezas que simbolizaba el antiguo Imperio austro-húngaro como un emblema conveniente para el actual imperio. Sin embargo, para este caso una pequeña reforma parece conveniente dado que las dos cabezas tendrán que mirar hacia adentro, como si estuvieran a punto de atacarse una a la otra. La primera cabeza del águila imperial representa la estructura jurídica –y no el fundamento económico– del imperio. Tal como lo hemos comentado, hay muy poco de economía política en este libro y la ausencia de incluso la más elemental mención a la estructura económica del imperio, en lo que se postula como su imagen emblemática, revela los extraños senderos por los cuales se han internado nuestros autores y en los cuales han perdido definitivamente el rumbo. Es por eso que la segunda cabeza del águila, que mira fijamente a la que representa

10 Henry Kissinger es considerado por el novelista y ensayista estadounidense Gore Vidal como "el más conspicuo criminal de guerra que anda suelto por el mundo". Cf. Saxe-Fernández y Petras. *Globalización, Imperialismo y Clase social,* Grupo editorial Laumen/Humanitas, Buenos Aires y México: 2001, p. 25.

el orden jurídico del imperio, simboliza "la multitud plural de las subjetividades productivas y creativas de la globalización" (p. 70). Esta multitud es la verdadera:

> ... fuerza absolutamente positiva que impulsa al poder dominante hacia una unificación abstracta y vacía y se presenta como una alternativa distinta de tal unificación. En esta perspectiva, cuando el poder constituido del imperio aparece meramente como una privación del ser y la producción, como un indicio abstracto y vacío del poder constitutivo de la multitud, estamos en condiciones de reconocer el verdadero punto de vista de nuestro análisis (p. 72).

Conclusión: los interesados en explorar las alternativas al imperio encontrarán muy poca ayuda en esta sección del libro. Lo que hallarán es un certificado de defunción para el arcaico "internacionalismo proletario" (sin la menor mención al nuevo internacionalismo que irrumpe con fuerza desde Seattle)[11]; una petición de principios en el sentido de que las luchas populares son incomunicables y que carecen de un lenguaje común; un embarazoso silencio en relación con el enemigo concreto con quien se enfrenta la omnipotente multitud o, en el mejor de los casos, una desmovilizadora vaguedad ("un régimen de relaciones globales"); la desaparición de los "eslabones más débiles" y de la distinción entre centro y periferia; y que la vieja distinción entre estrategia y táctica ha periclitado porque ahora solo existe un modo de luchar contra el imperio, estratégico y táctico a la vez, y ese modo es el alzamiento de un contrapoder constituyente que emerge de su seno; algo difícil de entender a la luz del rechazo que H&N hacen de la dialéctica.

La única lección que se puede aprender es que debemos tener confianza en que la multitud irá finalmente a asumir las tareas

11 Sobre el particular, recomiendo ver la compilación preparada en el número del *Observatorio Social de América Latina,* de Clacso, dedicado al "nuevo internacionalismo" con textos de Noam Chomsky, Ana Esther Ceceña, Christophe Aguiton, Rafael Freire, Walden Bello, Jaime Estay y Francisco Pineda. Cf. *OSAL*, n.º 6, enero de 2002.

asignadas por H&N. Cómo y cuándo esto vaya a ocurrir escapa por completo a las preocupaciones objeto de atención en el libro. No hay una discusión sobre las formas de lucha; los modelos organizacionales (asumiendo, como lo hacen los autores, que partidos y sindicatos son cadáveres ilustres); las estrategias de movilización y las tácticas de enfrentamiento; la articulación entre las luchas económicas, políticas e ideológicas; los objetivos de largo plazo y la agenda de la revolución; los instrumentos de política a ser utilizados para poner fin a las iniquidades del capitalismo global; las alianzas internacionales; los aspectos militares de la subversión promovida por la multitud; y muchos otros temas de similar trascendencia. Tampoco hay una tentativa de vincular la actual discusión postmoderna sobre la empresa subversiva de las multitudes con los debates previos del movimiento obrero y de las fuerzas contestatarias en general, como si la fase en que nos hallamos no hubiera surgido del desenvolvimiento de las luchas sociales del pasado y hubiera brotado, en cambio, de la cabeza de los filósofos. Lo que sí encontramos en esta parte del libro es una vaga exhortación a confiar en las potencialidades transformativas de la multitud la cual, de manera misteriosa e imprevisible, un buen día doblegará todas las resistencias y bloqueos, someterá a sus enemigos para... ¿para hacer qué, para construir qué tipo de sociedad? Bien, sus mentores intelectuales aún no nos lo dicen.

Capítulo 3
Mercados, empresas transnacionales y economías nacionales

Una confusión recurrente

La cándida aceptación que Hardt y Negri hacen de un aspecto crucial de la ideología del mercado mundial retrata de manera clarísima las consecuencias de su radical incomprensión del capitalismo contemporáneo. Inexplicablemente empecinados con el mito nada inocente de que los Estados nacionales están próximos a su completa desaparición, nuestros autores hacen suya –como si fuera la verdad revelada por un profeta– la opinión del exsecretario de Trabajo de los Estados Unidos, Robert Reich, cuando escribió que:

> ... puesto que casi todos los factores de producción –el dinero, la tecnología, las fábricas y los equipamientos– cruzan sin esfuerzo las fronteras, la idea misma de una economía [nacional] va perdiendo sentido... [En el futuro] no habrá productos o tecnologías nacionales, ni empresas nacionales, ni industrias nacionales. Ya no habrá economías nacionales al menos en el sentido en que comprendemos hoy ese concepto (p. 147).

Cuesta creer que un intelectual del calibre de Toni Negri, quien en el pasado demostró un fuerte interés en los estudios económicos,

pueda citar una opinión como la precedente. Primero que nada, Reich astutamente habla de "casi todos los factores de la producción", una manera elegante de evitar referirse al hecho embarazoso de que hay otro factor crucial de la producción, la fuerza de trabajo, que "no cruza sin esfuerzos las fronteras". Esta creencia en la libre movilidad de los factores productivos se encuentra en el núcleo fundamental de la ideología empresarial norteamericana, empeñada como está en embellecer las supuestas virtudes de los mercados libres, al paso que se condena cualquier tipo de intervención estatal que no favorezca a los monopolios y oligopolios o que introduzca siquiera un mínimo grado de control popular o democrático en los procesos económicos. H&N parecen ignorar, desde su plataforma en la estratósfera, que Reich fue el secretario de Trabajo en un gobierno que presidió uno de los períodos más dramáticos de reconcentración de ingresos y riquezas en toda la historia de los Estados Unidos, cuando los asalariados vieron desmantelar algunas de las piezas más importantes de la legislación laboral y la precarización llegó a niveles sin precedentes no solo en los distritos rurales de Alabama y California, sino también en el Upper West Side de Manhattan, donde cientos de negocios elegantes reclutaban inmigrantes indocumentados para atender a sus clientes, pagando salarios que se encontraban muy por debajo del mínimo legal. Quizás nuestros dos académicos no pudieron percibir, desde el sereno confort de sus bibliotecas, que ninguno de estos inmigrantes ilegales transita sin esfuerzos por las fronteras norteamericana o francesa. La historia de estos inmigrantes es de violencia y muerte, de dolor y miseria, de sufrimientos y de humillaciones, y es una historia en la cual el actor crucial es el que H&N describen como el declinante Estado-nación. Hubiera convenido que antes de escribir sobre estos temas los autores hubiesen entrevistado a algún trabajador indocumentado procedente de México, El Salvador o Haití para preguntarle qué significa la expresión "la migra", nombre de la policía migratoria de los Estados Unidos y cuya sola mención aterroriza a los inmigrantes; o que lo interroguen acerca de cuánto tuvo que pagar para ingresar ilegalmente a

los Estados Unidos, cuántos de sus amigos murieron en el intento, o qué quiere decir la palabra "coyote" en la frontera californiana. ¿Oyeron hablar de los fallidos inmigrantes abandonados en el desierto fronterizo, que mueren calcinados por el sol pero reconfortados por las palabras de Reich? ¿Pueden ignorar que la frontera mexicano-norteamericana cobró mayor número de víctimas humanas que el infame Muro de Berlín a lo largo de toda su existencia? Convendría también que preguntas similares les fueran formuladas a los inmigrantes ilegales en Francia y el resto de Europa. Una rápida ojeada a algunos de los documentos del PNUD o de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) les hubieran ahorrado a H&N cometer errores mayúsculos como este.

Claro que no es el único. Nuestros autores parecen creer que el dinero, la tecnología, las fábricas y el equipamiento también gozan de los favores de la ilimitada movilidad. El dinero es, sin duda, el más móvil de todos, pero aun así se encuentra sujeto a ciertas restricciones. No son sumamente estrictas pero existen. Pero, ¿qué pensar de la tecnología y todo el resto? ¿Creen de verdad que ella y los demás factores de la producción circulan tan libremente a través de la frontera, como lo pregona Reich? ¿Cuál tecnología, en todo caso? ¿La de última generación? Eso es algo que hasta un niño de la escuela primaria ya sabe. Obviamente que la tecnología y sus productos circulan, pero la que se mueve con tantas libertades seguramente no es la última, ni la mejor. Los países del Tercer Mundo saben que pueden acceder sin problemas a tecnologías obsoletas, o semiobsoletas, verdaderas reliquias ya abandonadas por las naciones que van a la cabeza del concierto industrial del planeta. Si las mejores tecnologías fluyeran como asegura el discurso empresarial, ¿por qué hay tantos casos de espionaje industrial que involucran a la totalidad de los países industrializados? ¿Cómo explicar la piratería industrial, las imitaciones y copias ilegales de toda clase de tecnologías y productos?

La aceptación de algunos de los presupuestos centrales de los ideólogos de la globalización por parte de H&N es sumamente preocupante. Su creencia en la desaparición de los productos,

empresas e industrias nacionales es absolutamente indefendible a la luz de la evidencia cotidiana que demuestra la vitalidad, sobre todo en los países más desarrollados, de tarifas aduaneras, barreras no arancelarias y subsidios especiales por los cuales los gobiernos buscan favorecer de mil maneras a sus productos nacionales, sus empresas y sus actividades económicas. Nuestros autores viven en países en los cuales el proteccionismo tiene una fortaleza extraordinaria y solo puede ser ignorado por quienes se empeñen en negar su existencia simplemente porque el mismo no tiene lugar en su teoría. El gobierno norteamericano protege a los habitantes de su país de la competencia externa de las frutillas mexicanas, los automóviles brasileños, los tubos sin costura de la Argentina, los textiles salvadoreños, las uvas chilenas y la carne uruguaya, mientras que del otro lado del Atlántico los ciudadanos europeos se encuentran seguramente protegidos por la "Fortaleza Europa" que, mientras pregona hipócritamente las virtudes del libre comercio, cierra herméticamente sus puertas a la "amenaza" originada por las vibrantes economías de África, América Latina y Asia.

Con relación a la declarada desaparición de las empresas nacionales, un simple test bastaría para demostrar el insanable equívoco de esa tesis. Por ejemplo, H&N deberían tratar de convencer a un gobierno amigo o a alguna multitud decidida a todo de que expropie la sucursal local de una firma "global" –y, por lo tanto, supuestamente desenganchada de cualquier base nacional como, por ejemplo, Microsoft, McDonald's o Ford; o si prefieren, pueden indicar que se haga lo propio con el Deutsche Bank o Siemens, o con la Shell y Unilever. Luego solo resta sentarse a esperar para ver quién aparece en la ciudad capital de tan audaz república para exigir una revisión de la medida. Si las empresas fuesen globales, correspondería que hiciera su aparición para presionar al gobierno local por su decisión en nombre de los mercados globales y la economía mundial el Sr. Kofi Annan, o el director general de la Organización Mundial del Comercio (OMC). Sin embargo, es muy probable que en vez de tales personajes aparezca el embajador de los Estados Unidos, o de Alemania, o del Reino Unido para exigir, con la rudeza

e insolencia acostumbradas, la inmediata revisión de la decisión so pena de castigar al país con toda clase de sanciones y penalidades. Pero si este ejemplo hipotético resultara demasiado rebuscado, H&N deberían preguntarse, por ejemplo, quién fue el representante de la Boeing Corporation en las duras negociaciones con los funcionarios de la Unión Europea en relación con la competencia comercial con el Airbus. ¿Creen que los intereses de la primera fueron defendidos por un descafeinado CEO nacido en Bangladesh y que realizó sus estudios de postgrado en Administración de Empresas en Chicago, o por los más altos funcionarios del gobierno norteamericano con la ayuda de su embajador en Bruselas actuando en directa comunicación con la Casa Blanca? En el mundo real, y no en la nebulosa república imaginada por los filósofos, lo último es lo que realmente ocurre, y esto lo sabe cualquier estudiante de Introducción a la Economía en el primer cuatrimestre de estudios de licenciatura a las dos semanas de iniciadas las clases.

¿Pueden H&N desconocer que las doscientas megacorporaciones que prevalecen en los mercados mundiales registran ventas por un total combinado mayor que el PIB de la totalidad de los países del planeta, excepto los nueve mayores? Sus ingresos totales anuales alcanzan los 7,1 billones de dólares y son tan grandes como la riqueza combinada del 80% de la población mundial, cuyos ingresos apenas alcanzan los 3,9 billones[12]. Pese a ello, estos gigantescos leviatanes de la economía mundial emplean a menos de un tercio del 1% de la población mundial[13]. La retórica de los ideólogos de la globalización neoliberal no alcanza a disimular el hecho de que el 96% de esas doscientas empresas globales y transnacionales tienen sus casas matrices en ocho países, están legalmente inscriptas en los registros de sociedades anónimas de ocho países, y sus directorios tienen su sede en ocho países del capitalismo metropolitano. Menos del 2% de los miembros de sus directorios

12 Recordamos que un billón, en español, equivale a un millón de millones.

13 Maude Barlow. "Creeping Corporativism. Every cultural institution is in jeopardy", en *The Bulletin*, 51, n.º 12, Toronto: 1998.

son extranjeros, mientras que más del 85% de todos los desarrollos tecnológicos de las firmas se originan dentro de sus "fronteras nacionales". Su alcance es global, pero su propiedad y sus propietarios tienen una clara base nacional. Sus ganancias fluyen de todo el mundo hacia su casa matriz y los créditos necesarios para financiar sus operaciones mundiales son obtenidos convenientemente por sus casas centrales en los bancos de su sede nacional, a tasas de interés imposibles de encontrar en los capitalismos periféricos, con lo cual pueden desplazar fácilmente a sus competidores.[14]

Noam Chomsky cita, por ejemplo, un informe reciente de la revista de negocios *Fortune* en la que se informa que, en una encuesta practicada entre las cien más grandes empresas transnacionales de todo el mundo, la totalidad de las firmas, sin una sola excepción, reconocieron haberse beneficiado de una manera u otra de las intervenciones hechas en su favor por los gobiernos de "sus países" y el 20% de ellas admitió que habían evitado la bancarrota gracias a los subsidios y los préstamos de rescate que les habían sido oportunamente concedidos por 'sus gobiernos'[15]. En suma: pese a lo afirmado por los autores de *Imperio*, los Estados-nación todavía siguen siendo actores cruciales en la economía mundial y las economías nacionales siguen existiendo.

Sobre la lógica postmodernista del Capital Global

En línea con el argumento desarrollado en la sección anterior, H&N afirman que con la constitución del imperio se produjo un profundo cambio en la lógica con la cual opera el capital global. La

14 Atilio A. Borón, Julio Gambina y Naúm Minsburg (compiladores). *Tiempos Violentos. Neoliberalismo, globalización y desigualdad en América Latina,* Clacso/Eudeba, Buenos Aires: 1999, p. 233.
Atilio A. Borón. *Tras el Búho de Minerva. Mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo,* Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires: 2000, pp. 117-123.

15 Noam Chomsky. *Noam Chomsky habla de América Latina,* Editorial 21, Buenos Aires: 1998.
Ethan Kapstein. "We Are Us: The Myth of the Multinational", en *The National Interest* (Winter), 1991/92.

lógica que predomina en nuestros días es la del postmodernismo, con su énfasis en la exaltación de lo instantáneo, los perfiles siempre cambiantes de los deseos, el culto a la elección individual, "la adquisición perpetua y el consumo de mercancías y de imágenes mercantilizadas(...) la diferencia y la multiplicidad(...) el fetichismo y los simulacros, el mostrarse continuamente fascinado con lo nuevo y con la moda" (pp. 147-148). Todo esto lleva a nuestros autores a concluir que las estrategias del *marketing* siguen una lógica postmoderna, puesto que aquel es una práctica empresarial orientada a maximizar las ventas a partir del reconocimiento y explotación comercial de las diferencias. A medida que las poblaciones se tornan cada vez más híbridas, las posibilidades de crear nuevos "mercados puntuales" proliferan inconteniblemente. La consecuencia es que el *marketing* despliega un infinito abanico de estrategias comerciales: "una para varones gay latinos de entre dieciocho y veintidós años, otra para adolescentes chino-americanas, etcétera" (p. 148).

Conscientes de que al pretender inferir la lógica global del capital desde las estrategias del *marketing* se encuentran en un terreno muy resbaladizo, H&N dan un paso al frente para asegurar que la misma lógica postmoderna es la que impera en el corazón de la economía capitalista: la esfera de la producción. Para ello se hacen eco de algunos desarrollos recientes en el campo de la administración de empresas en donde se afirma que las corporaciones tienen que ser "móviles, flexibles y capaces de tratar eficientemente con la diferencia" (p. 148). Como era previsible, la aceptación ingenua de estos supuestos avances en la "ciencia de la administración" –en realidad, estrategias para potenciar la extracción de la plusvalía– condujo a H&N a una visión completamente idealizada de las corporaciones globales de nuestros días. Estas aparecen como "mucho más diversificadas y fluidas culturalmente que las organizaciones modernas parroquiales de los años anteriores". Una consecuencia de esta mayor diversidad y fluidez se pone en evidencia en el hecho de que, según nuestros autores, "las antiguas formas modernas de la teoría racista y sexista son los enemigos explícitos

de esta nueva cultura corporativa" (p. 149). Por ello, las empresas globales están ansiosas por incluir:

> ... las diferencias dentro de su ámbito y con ello apuntan a maximizar la creatividad, la espontaneidad y la diversidad dentro del ambiente laboral. Potencialmente, la gran empresa debería incluir a personas de todas las razas, sexos y orientaciones sexuales; la rutina diaria del lugar de trabajo debería rejuvenecerse en virtud de los cambios inesperados y una atmósfera de distensión. ¡Rompamos las viejas barreras y dejemos que florezcan cien flores! (p. 149).

Luego de leer estas líneas, uno no puede menos que preguntarse hasta qué punto las corporaciones son el hogar de relaciones de producción en donde se explota a los asalariados o si, por el contrario, no son verdaderos paraísos terrenales. No parece necesario ser un experto en el campo de la administración de empresas para concluir que la rosada descripción hecha por nuestros autores guarda poca relación con la realidad, pues el sexismo, el racismo y la homofobia son prácticas que aún gozan de envidiable salud en la corporación global postmoderna. Quizás esta mejorada atmósfera empresarial tenga poco que ver con el hecho que, tal como lo reportara el *New England Journal of Medicine* durante el apogeo de la prosperidad norteamericana, "los varones negros en Harlem tenían menos probabilidades de llegar a la edad de 65 que los hombres en Bangladesh"[16]. H&N vuelven a caer recurrentemente en los sutiles lazos de la literatura empresarial y los ideólogos del libre mercado. Si fuéramos a aceptar sus puntos de vista –¡en realidad los puntos de vista de los gurúes de las escuelas de administración de empresas!–, todo el debate en torno al despotismo del capital en la empresa pierde su significación, lo mismo que las cada vez más intensas demandas a favor de la democratización de las firmas propuestas por teóricos de la talla de Robert

16 NEJM, *New England Journal of Medicine*, January (1990), citada en Noam Chomsky. *Year 501. The Conquest Continues,* South End Press, Boston: 1993.

A. Dahl en los últimos años[17]. Aparentemente, la tiranía estructural del capital se ha desvanecido en la medida en que los asalariados acuden a su trabajo no para ganarse el pan, sino para entretenerse en un clima distendido y agradable que les permite expresar sus deseos sin ninguna clase de restricciones. Este retrato difícilmente se reconcilie con las historias que reporta incluso la prensa más vinculada al capital en relación con la extensión de la jornada de trabajo en la corporación global, el impacto devastador de la flexibilización laboral, la degradación del trabajo, la acrecentada facilidad para despedir trabajadores, la precarización del empleo, las tendencias hacia una reconcentración regresiva de los sueldos y salarios dentro de la firma, para no mencionar historias de horror tales como la explotación de los niños en muchas corporaciones globales.

Pareciera innecesario insistir ante dos autores que se identifican como comunistas y buenos lectores de Marx sobre el hecho de que la lógica del capital, sea global o nacional, poco tiene que ver con la imaginería proyectada por los teóricos de las escuelas de negocios o por los eclécticos filósofos postmodernos. El capital se moviliza por una inexorable lógica de generación de ganancias, cualesquiera sean los costos sociales o ambientales que esta demande. A fin de maximizar las ganancias e incrementar la seguridad de largo plazo, el capital viaja por todo el mundo y es capaz de establecerse prácticamente en cualquier lugar. Las condiciones políticas son un asunto de la mayor importancia, especialmente si se atiende a la necesidad de mantener a la fuerza de trabajo obediente y disciplinada. El chantaje empresarial también desempeña un papel muy importante, debido a que las firmas globales, con el apoyo de "sus gobiernos", procuran ser beneficiadas con concesiones extraordinarias hechas por los sedientos Estados de la periferia empobrecida. Estas concesiones van desde generosas exenciones impositivas de todo tipo hasta la implantación de una legislación laboral contraria a los intereses de

17 Robert A.Dahl. *A Preface to Economic Democracy*, University of California Press, Berkeley and Los Angeles: 1995, pp. 134-135.

los trabajadores, o que desaliente la militancia sindical y debilite la acción de los sindicatos de izquierda capaces de perturbar la atmósfera normal de los negocios. En el mundo desarrollado, en cambio, las dificultades para desmontar las conquistas de los trabajadores y la legislación de avanzada sancionada en la época de oro del Estado keynesiano son mucho mayores. Pero la imposibilidad de apelar a expedientes que faciliten la superexplotación de los trabajadores se compensa con el mayor tamaño de los mercados en sociedades, en las cuales el progreso social creó una pauta de consumo de masas difícilmente disponible en los países de la periferia.

Las empresas transnacionales y el Estado-nación

El capítulo 14 del libro se dedica al tema de la constitución mixta del imperio. El mismo se abre, sin embargo, con un epigrama sorprendente que refleja la inusitada penetración de los prejuicios burgueses aun en las mentes de dos intelectuales tan lúcidos y cultos como Hardt y Negri. El epigrama en cuestión es una afirmación hecha no por un gran filósofo o por un distinguido economista. Tampoco la formula un estadista de renombre o un líder popular. Se trata de unas palabras pronunciadas por Bill Gates y dicen lo siguiente: "Uno de los aspectos maravillosos de la autopista de la información es que la equidad virtual es mucho más fácil de lograr que la equidad del mundo real (...) En el mundo virtual todos somos criaturas iguales".

Dos breves comentarios. En primer lugar, nadie comprende la razón por la cual un capítulo destinado a examinar los problemas de la constitución mixta del imperio comienza por una cita banal de Bill Gates sobre la supuesta equidad de las autopistas de la información. Tal vez porque citar a Gates se ha convertido en una moda entre algunos intelectuales progresistas de Europa y los Estados Unidos. El lector, aun el mejor predispuesto, no puede sino sentir un molesto escozor ante este tributo pagado al hombre más rico del mundo y la personificación más genuina de un orden mundial que, supuestamente, H&N desean fervientemente cambiar.

Lo segundo, y aún más importante, es que Gates está equivocado, profundamente equivocado. No todos hemos sido creados igual en el mundo de la información y en el fantasioso universo de la virtualidad. Seguramente Gates jamás trató con alguna de los tres mil millones de personas que en el mundo nunca hicieron o recibieron un llamado telefónico. Tanto él como Hardt y Negri deberían recordar que en países muy pobres como Afganistán, por ejemplo, solo cinco de cada mil personas tienen acceso a un teléfono. Esta figura, espeluznante, está lejos de ser exclusiva de ese país. En muchas áreas del sur de Asia, en África al sur del Sahara, y en algunas regiones muy atrasadas de América Latina y el Caribe, las cifras no son mucho mejores[18]. Para la mayoría de la población mundial los comentarios de Gates son una broma, cuando no un insulto a su miserable e inhumana condición.

Dejando de lado este desafortunado comienzo, el capítulo introduce una periodización del desarrollo capitalista que consta de tres fases: la primera, que se extiende a lo largo de los siglos xviii y xix, es un período de capitalismo competitivo caracterizado, según H&N, por "la necesidad relativamente escasa de intervención estatal, tanto en el interior de las grandes potencias como fuera de ellas" (p. 282). Para nuestros autores las políticas proteccionistas de Inglaterra, los Estados Unidos, Francia, Bélgica, Holanda y Alemania, amén de las políticas imperialistas de expansión colonial promovidas e implementadas por los respectivos gobiernos nacionales, no califican para ser consideradas como "intervención estatal". De la misma manera, la legislación destinada a reprimir a los trabajadores, sancionada con diferentes grados de intensidad en todos esos países durante un largo período histórico, tampoco sería un ejemplo de intervención del Estado en la vida económica y social. Téngase en cuenta que dichos cuerpos legales incluyen casos tan relevantes como la *anti-combination act* de Inglaterra, la ley Le Chapellier en Francia; la legislación antisocialista del canciller Bismarck en Alemania que

18 William Wresch. *Disconnected. Haves and Have-Nots in the Information Age*, Rutgers University Press, New Brunswick: 1996.

condenó al exilio a miles de trabajadores; y las normas legales que hicieron posibles las prácticas brutalmente represivas en contra de los trabajadores en los Estados Unidos, emblematizadas en la matanza del 1.° de mayo de 1886 en Haymarket Square, en Chicago. En su momento Gramsci formuló algunas muy precisas observaciones en torno a la "cuestión meridional" en las que demostraba que el complejo sistema de alianzas que hizo posible la unificación italiana descansaba sobre un conjunto de sofisticadas políticas económicas que permitían sostener, en los hechos, la coalición dominante. Fue este autor quien señaló el "error teórico" de las doctrinas liberales que celebraban la supuesta prescindencia del Estado en relación con el proceso de acumulación capitalista. En los *Quaderni*, Gramsci escribió que:

> ... el *laissez-faire* también es una forma de 'regulación' estatal, introducida y mantenida por medios legislativos y coercitivos. Es una política deliberada, consciente de sus propios fines, y no la expresión espontánea y automática de los hechos económicos. Consecuentemente, el liberalismo del *laissez-faire* es un programa político.[19]

La razón de este grueso error debe hallarse en la incapacidad de los escritores liberales para reconocer el hecho de que la distinción entre sociedad política y sociedad civil, entre economía y política, "es hecha y presentada como si fuera una distinción orgánica, cuando se trata de una distinción meramente metodológica"[20]. La "pasividad" del Estado cuando el zorro ingresa al gallinero no puede ser concebida como la inacción propia de un actor neutral. Esa conducta se denomina complicidad o, en algunos casos, conspiración. Estos breves ejemplos son suficientes para comprobar que el saber convencional no tiene capacidad de proveer guías adecuadas para explicar algunos de los rasgos centrales del primer

19 Antonio Gramsci. *Selections from the Prison Notebooks*, International Publishers, New York: 1971, p. 160.

20 *Idem*.

período identificado por H&N. Y ciertamente la presidencia estatal no fue uno de ellos. Es verdad que, por comparación a lo que habría de ocurrir en el período posterior a la Gran Depresión, los niveles de intervención estatal eran menores. Pero esto no significa que no hubiera intervención, o que la necesidad de la misma fuera mucho menor. Había, por el contrario, una gran necesidad de ella y los diversos gobiernos burgueses respondieron adecuadamente a la misma. Naturalmente, luego de la Primera Guerra Mundial y de la crisis de 1929, estas necesidades aumentaron extraordinariamente, pero ello no debería conducirnos a creer que con anterioridad a estas fechas el Estado no jugó un papel de primer orden en la acumulación capitalista.

Pero el problema más serio con la interpretación de H&N surge cuando ellos se dirigen a la "tercera fase" en la historia del matrimonio entre el Estado y el capital. En sus propias palabras:

> Hoy ha madurado plenamente una tercera fase de esta relación, en la cual las grandes compañías transnacionales han superado efectivamente la jurisdicción y la autoridad de los estados-nación. Parecería pues que esta dialéctica que ha durado siglos llega a su fin: *¡el estado ha sido derrotado y las grandes empresas hoy gobiernan la Tierra!* (p. 283, bastardillas en el original).

Esta afirmación no solo es errónea sino que también expone a nuestros autores a nuevos desaires. Preocupados por haber ido demasiado lejos en su entusiasmo antiestatista, advierten que es necesario "hacer un examen más minucioso del proceso mediante el cual cambió la relación entre el estado y el capital" (p. 283). Lo curioso del caso es que luego de escribir esta oración no procedieron con la misma convicción a borrar la anterior, con lo que se afirma la sospecha de que la primera representa bastante adecuadamente lo que piensan sobre el tema. Para ellos, uno de los rasgos cruciales de la época actual es el desplazamiento de las funciones estatales y de las tareas políticas hacia otros niveles y dominios de la vida social. Revirtiendo el proceso histórico por el cual el

Estado-nación "expropió" las funciones políticas y administrativas hasta entonces retenidas por la aristocracia y los magnates locales, en esta tercera fase en la historia del capital tales tareas y funciones fueron reapropiadas por alguien más, ¿pero quién? No lo sabemos, porque en la argumentación de H&N se produce un significativo silencio llegado este punto. Comienzan de un modo axiomático aseverando que el concepto de soberanía nacional está perdiendo su efectividad, sin preocuparse por proveer algún tipo de referencia empírica que avale esta tesis; y lo mismo ocurre con la famosa tesis de la "autonomía de la política". Si en relación con la primera tesis la evidencia está completamente ausente y todo lo que puede decirse es que se trata de un lugar común de la ideología burguesa contemporánea, en lo tocante a la segunda tesis H&N están completamente equivocados. Para respaldar su interpretación nuestros autores sostienen que "hoy no tiene razón de ser ninguna noción de la política que la entienda como una esfera independiente donde se determina el consenso y como una esfera de mediación entre fuerzas sociales" (pp. 283-284). Pregunta: ¿cuándo y dónde fue la política esa "esfera independiente" o esa simple "esfera de mediación"? Ante la cual podría responderse que lo que está en crisis no es tanto la política –que puede estarlo, pero por otras razones–, sino una concepción schmittiana de la política, una concepción que muchos intelectuales progresistas en Europa y los Estados Unidos cultivaron con desordenada pasión por muchos años. Producto de esta viciosa adicción, las confusas construcciones doctrinales de un teórico nazi como Carl Schmitt –no solo un académico sino también uno de los más elevados magistrados del Tercer Reich– fueron descifradas como una contribución de primer orden a la teoría política, capaz de hallar la vía de escape para la tantas veces pregonada "crisis del marxismo". Pero contrariamente a las enseñanzas de Schmitt, la política en las sociedades capitalistas nunca fue una esfera autónoma de las demás. Esta discusión es demasiado conocida y generó ríos de tinta en los años setenta y ochenta del siglo pasado como para intentar resumirla ahora. Nos basta, a los efectos de este trabajo, con una breve referencia a un par de trabajos que

abordan de manera directa esta problemática[21]. En todo caso, nuestros autores se acercan más a la verdad cuando anotan, pocas líneas más abajo, que "La política no desaparece; lo que desaparece es toda noción de autonomía de lo político" (p. 284). Pero, una vez más: el problema aquí es menos con la política –que, sin dudas, ha cambiado– que con la absurda noción de la autonomía de la política y de lo político, alimentada durante décadas por académicos e intelectuales rabiosamente antimarxistas y deseosos de sostener contra toda evidencia la visión fragmentaria de lo social, típica de lo que Gyorgy Lukács caracterizara como el pensamiento burgués.[22]

En la interpretación de H&N el declinar experimentado por la autonomía de la política dio lugar a una concepción ultraeconomicista del consenso, "determinado más significativamente por factores económicos tales como los equilibrios de los balances comerciales y la especulación sobre el valor de las monedas" (p. 284). De este modo, la teorización gramsciana que veía al consenso como la capacidad de la alianza dominante de garantizar una dirección intelectual y moral que la estableciera como la vanguardia del desarrollo de las energías nacionales es completamente dejada de lado en el análisis que nuestros autores efectúan del Estado en la fase actual. En su lugar, el consenso aparece como el reflejo mecánico de las noticias económicas, como una sumatoria de cálculos mercantiles sin lugar alguno para las mediaciones políticas, perdidas todas ellas en la noche de los tiempos. Su reduccionismo y economicismo desfiguran por completo la complejidad del proceso de construcción del consenso en los capitalismos contemporáneos y, por otra parte, no resisten el rigor del análisis que demuestra cómo, en innumerables ocasiones, se produjeron significativas conmociones políticas en momentos en que las variables económicas se movían

21 Ellen Meiksins Wood. *Democracy against Capitalism. Renewing Historical Materialism*, Cambridge University Press, Cambridge: 1995, pp. 19-48.
Atilio A. Borón. *Estado, Capitalismo y Democracia en América Latina*, Eudeba/CBC, Buenos Aires: 1997, pp. 95-137.

22 Gyorgy Lukács. *History and Class Consciousness*, MIT Press, Cambridge: 1971.

en la "dirección correcta", como lo ejemplifica la historia europea y norteamericana en los años sesenta del siglo pasado. Por otra parte, épocas de profunda crisis económica no necesariamente se tradujeron en el rápido derrumbe de los consensos políticos preexistentes. La pasividad y la aquiescencia populares fueron notables, por ejemplo, en la ominosa década de 1930 en Francia e Inglaterra, muy al contrario de lo que por esa misma época estaba ocurriendo en la vecina Alemania. En consecuencia: es indiscutible que, dado que la política no es una esfera autónoma de la vida social, existe una íntima conexión entre los factores económicos y los de orden político, social, cultural e internacional que, en un momento determinado, cristalizan en la construcción de un consenso político duradero. Por eso mismo, cualquier esquema conceptual reduccionista, sea del tipo que fuere: economicista o politicista, es incapaz de rendir cuenta de la realidad.

El remate del análisis realizado por nuestros autores es extraordinariamente importante y puede resumirse de la siguiente manera: la decadencia de la política como esfera autónoma "indica además la decadencia de todo espacio independiente donde pueda florecer la revolución dentro del régimen político nacional o donde sea posible transformar el espacio social utilizando los instrumentos del estado" (p. 284). Las ideas tradicionales de construir un contrapoder o de oponer una resistencia nacional contra el Estado han ido perdiendo cada vez más relevancia en las presentes circunstancias. Las principales funciones del Estado han migrado hacia otras esferas y dominios de la vida social, principalmente hacia "los mecanismos de mando del nivel global de las grandes empresas transnacionales" (p. 284). El resultado de este proceso fue algo así como la autodestrucción o el suicidio del Estado capitalista democrático nacional, cuya soberanía se fragmentó y dispersó entre una vasta colección de nuevas agencias, grupos y organizaciones, entre los que sobresalen "los bancos, organismos de planificación internacionales y otros... que progresivamente tendieron a buscar legitimidad en un nivel transnacional de poder" (p. 285). Con relación a las posibilidades que

se abren ante esta transformación la sentencia de nuestros autores es radical e inapelable: "la decadencia del Estado-nación no es meramente el resultado de una posición ideológica que podría revertirse mediante un acto de voluntad política: es un proceso estructural e irreversible" (p. 308). Los fragmentos dispersos de la vieja soberanía estatal, y su capacidad inherente de encontrar obediencia a sus mandatos, fueron recuperados y reconvertidos por "toda una serie de cuerpos jurídico-económicos, tales como el GATT, la Organización Mundial del Comercio, el Banco Mundial y el FMI" (p. 308). Dado que la globalización de la producción y circulación de mercancías ocasionaron la progresiva pérdida de eficacia y efectividad de las estructuras políticas y jurídicas nacionales, impotentes para controlar actores, procesos y mecanismos que excedían en gran medida sus posibilidades y que desplegaban sus juegos en un tablero ajeno a las fronteras nacionales, no tiene sentido alguno tratar de resucitar al difunto Estado-nación. Nada podría ser más negativo para las futuras luchas emancipatorias, aseguran nuestros autores, que caer víctimas de la nostalgia de los viejos tiempos dorados. Pero aun si fuera posible resucitar al Estado-nación cual Lázaro de entre los muertos, existe una razón aún más importante para desistir de esta empresa: esa institución "conlleva una serie de estructuras e ideologías represoras y cualquier estrategia que se sustente en ella debería rechazarse por esa misma razón" (p. 308). Supongamos por un momento que damos por válido este argumento. En tal caso no solo deberíamos resignarnos a contemplar la ineluctable decadencia del Estado-nación, sino también la del orden democrático producto de siglos de luchas populares que inevitablemente reposa sobre la estructura estatal. H&N no se explayan sobre este tema de capital importancia. ¿Tal vez no lo hacen porque suponen, erróneamente, que es posible "democratizar" los mercados o una sociedad civil estructuralmente dividida en clases? Sabemos que esto no es posible, tal como lo hemos examinado detenidamente en otra parte[23]. ¿Cuál es la salida entonces?

23 Atilio A. Borón. *Tras el Búho de Minerva. Mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo,* Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires: 2000, pp. 73-132.

Capítulo 4
Visiones alternativas del Imperio

El imperio ético, o la mistificación postmoderna del imperio "realmente existente"

A estas alturas de su recorrido H&N claramente han traspasado un punto de no retorno y su análisis del "imperio realmente existente" ha cedido lugar a una construcción entre poética y metafísica que, por una parte, guarda un muy lejano parecido con la realidad y, por la otra, y debido precisamente a esas características, ofrece escasa ayuda a las fuerzas sociales interesadas en transformar las estructuras nacionales e internacionales del capitalismo mundial. El diagnóstico general es erróneo debido a los fatales problemas de análisis e interpretación que plagan el esquema teórico de nuestros autores, a lo que se agrega una serie de observaciones puntuales y comentarios sumamente desafortunados que un lector paciente podría coleccionar sin gran esfuerzo y que, si tratara de refutarlos uno por uno, lo obligarían a escribir una obra de extraordinaria magnitud. Dado que no es esa nuestra intención, procederemos a seguir con nuestro análisis centrado en las debilidades del esquema teórico interpretativo general.

Para comenzar, permítasenos reafirmar un muy elemental pero sumamente importante punto de partida: es imposible hacer buena filosofía política y social sin un sólido análisis económico. Tal como

lo hemos demostrado en otro lugar, este fue exactamente el camino elegido por el joven Marx como filósofo político, una vez que precozmente comprendió los límites de una reflexión social y política que no estuviese anclada firmemente en un riguroso conocimiento de la sociedad civil[24]. La ciencia que develaba la anatomía de la sociedad civil y los secretos más íntimos de la nueva organización económica creada por el capitalismo era la economía política. Esta fue la razón por la que el fundador del materialismo histórico dedicó sus energías a la nueva disciplina, no para pasar de una a otra sino para arraigar sus reflexiones y su crítica al orden social existente y su anticipación de la futura sociedad, en la roca viva de un profundo análisis económico. Este anclaje en buena economía política, vía regia para llegar a un conocimiento profundo de la sociedad capitalista, es precisamente lo que está faltando en *Imperio*. De hecho, el libro tiene poco, muy poco, de economía, y lo que tiene es, en la gran mayoría de los casos, la versión convencional del análisis económico que se enseña en las escuelas de administración de empresas o que propalan los grandes publicistas de la globalización neoliberal, combinado con algunos fragmentos aislados de economía política marxista. En resumen: mala economía para analizar un tema como el del sistema imperialista que requiere, inexorablemente, de un muy riguroso tratamiento del asunto apelando a lo mejor que la economía política puede ofrecer.

Nos hallamos, en consecuencia, frente a un libro que intenta analizar el orden internacional, supuestamente un imperio, y en el cual apenas un par de veces el lector tropezará con instituciones tales como el FMI, el Banco Mundial, la OMC y otras agencias del actual orden mundial, llámese imperio o imperialismo. La palabra "neoliberalismo", por ejemplo, que alude nada menos que a la ideología y la fórmula político-económica predominante durante el último cuarto de siglo, cuando el presente orden económico fue reconstruido de pies a cabeza, apenas si aparece a lo largo del libro,

24 Atilio A. Borón (compilador). *Filosofía Política Moderna*, Clacso, Buenos Aires: 2000.

lo mismo que el Acuerdo Multilateral de Inversiones (MIA) y el Consenso de Washington. La impresión que el lector va formándose a medida que avanza en la lectura del libro es la de hallarse ante dos académicos muy bien intencionados, pero completamente removidos del barro y la sangre que constituyen la vida cotidiana de las sociedades capitalistas, sobre todo en la periferia, y que se lanzaron a navegar por los mares del imperio provistos de mapas muy defectuosos y contando con muy pobres instrumentos de navegación. Así, como desorientados Quijotes, toman las apariencias por realidades. Por eso, cuando describen la pirámide de la constitución global del imperio nuestros autores aseguran que:

> En el angosto pináculo de la pirámide hay una superpotencia, los Estados Unidos, que tiene la hegemonía del uso global de la fuerza, una superpotencia que puede actuar sola, pero que prefiere actuar en colaboración con otras bajo el paraguas protector de las Naciones Unidas (pp. 285-286).

Se hace muy difícil comprender un comentario tan cándido e inocente como este, en el cual la sofisticación que se espera de un análisis científico se encuentra completamente ausente. Para comenzar, la reducción del concepto de hegemonía al uso de la fuerza es inadmisible. La hegemonía es mucho más que eso. Refiriéndose a los temas del imperio y el imperialismo, Robert Cox escribió una vez que la hegemonía podría ser representada como "un ajuste entre el poder material, la ideología y las instituciones"[25]. Reducir la cuestión de la hegemonía solamente a sus aspectos militares, cuya importancia está más allá de toda duda, es un error mayúsculo. La hegemonía norteamericana es mucho más compleja que eso. Por otra parte, se nos dice que los Estados Unidos "prefieren" –seguramente a causa de su buena voluntad, su reconocida generosidad en materia internacional y su intensa adhesión a

25 Robert W. Cox. "Social Forces, States and World Orders: Beyond International Relations Theory", en Robert O. Keohane. *Neorealism and its Critics*, Columbia University Press, New York: 1986, p. 225.

los principios de la tradición judeocristiana– actuar en colaboración con otros. Uno no puede menos que preguntarse si las veintitantas páginas que en *Imperio* se destinan a reflexionar sobre los pensamientos de Machiavelli fueron escritas por los mismos autores que luego avientan una interpretación de la conducta internacional de los Estados Unidos, tan antitética a las enseñanzas del teórico florentino como la que estamos citando. La "preferencia" de los Estados Unidos (por supuesto, estamos hablando del gobierno norteamericano y de sus clases dominantes, no de la nación o el pueblo de ese país) por la acción colaborativa es apenas una manta debajo de la cual las políticas imperialistas son adecuadamente disfrazadas para ser vendidas a los espíritus inocentes. Mediante esta operación, cuya eficacia queda demostrada una vez más en el libro que nos ocupa, las políticas de expansión y dominación imperial aparecen como si fueran verdaderos sacrificios en aras del bien común de la humanidad. Es razonable suponer que los más altos funcionarios del gobierno de los Estados Unidos y sus numerosos ideólogos y publicistas puedan decir algo como eso, que ni siquiera los más obsecuentes y serviles aliados de Washington tomarían en serio. Lo que no es para nada razonable es que dos críticos radicales del sistema crean esas patrañas.

No es la primera vez que este serio error aparece en el libro. Ya en un capítulo previo habían escrito:

> En los años de debilitamiento de la guerra fría y una vez que ésta hubo terminado, la responsabilidad de ejercer un poder de policía internacional 'recayó' directamente en los hombros de los Estados Unidos. La Guerra del Golfo (...) fue una operación represora de escaso interés desde el punto de vista de los objetivos, de los intereses regionales y de las ideologías políticas implicadas... La importancia de la Guerra del Golfo estriba principalmente en el hecho de que presentó a los Estados Unidos como la única potencia capaz de aplicar la justicia internacional, *no como una función de sus propias motivaciones nacionales sino en nombre del derecho global* (pp. 171-172, bastardillas en el original).

En conclusión, y contrariamente a lo que indican ancestrales prejuicios alimentados por la incesante prédica antinorteamericana de una izquierda extraviada, lo que aprendemos ahora al leer *Imperio* es que el pobre Tío Sam tuvo que asumir, pese a su renuencia y en contra de su voluntad, las responsabilidades de ejercer un papel de gendarme mundial luego de décadas de infructuosas gestiones para tratar de ser eximido de tan penosa obligación. El poder, por eso mismo, "recayó" en sus manos mientras toda la diplomacia del Departamento de Estado se encontraba ocupada en la reconstrucción –sobre bases genuinamente democráticas– del sistema de Naciones Unidas, y los más encumbrados funcionarios de Washington recorrían el mundo entero procurando relanzar una nueva ronda de negociaciones Norte/Sur, orientadas a reducir las irritantes desigualdades en la distribución internacional de la riqueza y para fortalecer a los alicaídos gobiernos de la periferia, enseñándoles cómo resistir las exacciones a que son sometidos por las gigantescas corporaciones transnacionales. Nuestros dos académicos radicales, perdidos en la oscuridad de la confusión teórica, se encuentran con alguien que les da una mano y que, salidos a la luz del día, descubren que no es otro que Thomas Friedman, el muy conservador editorialista del *New York Times* y portavoz de las opiniones del *establishment* norteamericano. Según Friedman, la intervención de los Estados Unidos en Kosovo fue legítima –como, por otras razones, también lo había sido en el Golfo– porque puso fin a la limpieza étnica que se estaba practicando en esa región y, por lo tanto, fue "hecha en nombre del derecho global", para usar una expresión cara a H&N. Lo cierto es que –como Noam Chomsky lo ha demostrado– la limpieza étnica del siniestro régimen de Milosevic no fue la causa sino la consecuencia de los bombardeos norteamericanos.[26]

Pero retornemos a la Guerra del Golfo, deplorablemente caracterizada por nuestros autores como una "operación represora de

26 Noam Chomsky. *El terror como política exterior de los Estados Unidos*, Libros del Zorzal, Buenos Aires: 2001, p. 81.

escaso interés" y poca importancia. Primero que nada, conviene recordar que tal operación no fue precisamente una guerra sino, como Chomsky lo asegura, una matanza: "el término 'guerra' difícilmente se aplica a una confrontación en la cual una parte masacra a la otra desde una distancia inalcanzable, mientras se destruye a la sociedad civil"[27]. Pero nuestros autores no están preocupados por este tipo de disquisición: su visión del advenimiento del imperio con su plétora de posibilidades liberadoras y emancipadoras hace que sus ojos miren bien hacia lo alto y no puedan, por eso mismo, percatarse de los horrores y las miserias que en el fango de la historia producen las actuales políticas del imperialismo. Si los teólogos cristianos del Medioevo tenían sus ojos completamente vueltos hacia la contemplación de Dios y, por esa razón, no podían darse cuenta del infierno que los rodeaba, nuestros autores están tan arrobados por la contemplación de las luminosas perspectivas que se abren con el advenimiento del imperio, que la carnicería que inaugura esta nueva época histórica no los mueve a escribir siquiera una línea de lamento o de compasión. Maestros en el arte de la "deconstrucción", demostraron ser completamente incapaces de aplicar ese recurso al análisis de la guerra, que fue en realidad una masacre. Fracasaron también en reconocer –no digamos denunciar– el enorme número de víctimas civiles, que tan solo entre los niños llega a una cifra superior a los 150 mil como resultado de los bombardeos, las "víctimas colaterales" y el criminal embargo que siguió a la guerra. Tampoco dicen nada de que pese a su derrota Saddam permaneció en el poder, pero contando con la anuencia del gendarme del mundo para reprimir a su antojo los levantamientos populares de los kurdos y la minoría shiíta.[28]

Por último, ¿cuán realista puede ser un análisis que considera que la Guerra del Golfo, escenificada no por casualidad en la zona donde se hallan las más importantes reservas mundiales de

27 Noam Chomsky. *World Orders, Old and New*, Pluto Press, London: 1994, p. 8.

28 Idem.

petróleo, fue un asunto de importancia marginal para los Estados Unidos? ¿Debemos pensar entonces que Washington lanzó sus operaciones militares movido por la imperiosa necesidad de asegurar el predominio del "derecho global" y no con el objeto de reafirmar su indisputable primacía en una región estratégica del globo? La decisión del presidente Bush de arrasar Afganistán, tratando en vano de dar con el paradero de uno de sus antiguos lugartenientes, Osama Bin Laden, ¿habrá sido entonces motivada por la necesidad de hacer lugar a esta demanda de justicia universal? ¿Cómo calificar tamaño desatino?

Esta visión angelical del funcionamiento concreto del imperio, y de algunos acontecimientos desagradables como la Guerra del Golfo, está en línea con otras definiciones sumamente polémicas que hacen nuestros autores. Por ejemplo, que "la fuerza policíaca mundial de los Estados Unidos obra, no con un interés imperialista, sino con un interés imperial". La fundamentación de esta afirmación es bien sencilla y remite a otros pasajes del libro: dado que el imperialismo ha desaparecido, tragado por el remolino que destruyó a los viejos Estados nacionales, una intervención del hegemón solo tiene sentido como una contribución a la estabilidad del imperio. El pillaje característico de la era del imperialismo ha sido substituido por el derecho global y la justicia internacional.

Otra cuestión planteada por H&N refleja con mayor claridad aun los graves problemas que afectan su visión del sistema internacional realmente existente y que ante sus ojos se convierte en una especie de imperio ético. Así, refiriéndose a la ascendencia que los Estados Unidos adquirieron en el mundo de la postguerra, nuestros autores sostienen que:

> ... fueron convocados a desempeñar el papel de garante y a dar mayor eficacia jurídica a todo este complejo proceso de formación de un nuevo derecho supranacional. Del mismo modo que en el siglo I de la era cristiana, los senadores romanos le pidieron a Augusto que asumiera los poderes imperiales (...) hoy las organizaciones internacionales (las Naciones Unidas, las organizaciones

> monetarias internacionales y hasta las organizaciones humanitarias) le piden a los Estados Unidos que asuman el rol central en el nuevo orden mundial (p. 173).

Los equívocos contenidos en este pasaje de la obra de H&N son gravísimos. En primer lugar, se plantean como análogas dos situaciones enteramente diferentes: la del imperio romano en el siglo I y la actual, cuando el mundo ha cambiado algo –si bien no tanto como quisiéramos– y el antiguo orden que prevalecía en torno a la cuenca del Mediterráneo y basado en la esclavitud no parece tener demasiadas afinidades con el sistema imperialista actual, que hoy cubre la totalidad del planeta y que abarca a poblaciones formalmente libres. Pero, en segundo lugar, está el hecho de que una cosa son los senadores romanos exigiéndole a Augusto que asuma poderes imperiales, y otra bien distinta que hubieran sido los pueblos sometidos al yugo romano los que le solicitaran tal cosa. Por cierto que hay una considerable mayoría de los senadores norteamericanos que le reiteran a la Casa Blanca la necesidad de actuar como eje articulador y organizador del imperio, en beneficio de las empresas y los intereses nacionales de los Estados Unidos, como veremos en los capítulos siguientes. Otra muy distinta es que los pueblos, naciones y Estados sometidos a su dominio hayan exigido tal cosa. En este punto, el análisis de H&N se confunde con el pensamiento del establishment norteamericano, pues remite a supuestas demandas elevadas a Washington por las Naciones Unidas (¿cuándo la Asamblea General reclamó tal cosa?, porque no es este un asunto que pueda decidir un órgano tan poco representativo y antidemocrático como el Consejo de Seguridad) y menos aún las "organizaciones monetarias internacionales" (¿se estarán refiriendo al FMI, el Banco Mundial, la OMC, el BID como representantes de los derechos de los pueblos? ¿De qué hablan?). En todo caso y aun cuando lo hubieran reclamado, sabemos muy bien que tales instituciones son, en los hechos, "miembros informales" del gobierno norteamericano y carecen por completo de legitimidad universal para tomar una iniciativa como la que se menciona. ¿Y

qué decir de las organizaciones humanitarias? Hasta donde se sepa, ni Amnesty, ni la Cruz Roja, ni Greenpeace, ni el Servicio de Paz y Justicia, ni ninguna otra que se conozca, han formulado jamás la petición que se plantea en el libro de nuestros autores.

Tal vez H&N estén pensando en el activo protagonismo que los Estados Unidos han tenido en la promoción de un nuevo marco jurídico supranacional, el cual, por razones que se comprenderán enseguida, ha sido conducido en el mayor secreto por los gobiernos involucrados en esta empresa. En efecto, desde hace varios años Washington ha venido trabajando muy sistemáticamente y tiene como una de las prioridades de su agenda de política exterior el establecimiento del Acuerdo Multilateral de Inversiones (MIA). Para avanzar en esta propuesta la Casa Blanca contó con la siempre incondicional colaboración de su principal Estado cliente, el Reino Unido, y de la abrumadora mayoría de los gobiernos agrupados en la OECD. Entre las reglas que los Estados Unidos han tratado de imponer para consolidar la justicia y el derecho universales, seguramente inspirados en el mismo tipo de literatura en la cual abrevaron nuestros autores, se cuentan dos contribuciones epocales a la ciencia del derecho: por una parte, una innovación doctrinaria merced a la cual por primera vez en la historia empresas y Estados se convierten en personas jurídicas que gozan exactamente del mismo estatus legal. Los Estados dejan de ser representantes de la soberanía popular y de la nación para devenir en simples agentes económicos sin ninguna clase de prerrogativas en las cortes. No es preciso ser un gran estudioso del derecho para poder calificar esta "conquista jurídica", afanosamente buscada por Washington, como una fenomenal retrogresión que violenta los avances del derecho moderno en los últimos trescientos años. Segunda contribución: teniendo en cuenta la extraordinaria preocupación del gobierno estadounidense por el derecho universal, el MIA propone la abolición del principio de reciprocidad entre las dos partes firmantes de un contrato. Si el MIA llegara a ser aprobado, cosa que hasta ahora no ha sido posible gracias a la tenaz oposición de las organizaciones humanitarias y movimientos sociales de diverso tipo, una de las

dos partes de un contrato tendría derechos y la otra solo obligaciones. Habida cuenta de las características del imperio "realmente existente" no es demasiado difícil averiguar quién tendría qué: las empresas tendrán el derecho de llevar a los Estados ante las cortes de justicia, pero los Estados quedan inhabilitados para hacer lo propio con los inversionistas que no cumplan con sus obligaciones. Claro que dada la conocida preocupación del gobierno norteamericano por asegurar la democracia universal, se admite que un Estado pueda iniciar un juicio contra otro Estado, con lo que se empareja un poco la cosa. Así, si los gobiernos de Guatemala o Ecuador tuvieran un problema con la United Fruit o Chiquita Brands, no podrían iniciar un juicio contra estas empresas, pero tendrían las manos libres y todas las garantías del mundo para hacerlo en contra del gobierno de los Estados Unidos, dado que –pese a lo que piensan H&N– esas empresas son norteamericanas y están registradas en ese país. Se comprenden ahora las razones por las cuales las negociaciones que culminaron en la redacción del borrador del MIA fueron conducidas en el más absoluto secreto y al margen de cualquier tipo de control democrático y popular.[29]

Ante tamaña distorsión de las realidades del imperio no sorprende que nuestros autores concluyan que:

> En todos los conflictos regionales de fines del siglo xx, desde Haití hasta el golfo Pérsico y desde Somalia hasta Bosnia, los Estados Unidos fueron convocados a intervenir militarmente y estamos hablando de pedidos reales y sustanciales, no de meros trucos publicitarios destinados a calmar el disentimiento público estadounidense. Aun cuando hubiesen sido reacios a tal intervención,

29 Atilio A. Borón. "El nuevo orden imperial y cómo desmontarlo", en José Seoane y Emilio Taddei (compiladores), *Resistencias Mundiales. De Seattle a Porto Alegre,* Clacso, Buenos Aires: 2001, pp. 31-62.
Noam Chomsky. *El terror como política exterior de los Estados Unidos*, Libros del Zorzal, Buenos Aires: 2001, pp. 259-260.
Edgardo Lander. "El Acuerdo Multilateral de Inversiones (MIA). El capital diseña una constitución universal", en *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales,* (Caracas) n.° 2-3, April/September, 1998.

los militares estadounidenses habrían tenido que responder a esos requerimientos en nombre de la paz y el orden (p. 173).
Sin comentarios.

El imperio tal cual es, retratado por sus intelectuales orgánicos

Tal como parece estar suficientemente probado, el análisis de H&N sobre el orden mundial de nuestro tiempo es insanablemente erróneo, basado en una lectura seriamente distorsionada de las transformaciones en curso en las formaciones estatales y en los mercados mundiales del capitalismo contemporáneo. Esto no niega que ocasionalmente, aquí y allá, el lector pueda encontrar algunas reflexiones y observaciones muy penetrantes con relación a temas sumamente puntuales, pero el cuadro general que brota de sus análisis es teóricamente equivocado y políticamente inconducente.

Un buen ejercicio que podría ayudar a que H&N desciendan desde las nebulosas estructuralistas en las que parecen haber anidado sus razonamientos –"el imperio como un régimen específico de relaciones globales" (p. 58), "una nueva forma global de soberanía" (p. 14)– lo constituye la lectura de la obra de algunos de los principales intelectuales orgánicos del imperio. Leo Panitch ha llamado la atención sobre una significativa paradoja: mientras el término "imperialismo" ha caído en desuso, las realidades del imperialismo son mucho más vívidas e impresionantes que nunca. Esta paradoja es tanto más acentuada en América Latina en donde no solo el término "imperialismo" sino también la voz "dependencia" fueron expulsados del lenguaje académico y del discurso público, precisamente en momentos en que la sujeción de nuestros países a las fuerzas económicas transnacionales alcanzó niveles sin precedentes en nuestra historia. Son muchas las razones por las que esto ha ocurrido, entre las cuales sobresalen la derrota ideológica y política de la izquierda y sus consecuencias: la adopción del lenguaje y la agenda intelectual de sus vencedores y la debilidad para resistir su chantaje, especialmente entre aquellos obsesionados por preservar sus carreras y ganar el "reconocimiento público" que administran

las grandes usinas doctrinarias de las clases dominantes. Este fenómeno no solo se verificó en nuestra región, sino también en Europa y los Estados Unidos; en la primera, muy principalmente en aquellos países en donde la fuerza de los partidos comunistas era muy grande y la presencia de una cultura política de izquierda muy vigorosa, como en Italia, Francia y España. Es por eso que Panitch sugiere que si la izquierda quiere enfrentarse con la realidad, tal vez "debería mirar hacia la Derecha para obtener una clara visión de hacia donde marchar"[30]. ¿Por qué? Porque mientras muchos en la izquierda evidencian una enfermiza inclinación a olvidarse de la existencia de la lucha de clases y el imperialismo (temerosos de ser sindicados por el prevaleciente consenso neoliberal y postmoderno como extravagantes y ridículos dinosaurios fugados del Parque Jurásico del socialismo), los mandarines del imperio, preocupados como están por asesorar con sus conocimientos a las clases dominantes que se enfrentan a diario con los antagonismos clasistas y las luchas emancipadoras, no tienen tiempo que derrochar en fantasías ni en poesías. Las necesidades prácticas de la administración imperial no les permiten darse el lujo de distraerse con elucubraciones metafísicas. Esta es una de las razones por las que Zbigniew Brzezinski es tan claro en su diagnóstico y, en vez de hablar de un imperio fantasmagórico como el que delinean H&N, va directamente al grano y celebra sin tapujos la a su juicio irresistible ascensión de los Estados Unidos a la condición de "única superpotencia global". Preocupado por asegurar la estabilidad a largo plazo de la fase imperialista abierta tras el derrumbe de la URSS, Brzezinski identifica los tres grandes principios orientadores de la estrategia geopolítica norteamericana: primero, impedir la colusión entre –y preservar la dependencia de– los vasallos más poderosos en cuestiones de seguridad (Europa Occidental y Japón); segundo, mantener la sumisión y obediencia de las naciones tributarias, como las de América Latina y el Tercer Mundo en general; y

30 Leo Panitch. "The New Imperial State", en *New Left Review* n° 2, March/April 2000, pp. 18-20.

tercero, prevenir la unificación, el desborde y un eventual ataque de los "bárbaros", denominación esta que abarca desde China hasta Rusia, pasando por las naciones islámicas del Asia Central y Medio Oriente[31]. Más claro imposible.

Las observaciones del exdirector del Consejo de Seguridad Nacional de los Estados Unidos ofrecen una visión clara y sin rodeos, alejada de la nebulosa retórica empleada por H&N y precisamente por eso sumamente instructiva, de lo que estos autores denominan imperio y Panitch designa como "nuevo imperialismo". Bastante antes de que Brzezinski expresara estas ideas, Susan Strange, no precisamente una académica marxista, escribió en 1989 un artículo que de haber sido leído por nuestros autores les habría ahorrado mucho tiempo y evitado cometer algunos errores sumamente graves. Decía Strange que:

> Lo que está emergiendo, por lo tanto, es un imperio no-territorial con su capital imperial en Washington, D.C. Si las capitales imperiales solían atraer cortesanos de las provincias exteriores, Washington atrae en cambio a "lobbies" y agentes de las empresas internacionales, representantes de grupos minoritarios dispersos por el imperio y grupos de presión organizados en una escala global. (...) Al igual que en Roma la ciudadanía no está limitada a una raza superior y el imperio contiene un *mix* de ciudadanos con derechos legales y políticos plenos, semiciudadanos y no-ciudadanos, tal como la población esclava de Roma (...) Los semiciudadanos del imperio son muchos y muy dispersos. (...) Ellos incluyen muchas personas empleadas por grandes firmas transnacionales que operan en la estructura transnacional de producción que atiende, como todos ellos bien saben, al mercado global. Esto incluye a la gente empleada en la banca transnacional y, muy a menudo, a los miembros de las fuerzas armadas "nacionales", especialmente aquellas que son entrenadas, armadas por, y dependientes de, las fuerzas

31 Zbigniew Brzezinski. *El Gran Tablero Mundial: la superioridad norteamericana y los imperativos geoestratégicos*, Paidós, Buenos Aires: 1998, p. 40.

armadas de los Estados Unidos. También incluye a muchos académicos en medicina, ciencias naturales y ciencias sociales, como administración y economía, quienes miran hacia las asociaciones profesionales y las universidades de los Estados Unidos como los pares ante cuyos ojos ellos desean brillar y sobresalir. También se incluye a la gente que está en la prensa y los medios de comunicación, para quienes la tecnología norteamericana y los ejemplos que brindan los Estados Unidos han mostrado el camino, cambiando las instituciones y organizaciones establecidas.[32]

Parece inobjetable el hecho de que, pese a su rechazo del marxismo, el diagnóstico de Strange sobre la estructura y la organización internacional del imperio guarda más relación con el materialismo histórico que el que emerge de la obra de H&N. No es esta la primera vez que un liberal riguroso y objetivo provee, gracias al realismo que preside su análisis, una visión mucho más cercana al análisis marxista que la que surge de la pluma de autores que se identifican con esa tradición teórica. La vibrante perspectiva que nos han ofrecido Brzezinski y Strange se completa con el descarnado diagnóstico que efectúa uno de los más distinguidos teóricos del neoconservadurismo norteamericano, Samuel P. Huntington, quien tampoco tiene dudas acerca del carácter imperialista del actual orden mundial. Su preocupación se centra en la debilidad y vulnerabilidad de los Estados Unidos en su condición de "*sheriff* solitario". Esta singularidad ha obligado a Washington a un ejercicio vicioso del poder internacional y una de las consecuencias de tal acción puede ser la formación de una amplísima coalición antinorteamericana, en donde no solo se encuentren Rusia y China, sino también –si bien en diversos grados– los Estados europeos, lo cual pondría seriamente en crisis al actual orden mundial. Para refutar a los escépticos y refrescar la memoria de quienes se han olvidado

32 Susan Strange. "Towards a Theory of Transnational Empire", en: E-O Czempiel and J. Rosenau, compiladores, *Global Changes and Theoretical Challenges. Approaches to World Politics for the 1990's,* Lexington Books, Lexington: 1989, p. 167.

de lo que son las relaciones imperialistas conviene reproducir *in extenso* el largo rosario de iniciativas que según Huntington fueron impulsadas por Washington en los últimos años:

> presionar a otros países para adoptar valores y prácticas norteamericanas en temas tales como derechos humanos y democracia; impedir que terceros países adquieran capacidades militares susceptibles de interferir con la superioridad militar norteamericana; hacer que la legislación norteamericana sea aplicada en otras sociedades; calificar a terceros países en función de su adhesión a los estándares norteamericanos en materia de derechos humanos, drogas, terrorismo, proliferación nuclear y de misiles y, ahora, libertad religiosa; aplicar sanciones contra los países que no conformen a los estándares norteamericanos en estas materias; promover los intereses empresariales norteamericanos bajo los *slogans* del comercio libre y mercados abiertos y modelar las políticas del FMI y el BM para servir a esos mismos intereses (...) forzar a otros países a adoptar políticas sociales y económicas que beneficien a los intereses económicos norteamericanos; promover la venta de armas norteamericanas e impedir que otros países hagan lo mismo (...) categorizar a ciertos países como "estados parias" o delincuentes y excluirlos de las instituciones globales porque rehúsan a postrarse ante los deseos norteamericanos.[33]

Entiéndase bien: no se trata de la incendiaria crítica de un mortal enemigo del imperialismo norteamericano, sino del sobrio recuento hecho por uno de sus más lúcidos intelectuales orgánicos, preocupado por las tendencias autodestructivas que se derivan del ejercicio de su solitaria hegemonía en el mundo unipolar. Ante imágenes como las que se desprenden de los tres autores cuyas ideas hemos presentado, el discurso por momentos poético y a ratos metafísico de H&N se desvanece a causa de su propia liviandad y

33 Samuel P. Huntington. "The lonely superpower", en *Foreign Affairs*, Vol. 78, n.° 2, 1999, p. 48.

de su radical desconexión con lo que Huntington apropiadamente denomina las "responsabilidades de la superpotencia solitaria". Lo que surge del análisis de estos autores es que la supuesta "nueva forma global de soberanía", que nuestros autores resumen en la palabra "imperio" y que impondría una nueva lógica global de dominio, no es tal, sino que lo que hay es una "lógica norteamericana de dominio". Que existen organizaciones supranacionales y transnacionales está fuera de toda duda, como también lo está el hecho de que ellas son una fachada conveniente detrás de la cual se oculta el interés nacional norteamericano. Es obvio que este no existe en abstracto, ni es el interés del pueblo norteamericano o de la nación. Es el interés de los grandes conglomerados empresariales que controlan a su antojo el gobierno de los Estados Unidos, el congreso, el poder judicial, los grandes medios de comunicación de masas, las principales universidades y centros de estudio, y todo un denso entramado que les permite detentar una formidable hegemonía sobre la sociedad civil. Instituciones supuestamente "intergubernamentales" o internacionales como el FMI, el Banco Mundial, la Organización Mundial del Comercio y otras por el estilo están al servicio de los intereses corporativos norteamericanos. Las intervenciones de los Estados Unidos en distintas regiones del globo reconocen diversas motivaciones, pero nunca fueron hechas, como sostienen H&N, para establecer el derecho internacional. En este sentido, Brzezinski no pudo haber sido más categórico al decir que las así llamadas instituciones supranacionales son, de hecho, parte del esquema imperial, algo que es particularmente cierto en el caso de las instituciones financieras internacionales.[34]

34 Zbigniew Brzezinski. *El Gran Tablero Mundial: la superioridad norteamericana y los imperativos geoestratégicos*, Paidós, Buenos Aires: 1998, pp. 28-29.

Capítulo 5
El Estado-nación y la cuestión de la soberanía

Tal como hemos visto en capítulos anteriores, según H&N la constitución del imperio reposa sobre la decadencia y derrumbe final, supuestamente inexorable, del Estado-nación. De acuerdo con nuestros autores, la soberanía que en el pasado retenían los Estados nacionales habría sido transferida a una nueva estructura global de dominio en la cual las decadentes formaciones estatales tendrían un papel cada vez más marginal. No hay, se nos asegura, actores imperialistas ni un centro territorial del poder; tampoco existen barreras o límites establecidos, identidades fijas ni jerarquías cristalizadas. La transición desde la edad del imperialismo, basada en una colección de Estados belicosos en permanente conflicto entre sí, a la edad del imperio, está signada por el irreversible declinar del fundamento institucional y legal del viejo orden: el Estado-nación. Es por esto que H&N rechazan de plano la idea de que los Estados Unidos son "la autoridad última que gobierna todos los procesos de la globalización y el nuevo orden mundial" (p. 15). Tanto los que ven a los Estados Unidos como la superpotencia solitaria y omnipotente, defensores a ultranza de la libertad, y los que denuncian a ese país como un opresor imperialista están equivocados, dicen, porque ambas partes suponen que la vieja soberanía estatal-nacional está aún vigente y no se percataron de que ya es

una reliquia del pasado. Dado que este no es el caso, el imperialismo se ha terminado (p. 15).

Veamos algunos de los problemas que plantea esta interpretación. En primer lugar, digamos que suponer que pueda existir algo así como una autoridad capaz de gobernar "todos los procesos de la globalización y el nuevo orden mundial" es una exageración nada inocente. ¿Por qué? Porque ante un requisito de esa naturaleza la única respuesta sensata es negar la existencia de una tal autoridad y, de paso, inducir a pensar que en ese orden mundial no hay nadie que tenga algún grado de autoridad. Plantear que una determinada estructura de poder pueda controlar todos los procesos que se verifican en su jurisdicción constituye un verdadero absurdo. Ni siquiera las formas más elementales de organización del poder social, como las que encontraron los antropólogos al estudiar las hordas primitivas, eran capaces de cumplir con tal requisito. Por suerte para los hombres y las mujeres la omnipotencia de los poderosos no existe. Siempre hay resquicios y siempre, invariablemente, habrá cosas que el poder no controle. Aún en los casos más extremos de concentración despótica y terrorista del poder –pensemos en la Alemania nazi, o en algunas de las más opresivas y feroces dictaduras latinoamericanas, como las de Videla en la Argentina, Pinochet en Chile, Trujillo en la República Dominicana y Somoza en Nicaragua– las autoridades de turno se demostraron incapaces de controlar "todos los procesos" en curso en sus países. Decir que no hay imperialismo porque no hay nadie que pueda hacer eso en el plano mundial, cuya infinita complejidad trasciende los límites de nuestra imaginación, constituye, por lo tanto, un planteamiento poco serio. De lo que se trata es de averiguar si en el naciente orden mundial, tan celebrado por George Bush padre luego de la Guerra del Golfo, existen algunos actores que detentan una cuota extraordinariamente elevada de poder y cuyos intereses prevalecen de manera sistemática. Se trata de examinar si el diseño de ese nuevo orden refleja, de algún modo, la distribución asimétrica de poder que existía en los viejos tiempos y cómo funciona. Por supuesto, quien dice una cuota "extraordinariamente elevada" de poder admite que hay otros que tienen algo de

poder, y cuando se habla de un predominio sistemático se acepta, asimismo, que puedan existir algunas desviaciones que de vez en cuando produzcan resultados inesperados.

Hechas estas consideraciones previas pasemos a un segundo tema. El análisis de H&N sobre la cuestión de la soberanía es erróneo, como también lo es su interpretación de los cambios experimentados por las estructuras estatales en tiempos recientes. En relación con la cuestión de la soberanía parecen no haber tomado nota de que en la estructura imperialista existe un doble patrón de evaluación o, como decía la embajadora de los Estados Unidos ante las Naciones Unidas durante el primer gobierno de Ronald Reagan, Jeane Kirkpatrick, hay un doble *standard* con el cual Washington juzga a los gobiernos y sus acciones. Un patrón es el que se utiliza para evaluar la soberanía de los amigos y aliados de los Estados Unidos; otro bien diferente es el que se usa para juzgar la de los neutrales o los enemigos. La soberanía nacional de los primeros debe ser preservada y fortalecida, la de los segundos debe ser debilitada y violada sin ninguna clase de escrúpulos o falsos remordimientos de conciencia. Prisioneros de sus fantásticas especulaciones, H&N no pueden percibir esta inquietante dualidad, creyendo entonces que hay una "lógica global" más allá y por encima de los intereses nacionales de la superpotencia e indiscutido "centro" del imperio: los Estados Unidos. Para autores tan interesados sobre asuntos constitucionales y jurídicos como H&N, el deplorable desempeño de Washington en materia de reconocimientos a los tratados y acuerdos internacionales aporta un oportuno baño de sobriedad. Como es bien sabido, los Estados Unidos han repudiado cualquier instrumento jurídico internacional que signifique un mínimo menoscabo de su soberanía. En fechas recientes Washington ha retrasado primero, con su deliberada dilación, la constitución del Tribunal Penal Internacional (TPI) con sede en Roma –con competencia especial para juzgar crímenes de guerra, en contra de la humanidad y genocidios– porque esto implicaría una transferencia de soberanía hacia un órgano internacional cuyo control podría escapar de sus manos. Los Estados Unidos participaron activamente en todas las deliberaciones previas, discutieron

criterios, vetaron normativas y fueron los coautores de varios de sus borradores, pero llegada la hora de aprobar la constitución de la corte en Roma decidieron archivar el proyecto, bajo los argumentos enunciados más arriba y cuando, finalmente, el TPI fue constituido y se puso en marcha, los Estados Unidos comenzaron a sabotearlo.

Esto no es una sorpresa para los estudiosos del imperialismo, aunque sí puede causar estupor a los autores de *Imperio*. Aparentemente ignoran que Estados Unidos tiene uno de los peores *records* del mundo en materia de ratificación de convenciones y acuerdos internacionales, precisamente porque Washington considera que los mismos van en detrimento de la soberanía nacional norteamericana y de sus intereses como superpotencia. Recientemente, los Estados Unidos rehusaron firmar los Acuerdos de Kyoto para la preservación del medioambiente, bajo la argumentación de que los mismos irían en detrimento de las ganancias de las empresas norteamericanas. En el caso de la Convención Internacional de los Derechos del Niño, solo dos países en todo el mundo se han rehusado a firmar su protocolo: ¡Somalia y los Estados Unidos! Pero tal como ha sido señalado por el lingüista del MIT, en realidad los Estados Unidos:

> … no han ratificado ni una sola convención, porque aún en los muy pocos casos en los que lo hizo el gobierno norteamericano se las arregló para introducir una cláusula de reserva que dice lo siguiente: "No aplicable a los Estados Unidos sin el consentimiento de los Estados Unidos".[35]

Desde el auge neoconservador de los años ochenta los Estados Unidos no están abonando su cuota a las principales agencias de las Naciones Unidas porque algunas de ellas han sido acusadas de desafiar la soberanía norteamericana. Por lo tanto, ¿para qué pagar cuotas de membresía en una institución que Washington no

35 Noam Chomsky. *El terror como política exterior de los Estados Unidos*, Libros del Zorzal, Buenos Aires: 2001, p. 63.

puede controlar a su voluntad? Una actitud semejante se observa en relación con otra creación del gobierno de los Estados Unidos, la OMC, y su acuerdo precedente, el GATT. La Unión Europea acusó al gobierno norteamericano de afectar negativamente a las firmas europeas debido a que el embargo contra Cuba violaba reglas comerciales previamente acordadas. Además, la Unión Europea (UE) planteó que el embargo era inmoral, que había sido condenado unánimemente, que los niños y los ancianos eran las principales víctimas del mismo, y se subrayó su impacto desfavorable sobre las políticas de nutrición y de salud, así como otras consideraciones por el estilo. La respuesta de Washington fue que estos no eran temas comerciales o humanitarios, sino asuntos que hacían a la seguridad nacional norteamericana y que, en consecuencia, no serían transferidos a ninguna agencia o institución internacional, sino que serían exclusivamente manejados por las distintas ramas del gobierno norteamericano y sin admitir la menor injerencia extranjera en el asunto[36]. Un último ejemplo servirá para concluir con esta discusión. En medio de la ofensiva de los contras nicaragüenses –ilegalmente armados, entrenados, financiados y organizados por los Estados Unidos– el gobierno de Managua inició una demanda en 1985 ante la Corte Internacional de Justicia, acusando al gobierno norteamericano de crímenes de guerra en contra de la población civil nicaragüense. La respuesta de Washington fue desconocer la jurisdicción de la Corte para entender sobre el asunto. El proceso continuó, de todas maneras, y la sentencia final de la Corte ordenó a Washington detener sus operaciones militares, retirar las fuerzas mercenarias estacionadas en Nicaragua y pagar sustanciales reparaciones de guerra para compensar por el daño infligido a la población civil. El gobierno de los Estados Unidos simplemente hizo caso omiso de la sentencia, continuó la guerra con los resultados por todos conocidos y ni siquiera cuando logró instalar un gobierno "amigo" en Nicaragua se dignó a sentarse a conversar –no digamos pagar– las reparaciones de guerra. Lo

36 *Ibidem*, pp. 64-66.

mismo ocurrió en el caso de Vietnam. Buenos ejemplos de lo que H&N entienden como creación imperial del "derecho global" y el imperio de la justicia universal.[37]

Pareciera, pues, estar claramente establecido que nuestros autores no han llegado a apreciar en toda su magnitud la continua relevancia de la soberanía nacional, los intereses nacionales y el poder nacional, todo lo cual debilita insanablemente la hipótesis central de toda su argumentación, que asegura que existe una lógica global y abstracta que preside el funcionamiento del imperio. En relación con lo ocurrido con el Estado capitalista en su fase actual nos parece que los yerros antes citados se tornan aún más graves. Primero que nada, existe un problema inicial de importancia nada marginal relativo a la pregonada decadencia final e irreversible del Estado: toda la información cuantitativa disponible sobre el gasto público y el tamaño de los aparatos estatales se mueve en una dirección exactamente contraria a la que imaginan H&N. Si algo ocurrió en los capitalismos metropolitanos en los últimos veinte años ha sido precisamente el notable aumento del tamaño del Estado, medido como la proporción del gasto público con relación al PIB. Los datos suministrados por todo tipo de fuentes desde los gobiernos nacionales al Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), y desde el Banco Mundial al FMI y la OECD, hablan con una sola voz: todos los Estados de los capitalismos metropolitanos se fortalecieron en los últimos veinte años, pese a que muchos de los gobiernos de esos Estados hayan sido verdaderos campeones en la retórica antiestatista que se lanzara con furia desde comienzos de la década de los ochenta. Lo que ocurrió desde el advenimiento de la crisis del capitalismo keynesiano, a mediados de los setenta, fue un descenso relativo en la tasa de crecimiento del gasto público, pero este continuó creciendo sin interrupción. Es por eso que un informe especial sobre el tema elaborado por la revista conservadora británica *The Economist* lleva por título *Big Government is Still in Charge*, y en él su redactor no puede ocultar su desencanto ante la tenaz

37 *Ibidem*, pp. 69-70.

resistencia de los Estados a ajustarse y achicarse tal cual lo manda el catecismo neoliberal (H&N no parecen haber tenido la posibilidad de examinar este trabajo porque el último apartado del capítulo 15 del libro lleva un título que por sí solo retrata los alcances del extravío en el cual se hallan, en un tema crucial para todo su argumento teórico: *Big Government is over!*). En todo caso, luego de un cuidadoso análisis de los datos recientes sobre el gasto público en catorce países industrializados de la OECD, el articulista concluye que a pesar de las reformas neoliberales iniciadas a partir de las proclamadas nuevas metas de austeridad fiscal y reducción del gasto público, entre 1980 y 1996 el gasto público en los países seleccionados ascendió del 43,4% del PIB al 47,1%, mientras que en algunos países como Suecia (y en menor medida algunos otros) este guarismo supera con creces el 50%[38]. Dicho en sus propias palabras, "en los últimos cuarenta años el crecimiento del gasto público en las economías avanzadas ha sido persistente, universal y contraproductivo", y el objetivo tan fuertemente proclamado de llegar a un "gobierno pequeño" aparentemente ha sido más un arma de la retórica electoral que un verdadero objetivo de la política económica. Ni siquiera los más rabiosos defensores de la famosa "reforma del Estado" y del achicamiento del gasto público, como Ronald Reagan y Margaret Thatcher, lograron algún progreso significativo en este terreno.[39]

Así, si este refuerzo de la organización estatal se verifica en el corazón de los capitalismos desarrollados, la historia en el mundo de la periferia es completamente distinta. En la reorganización mundial del sistema imperialista que tuvo lugar bajo la égida ideológica del neoliberalismo los Estados fueron radicalmente debilitados y las economías periféricas sometidas cada vez más abiertamente, y casi sin la mediación estatal, a los influjos de las grandes empresas transnacionales y las políticas de los países desarrollados, principalmente los Estados Unidos. Este proceso no tuvo nada de natural y fue el resultado de las iniciativas adoptadas

38 *The Economist*. "The Future of the State", September 20/26, 1997, p. 8.

39 *Ibidem*, p. 48.

en el centro del imperio: el gobierno de los Estados Unidos, en el papel rector, acompañado por sus fieles perros guardianes (el FMI, el Banco Mundial, la OMC, etc.) y respaldado por la militante complicidad de los gobiernos del G7. Fue esta coalición la que forzó (en muchos casos mediante brutales presiones de diverso tipo) a las endeudadas naciones del conjunto del Tercer Mundo a aplicar las políticas conocidas como el "Consenso de Washington" y a reconvertir sus economías en consonancia con los intereses de la coalición dominante y, muy especialmente, del *primus inter pares:* los Estados Unidos. Estas políticas favorecieron la prácticamente ilimitada penetración de los intereses empresariales norteamericanos y europeos en los mercados domésticos de las naciones del Sur. Para ello fue preciso desmantelar el sector público de esos países, producir una verdadera desestructuración del Estado y, con el objeto de generar excedentes para destinar al pago de la deuda, reducir al mínimo el gasto público sacrificando para ello gastos vitales e impostergables en materia de salud, vivienda, educación y otros del mismo tipo. Las empresas de propiedad pública fueron primero desfinanciadas y luego vendidas a valores irrisorios a las grandes corporaciones de los países centrales, con lo que se hacía lugar para el máximo despliegue de la "iniciativa privada" (¡pese a que en muchos casos los adquirentes eran empresas públicas de los países industrializados!). Otra política que se impuso sobre estos países fue la apertura unilateral de la economía, con lo que se posibilitó la invasión de bienes importados producidos en otros países a la par que los índices de desocupación aumentaban extraordinariamente. Cabe consignar que mientras la periferia era forzada a abrirse comercialmente, el proteccionismo del Norte se sofisticaba cada vez más. La desregulación de los mercados, sobre todo el financiero, fue también otro de los objetivos de la "revolución capitalista" precipitada desde los años ochenta del siglo pasado. En su conjunto, estas políticas tuvieron como resultado un fenomenal debilitamiento de los Estados en la periferia, cumpliendo el sueño capitalista de mercados funcionando sin tener que preocuparse por las regulaciones estatales, lo que originó que de hecho fuesen los

conglomerados empresariales más fuertes los que se encargaban de "regularlo", obviamente en provecho propio. Y como decíamos antes, estas políticas no fueron para nada fortuitas ni producto del azar, toda vez que el desmantelamiento de los Estados aumentó significativamente la gravitación del imperialismo y de las firmas y naciones extranjeras en su capacidad para controlar no solo la vida económica, sino también la vida política de los países de la periferia. Por supuesto, nada de esto hallamos en *Imperio*. Lo que sí encontramos, en cambio, son reiteradas declaraciones en el sentido de que las relaciones imperialistas se han acabado, pese a que la visibilidad que estas han adquirido en las últimas décadas es tan destacada, que hasta los sectores menos radicalizados de nuestras sociedades no dudan en reconocerlas.

Un ejemplo concreto sobre las consecuencias de este agudo debilitamiento del Estado en los capitalismos periféricos ha sido resaltado por el historiador hondureño Ramón Oquelí. Refiriéndose a su país a mediados de los ochenta, con un régimen democrático funcionando a pleno, Oquelí observaba que:

> La importancia de las elecciones presidenciales, con fraude o sin él, es relativa. Las decisiones que afectan a Honduras se toman primero en Washington; luego en la jefatura militar norteamericana en Panamá (el Southern Command); después en la jefatura de la base norteamericana en Palmerola, aquí en Honduras; enseguida en la embajada norteamericana en Tegucigalpa; en quinto lugar viene el jefe de las fuerzas armadas hondureñas; y apenas en sexto lugar aparece el presidente de la República. Votamos, pues, por un funcionario de sexta categoría en cuanto a nivel de decisión. Las funciones del presidente se limitan a la administración de la miseria y la obtención de préstamos norteamericanos.[40]

40 Agustín Cueva: "La democracia en América Latina: ¿Novia del socialismo o concubina del imperialismo?", en *Estudios Latinoamericanos*, Cela/FCPyS, UNAM, volumen I, año 1, n.º 1, julio/diciembre, México: 1986, p. 50.

Reemplácese Honduras por el nombre de casi cualquier otro país latinoamericano y se obtendrá un retrato bastante similar. Obviamente, la situación militar predominante en esos años le asignaba a las fuerzas armadas un papel muy especial. Para los países que no enfrentan una grave crisis militar esa centralidad hoy recae en las manos del Departamento del Tesoro y el FMI, y el presidente puede, en tal caso, ascender en el nivel de decisión hasta el tercero o cuarto escalón, pero no mucho más que eso. En lo que hace a sus funciones principales, administrar la miseria y mendigar préstamos ante los Estados Unidos, las cosas no han cambiado. El caso argentino es un ejemplo inmejorable de todo ello.

Siguiendo con la problemática estatal, nuestros autores parecen no poder distinguir entre formas estatales y funciones y tareas de los Estados. No hay la menor duda de que la forma del Estado capitalista ha cambiado en el último cuarto de siglo. Dado que el Estado no es una entidad metafísica sino una criatura histórica, continuamente formada y reformada por las luchas de clases, sus formas difícilmente puedan ser interpretadas como esencias inmanentes flotando por encima del proceso histórico. Consecuentemente, las formas del Estado democrático en los países capitalistas avanzados han cambiado. ¿En qué sentido? Hubo una verdadera involución democrática, algunos de cuyos indicadores son los siguientes: una progresiva pérdida de poder en las manos de congresos y parlamentos; creciente *unaccountability* de los gobiernos, de la mano de una acrecentada concentración del poder en manos de los ejecutivos; proliferación de áreas secretas de toma de decisiones[41]; declinantes niveles de respuesta gubernamental ante los reclamos y demandas de la sociedad civil; drástica reducción de la competencia partidaria debido a la mimetización de los partidos políticos mayoritarios, siguiendo el modelo del bipartidismo norteamericano; tiranía de los mercados –de hecho, de los oligopolios que los controlan– que votan día a día y capturan la permanente atención

41 Vgr. las abortadas negociaciones del MIA, la acelerada aprobación del Nafta, las actuales negociaciones a puerta cerrada para crear el Área de Libre Comercio de las Américas, etc.

de los gobiernos, mientras que el público vota cada dos o tres años; en función de lo anterior, lógicas tendencias hacia la apatía política y el retraimiento individualista; creciente predominio de grandes oligopolios en los medios de comunicación de masas y la industria cultural; y, por último, creciente transferencia de derechos decisorios desde la soberanía popular hacia algunas de las agencias administrativas y políticas del imperio, proceso este que se verifica tanto en las "provincias exteriores" del mismo como en el propio centro. En el caso latinoamericano, ello significa que la soberanía popular ha sido privada de casi todos sus atributos y que ninguna decisión estratégica en materia económica o social se adopta en el país sin una previa consulta con –y aprobación de– alguna agencia relevante de Washington. Como se comprenderá, una situación como esta no puede menos que contradecir en los hechos la esencia misma del orden democrático, la soberanía popular, reducida a una inverosímil letra muerta.

Boaventura de Sousa Santos ha examinado los cambios experimentados por los Estados bajo la globalización neoliberal y sus análisis confirman que "no hay una crisis total del Estado, y mucho menos una crisis terminal del Estado, tal como lo sugieren las tesis más extremas de los teóricos de la globalización"[42]. Las funciones hobbesianas, represivas, del Estado, gozan de todo su vigor tanto en la periferia como en el centro del sistema. En la primera, debido a que la aplicación de políticas fuertemente represivas se ha tornado inevitable para apuntalar una organización capitalista cada vez más injusta e inequitativa, y en la cual los explotados y los excluidos crecen incesantemente. En el centro, por su parte, porque tal como ocurre sobre todo en los Estados Unidos, una parte significativa de sus problemas sociales es derivada hacia el sistema carcelario, si bien esta situación también aparece –aunque con rasgos mucho menos acusados– en otros países. Se estima que en la actualidad el número total de internos en las cárceles norteamericanas equivale

42 Boaventura de Sousa Santos. *Reinventar la Democracia. Reinventar el Estado*, Ediciones Sequitur, Madrid: 1999, p. 64.

a una cifra solo sobrepasada por las tres mayores ciudades de ese país: New York, Chicago y Los Ángeles, y la abrumadora mayoría de los convictos son negros o latinos. Como bien lo anota De Sousa, en el *apartheid* social del capitalismo contemporáneo el Estado sigue desempeñando un papel crucial: es el *Leviatán* hobbesiano en los *ghettos* y los barrios marginales, mientras garantiza las bondades del contrato social lockeano para quienes habitan los opulentos suburbios. En consecuencia, ese Estado supuestamente en vías de extinción –según la ofuscada visión de H&N– continúa su marcha como un Estado escindido, casi esquizofrénico: para los pobres y los excluidos un Estado fascista, para los ricos un Estado democrático. Pero la vitalidad del Estado-nación no solo se mide en estos términos. También se constata cuando se examina el papel cumplido en varios otros terrenos, tales como la unificación supranacional, la liberalización de la economía, la apertura comercial, la desregulación del sistema financiero y la elaboración de un marco jurídico-institucional propicio para la adecuada protección de las empresas privatizadas y el nuevo modelo económico inspirado en el "Consenso de Washington". "Lo que está en crisis es la función de promover intercambios no-mercantiles entre los ciudadanos", concluye de Sousa Santos.[43]

Tal como lo demuestra Ellen Meiksins Wood, el Estado-nación sigue siendo el agente principal de la globalización[44]. En los mercados globales la necesidad que el capital tiene del Estado es aún más acentuada que antes. Un análisis reciente demuestra que en los procesos de reconversión económica los Estados nacionales de los capitalismos metropolitanos, lejos de ser las "víctimas" de la globalización, fueron sus principales promotores. La expansión internacional del capital financiero, industrial y comercial de los Estados Unidos, los países europeos, Japón, Corea del Sur, Singapur y Taiwán "no fue un fenómeno macroeconómico nacido dentro de

43 *Idem*.

44 Ellen Meiksins Wood. "Trabajo, clase y estado en el capitalismo global", en *Observatorio Social de América Latina*, n.° 1, Clacso, Buenos Aires: junio, 2000, pp. 116.

las firmas", sino el producto de una estrategia política encaminada a mejorar la posición relativa de esos países en la cambiante escena económica internacional. En esta estrategia, actores tales como el Departamento del Tesoro de los Estados Unidos, el MITI del Japón, la Comisión Europea y un conjunto de agencias estatales nacionales desempeñaron un papel absolutamente central[45]. Esta es la razón por la cual uno de los gurúes empresariales más prestigiados de los Estados Unidos, Peter Drucker, llama la atención sobre la asombrosa persistencia de los Estados ante los grandes cambios ocurridos en la economía mundial y concluye que ellos, con toda seguridad, habrán de sobrevivir a la globalización de la economía y la revolución informática.[46]

Sintetizando: los mercados globales potencian la competencia entre las gigantescas corporaciones que dominan la economía mundial. Dado que estas firmas son transnacionales por su alcance y el rango de sus operaciones pero siempre poseen una base nacional, para tener éxito en esta lucha sin cuartel requieren del apoyo de "sus gobiernos" para mantener a sus rivales comerciales en raya. Conscientes de esta realidad, los Estados nacionales ofrecen a "sus empresas" un menú de posibilidades entre las que se incluyen las siguientes: la concesión de subsidios directos a las empresas nacionales; gigantescas operaciones de rescate de firmas y bancos costeadas, en muchos casos, con impuestos aplicados a trabajadores y consumidores; imposición de políticas de austeridad fiscal y ajuste estructural, encaminadas a garantizar mayores tasas de ganancia de las empresas; devaluar o apreciar la moneda local a fin de favorecer a algunas fracciones del capital, en detrimento de otros sectores y grupos sociales; políticas de desregulación de los mercados; "reformas laborales" orientadas a acentuar la sumisión de los trabajadores, debilitando su capacidad de negociación salarial y sus sindicatos; garantizar la inmovilidad internacional de

45 Linda Weiss. "Globalization and the Myth of the Powerless States", en *New Left Review*, n.° 225. September/October, 1997, p. 23.

46 Peter F. Drucker. "The Global Economy and the Nation-State", *Foreign Affairs*, Vol. 76, n.º 5, September/October, 1997, pp. 160.

los trabajadores al tiempo que se facilita la ilimitada movilidad del capital; "ley y orden" garantizados en sociedades que experimentan regresivos procesos sociales de reconcentración de riqueza e ingresos y masivos procesos de pauperización; la creación de un marco legal adecuado para ratificar con toda la fuerza de la ley la favorable correlación de fuerzas que han gozado las empresas en la fase actual; establecimiento de una legislación que "legaliza", en los países de la periferia, la succión imperialista de plusvalía y que permite que las superganancias de las firmas transnacionales puedan ser libremente remitidas a sus casas matrices. Estas son algunas de las tareas que realizan los Estados nacionales y que la llamada "lógica global del imperio", tan exaltada en los análisis de H&N, no puede garantizar si no es a través de esta todavía imprescindible mediación del Estado-nación[47]. Solo bajo el supuesto de que la clase capitalista está constituida por imbéciles profundos podría entenderse que sus más prominentes e influyentes integrantes estén activamente trabajando para destruir un instrumento tan útil y formidable como el Estado-nación (nos apresuramos a aclarar, para despejar posibles dudas, que el Estado capitalista no es tan solo una herramienta de la burguesía sino muchas cosas más, lo que no obsta para que también sea un instrumento imprescindible en el proceso de acumulación de capital)[48]. En vista de todo lo anterior, Ellen Meiksins Wood concluye que:

> Por supuesto, es posible que el estado cambie su forma, y que el tradicional estado-nación dé lugar, por un lado, a estados más estrechamente locales y, por otro, a autoridades políticas regionales más amplias. Pero sea cual sea su forma, el estado continuará siendo crucial, y es probable que por un largo tiempo aún el viejo estado-nación siga jugando su rol dominante.[49]

---

47 E. Meiksins Wood. "Trabajo, clase y estado…", *op. cit.*, p. 116-117.

48 Hemos examinado esta cuestión *in extenso* en nuestro *Estado, Capitalismo y Democracia en América Latina*. Cf. Borón, 1997.

49 E. Meiksins Wood. "Trabajo, clase y estado…", *op. cit.*, p. 117.

Capítulo 6
El misterio irresuelto de la multitud

La negación obsesiva de las realidades del Estado-nación conduce a H&N a un callejón político sin salida. Repasemos, por consiguiente, un pasaje de *Imperio* que habíamos comenzado a analizar, desde otra perspectiva, en el capítulo 5 de nuestra obra. En él se decía que junto con la crisis terminal del Estado se observa asimismo "la decadencia... de todo espacio independiente donde pueda florecer la revolución dentro del régimen político nacional o donde sea posible transformar el espacio social utilizando los instrumentos del estado" (p. 284). En consecuencia, sin el oxígeno que provee el espacio, la llama de la revolución se extingue ineluctablemente. Si esto es así, ¿cómo hacer para romper la jaula de hierro del imperio? La respuesta que nos ofrecen los autores es el silencio. La palabra *revolución* aparece escasamente mencionada cinco o seis veces en el grueso volumen que estamos analizando, que en su conjunto ocupan mucho menos espacio que las diez páginas asignadas al estudio de la movilidad de las poblaciones o las once destinadas a discutir el republicanismo. ¿Cómo comprender tan ruidoso silencio?

Las vagas referencias a la multitud en el capítulo final del libro no ofrecen ninguna clave para vislumbrar la forma en que este orden opresivo –mucho más que el que le precediera, como se recordará– pueda algún día ser trascendido. El problema es que no

solo las referencias a la multitud son vagas. Michael Hardt reconoció, en una entrevista reciente, que "en nuestro libro el concepto de multitud funciona más como un concepto poético que fáctico"[50]. Tiene razón en esto Hardt, porque dicha noción es, sociológicamente hablando, completamente vacía, si bien es preciso reconocer que tiene una fuerza poética notable, lo que la torna sumamente atractiva. Se nos dice que la multitud es la totalidad de las subjetividades productivas y creativas que "expresan, nutren y desarrollan positivamente sus propios proyectos constitutivos" y que "bregan a favor de la liberación del trabajo vivo y crean constelaciones de poderosas singularidades"[51]. Así, de un plumazo, desaparecieron de la escena las clases sociales y se evaporó la distinción entre explotadores y explotados, y entre débiles y poderosos. Lo que queda luego de esta vaporosa operación es una masa amorfa de singularidades altamente creativas, lo que de ser cierto pondría seriamente en aprietos la tesis que plantea el carácter alienante del trabajo y de la vida cotidiana en las sociedades capitalistas. Si bajásemos el razonamiento de H&N a la prosaica realidad contemporánea de América Latina, deberíamos preguntarnos si en la multitud se incluyen los paramilitares y los escuadrones de la muerte que arrasan Chiapas y buena parte de Centroamérica, sembrando el terror y la muerte a su paso; o los latifundistas que organizan y financian gran parte de la represión privada que se ejerce en nuestros países en contra de campesinos e indígenas; los especuladores financieros y la burguesía que apoyaron a los regímenes militares en el pasado y que hoy socavan a nuestras languidecientes democracias. ¿Se incluye bajo esa categoría a quienes, en nombre del capital, manejan la industria cultural en América Latina? ¿Forman también parte de la multitud, al igual que los grupos arriba mencionados, los campesinos, los negros, los indígenas, cholos y mestizos humillados y explotados por igual, el "pobretariado" urbano

50 Adrián Cangi. "Pequeño saltamontes", en *Radar*, suplemento literario de *Página/12,* Buenos Aires: 31 de marzo de 2002, p. 3.

51 *Ibidem*, pp. 70-71.

hundido en la exclusión y la miseria, los trabajadores que aún conservan su empleo y los desocupados, las madres solteras y las mujeres superexplotadas, las minorías sexuales, los niños de la calle, los ancianos pauperizados, los empleados públicos y las clases medias empobrecidas? Si no lo están, ¿dónde situar a este vastísimo conglomerado social? Y si efectivamente comparten su sitio en la multitud, junto con los agentes sociales de la explotación y la represión, ¿qué sentido tiene utilizar tal categoría? ¿Qué es lo que describe, para no hablar de qué es lo que podría llegar a explicar? El libro no ofrece ninguna razón al respecto. Se trata, como dijera Hardt en la entrevista citada más arriba, de una licencia poética. Pero no siempre la poesía sirve para explicar la realidad o para cambiarla. A veces buena poesía puede significar mala sociología, y este pareciera ser el caso.

Dejando de lado estas desagradables observaciones, el programa que se propone para la multitud se explica en el capítulo final del libro. La combinación entre los preceptos básicos de la teoría neoliberal de la globalización y una concepción sociológicamente amorfa como la de la multitud da como resultado un programa político cautelosamente reformista y, para colmo, poco realista. Permea en él un "internacionalismo abstracto" que desemboca en lo que nuestros autores señalan como el "primer elemento de un programa político a favor de la multitud global, una primera demanda política: la *ciudadanía global*" (p. 362, bastardillas en el original). No podemos estar en desacuerdo con esa reivindicación, una vieja aspiración ya planteada por Kant y que Marx y Engels recuperaran y redefinieran en el marco del internacionalismo proclamado con tanta enjundia en el *Manifiesto*. Pero la ciudadanía siempre ha significado un conjunto de derechos y prerrogativas así como la creación de canales adecuados de participación política que, para ser efectivos y no ilusorios, deben concretarse dentro de un marco legal e institucional que en la historia contemporánea fue provisto por el Estado-nación. Quien habla de ciudadanía habla de poder, de relaciones de fuerzas, y del Estado como el marco básico dentro del cual se elabora y sostiene un orden jurídico. Dado que de acuerdo

a H&N el Estado se enfrenta a su irreversible decadencia, ¿cuál es el marco o el escenario dentro del cual se actualizarán las potencialidades emancipadoras y participativas de la ciudadanía? El "internacionalismo abstracto" cree que la solución para la mayoría de nuestros problemas se encuentra en el empoderamiento de la sociedad civil y la construcción de una ciudadanía global y cosmopolita. El problema es que en su olímpica abstracción este internacionalismo descansa sobre "una noción abstracta y poco realista de una sociedad civil internacional o ciudadanía global" y en la ilusión de que el mundo puede cambiarse, si es que se robustece la representación de la izquierda y los movimientos populares –digamos, por un momento, de la multitud– en las grandes organizaciones transnacionales como el FMI y otras de su tipo[52]. Si bien el argumento desarrollado en *Imperio* es poco claro al respecto, pareciera, sin embargo, estar en línea con cierta clase de razonamientos que en los años recientes adquirieron gran popularidad gracias a los esfuerzos de una amplia gama de intelectuales y "expertos" vinculados al Banco Mundial y otras instituciones financieras internacionales. Estas propuestas plantean, principalmente en el marco de las sociedades nacionales, la puesta en marcha de un proceso de "devolución" de funciones y atribuciones a la sociedad civil que habían sido indebidamente apropiadas por el Estado. Como es obvio, estas políticas son "el lado del revés" de las privatizaciones y desmantelamiento del sector público que las instituciones financieras internacionales promovieron durante los últimos veinte años. Tales orientaciones procuran dar solución a la crisis desencadenada por la deserción estatal de sus indelegables responsabilidades en materia asistencial, educativa, sanitaria y tantas otras, transfiriendo a la sociedad civil la tarea de hacer frente a las mismas y, de paso, preservar el equilibrio de las cuentas fiscales y, eventualmente, asegurar el superávit de las mismas para pagar la deuda externa. Si esta política de empoderamiento de la sociedad civil es irreal en el plano de las sociedades nacionales, su transferencia al terreno

52 E. Meiksins Wood. "Trabajo, clase y estado…", *op. cit.*, p. 118.

internacional no hace sino profundizar las grietas que exhibe en sus mismos cimientos. La así llamada sociedad civil global, lejos de estar liberada de las limitaciones clasistas que tornan imposible la plena expansión de los derechos ciudadanos en las sociedades nacionales, las sufre aun de manera más acusada, surcada como está por abismales desigualdades económicas y sociales, y por los rasgos opresivos inscriptos en sus estructuras, normas y patrones de funcionamiento. Si la democracia y la ciudadanía han sido objetivos tan elusivos y prácticamente inasibles en los capitalismos de la periferia, ¿por qué razones habrían de ser alcanzables en el terreno mucho más desfavorable todavía del sistema internacional? El precio que H&N pagan por ignorar esto es la extrema ingenuidad de su propuesta, más cercana a una exhortación religiosa que a una realista demanda socialdemócrata. Según ella, los capitalistas deberían reconocer que el capital es creado por los trabajadores y, por lo tanto, "afirmar en la postmodernidad el principio constitucional moderno que vincula el derecho y el trabajo y así recompensa con la ciudadanía al obrero que crea el capital" (p. 363). La emancipación de la multitud, en consecuencia, parece correr a lo largo del siguiente curso: "Si en un primer momento la multitud demanda que cada Estado reconozca jurídicamente las migraciones que necesita el capital, en un segundo momento debe exigir que se les permita controlar sus propios movimientos" (p. 363). En consecuencia, nuestros autores concluyen que "*El derecho general a controlar sus propios movimientos es la demanda última de la multitud por una ciudadanía global*" (p. 363, bastardillas en el original). Es inútil buscar en el libro una discusión de las razones por las cuales grandes masas de nuestro tiempo tienen que emigrar, buscando desesperadamente ser explotadas en los capitalismos metropolitanos, dado que la destrucción –cuando no el silencioso genocidio– practicada en la periferia y el deterioro de toda forma de convivencia civilizada bajo el auge del neoliberalismo se hallan completamente ausentes en las páginas de *Imperio*. Igualmente inútil sería la búsqueda de una discusión seria acerca del alcance y las limitaciones que las migraciones y el nomadismo tendrían

en un proyecto –¿revolucionario?– que le permitiera a las multitudes tomar control de sí mismas y decidir acerca de sus propios movimientos, poniendo fin de este modo a la esclavitud del trabajo asalariado y de los sujetos formalmente libres en todo el planeta. A raíz de esto, la ecuación entre migración/nomadismo y liberación/revolución adquiere rasgos completamente ilusorios.

El segundo componente del programa supuestamente emancipador de la multitud en su afán por derrotar al imperio es el derecho a un salario social y a un ingreso garantizado para todos. Esta reivindicación avanza un paso más allá del salario familiar, poniendo fin al trabajo no pago de las mujeres de los trabajadores y los miembros de sus familias. La distinción entre trabajo productivo y reproductivo se desvanece en el contexto biopolítico del imperio, dado que es la multitud en su totalidad quien produce y reproduce la vida social. De este modo, "la demanda por un salario social extiende a toda la población la demanda de que toda actividad necesaria para la producción de capital sea reconocida con una compensación equivalente, de modo tal que un salario social sea realmente un ingreso garantizado" (p. 365). Una vez más, bellas intenciones con las que, en su ligerísima abstracción, todos estarán de acuerdo. Pero cabría formularse un par de preguntas: primero, ¿hasta qué punto este segundo componente del programa emancipador no es sumamente parecido al "salario ciudadano" que con algunas restricciones, es cierto, ha sido concedido en algunas de las más avanzadas democracias industrializadas del Norte? ¿Es algo tan diferente al moderado reformismo socialdemócrata vigente en algunos países escandinavos, especialmente en Suecia? No parece. Más bien la impresión es que se trataría de una profundización de una tendencia que tiene casi medio siglo de vigencia en esas latitudes sin que hasta ahora, al menos visualizada desde aquí, tal política haya puesto en jaque a los capitalistas o neutralizado el carácter explotador de las relaciones burguesas de producción. Autores como Samuel Bowles y Herbert Gintis, por ejemplo, examinaron detalladamente las diferentes experiencias internacionales en aquello que denominaran "el salario ciudadano", sin que de sus

análisis se desprenda una conclusión que permita avalar la tesis de que allí donde dicho salario fue instituido –con mayor o menor radicalidad– la multitud se emancipó[53]. Segundo: ¿cuál se supone que sería la actitud de la clase capitalista ante una medida como esta que, pese a sus limitaciones, tiene un enorme costo distributivo que difícilmente acepte pagar sin oponer una feroz resistencia? Esto conduce, como es obvio, a una discusión que la reflexión postmoderna aborrece, pero que se impone con la misma contundencia persuasiva de la ley de la gravitación universal de los cuerpos: estamos hablando, con Machiavelli, de la problemática del poder y cómo se obtiene, cómo se ejerce y cómo se pierde.

La tercera demanda política de la multitud es el derecho a la reapropiación. Se trata de un derecho que contiene diversas dimensiones, desde el lenguaje, la comunicación y el conocimiento hasta las máquinas, y desde la biopolítica a la conciencia. Este último componente es particularmente problemático porque "se refiere pues directamente al poder constituyente de la multitud o, mejor dicho, al producto de la imaginación creativa de la multitud que configura su propia constitución" (p. 368). En este punto, que recupera –como ya sabemos– un tema crucial en el pensamiento de Antonio Negri como el del poder constituyente, nuestros autores transitan incansablemente entre la constitución de la multitud como un actor social –y aquí se abre un amplio espacio para discutir hasta qué punto este proceso puede ser interpretado como el solo resultado de la "imaginación creativa" de la misma– y la Constitución de los Estados Unidos tal como ella aparece, en una forma notablemente idealizada y, por momentos, ingenuamente interpretada, ante los ojos de nuestros autores. Esto es evidente cuando, por ejemplo, dicen que:

---

53 Samuel Bowles y Herbert Gintis. "The crisis of liberal democratic capitalism: the case of United States", en *Politics and Society*, Vol. II, n.º 1, 1982, pp. 51-93.
Samuel Bowles y Herbert Gintis. *Democracy and Capitalism. Property, Community, and the Contradictions of Modern Social Thought*, Basic Books, New York: 1986.

> ... la multitud postmoderna quita de la Constitución de los Estados Unidos lo que le permitía llegar a ser, sobre todo y contra todas las demás constituciones, una constitución imperial: su noción de una frontera infinita de libertad y su definición de una espacialidad y una temporalidad abiertas consagradas en un poder constituyente (p. 368).

Hay algunos pequeños problemas con esta interpretación. En primer lugar, la creencia de que la así llamada multitud postmoderna conoce la Constitución norteamericana o algo vinculado a ella, sus debates y sus lecciones, lo que en el mejor de los casos es una remotísima posibilidad. Si bajo el rótulo de "multitud" H&N incluyen a los más de dos mil millones de personas que apenas sobreviven con dos dólares diarios y sin acceso a agua potable, desagües, energía eléctrica y teléfonos, sin alimentos ni vivienda, resulta un tanto difícil entender cómo se las ingenian para poder captar las maravillosas y emancipadoras enseñanzas de la Constitución de los Estados Unidos. Si, por el contrario, nuestros autores se están refiriendo a los estudiantes graduados de Duke o París, entonces las chances mejoran, aunque no demasiado. Pero estos son detalles menores. La cuestión más seria es la increíble idealización que ellos realizan de la Constitución norteamericana. Noam Chomsky ha planteado repetidas veces que esta pieza legal, tan admirada por los autores de *Imperio*, es una criatura concebida "para mantener a la chusma en raya" y para evitar que ni siquiera por accidente o por un error el populacho pudiera tener la mala idea –¡ni hablemos de la posibilidad práctica!– de querer regir los destinos de los Estados Unidos o de gobernarse a sí mismos. La Constitución norteamericana es decidida y conscientemente antidemocrática y antipopular, en consonancia con lo que sus más importantes arquitectos declararon repetidamente. Para James Madison la principal tarea de la Constitución fue la de "asegurar la supremacía de los intereses permanentes del país, que no son otros que los derechos de propiedad". Probablemente esta opinión de uno de sus redactores haya pasado desapercibida para H&N,

pero su contundencia obliga a replantear seriamente el papel que le asignan a la Constitución de los Estados Unidos, sobre todo si se tiene en cuenta que las palabras de Madison fueron pronunciadas en un país que en ese momento tenía una gran parte de su territorio organizada como una economía esclavista y que, por lo visto, no sobrevolaba sobre su cerebro ni por asomo la idea de que la naciente Constitución pudiera convertirse en un faro para la emancipación de la multitud de su tiempo, mayoritariamente esclava. Es más, para evitar los ataques a los derechos de propiedad Madison astutamente diseñó un sistema político que desalentaba la participación popular (algo que perdura hasta nuestros días, con la muy baja concurrencia de la ciudadanía a los procesos electorales que, para colmo de males, se efectúan en días laborables) y fragmentó el proceso de toma de decisiones, al paso que reafirmaba los equilibrios institucionales que garantizarían que el poder permanecería firmemente en las manos de quienes controlaban la riqueza de los Estados Unidos. Tal como Chomsky lo observa, estas opiniones de Madison en el debate constitucional de Filadelfia son mucho menos conocidas que aquellas que volcara en los famosos *Federalist Papers,* pero quizás mucho más reveladoras del verdadero espíritu de la Constitución que las declaraciones formales emitidas para el público en general. No es casualidad, tal como lo acota el brillante lingüista del MIT, que en un país donde la industria editorial es tan dinámica la última edición de esos debates sea del año 1838: no se suponía que las ideas que los señores examinaban en la convención debían ser conocidas por el pueblo norteamericano[54]. En suma, la Constitución de los Estados Unidos mal podría ser esa invitación a transitar por "las fronteras infinitas de la libertad", como cándidamente proclaman nuestros autores, puesto que todavía hoy y pese a sus sucesivas reformas (¡una de las cuales estableció la prohibición de ingerir bebidas alcohólicas!) dicha pieza legal impide a la multitud estadounidense elegir directamente a su presidente. Esto

54 Atilio A. Borón. *Tras el Búho de Minerva. Mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires: 2000, p. 228.

permitió, por ejemplo, que en la última elección presidencial el candidato que salió segundo en el número de votos emitidos por la ciudadanía pudiera alzarse legalmente con la presidencia, y todo esto gracias a las normas y procedimientos establecidos en la tan admirada Constitución de los Estados Unidos. Aparentemente nuestros autores no habían advertido los peligros que encerraba tan promisorio texto constitucional.

Otro serio problema que plantea la cuestión de los derechos de reapropiación es el siguiente: H&N pisan terreno firme cuando escriben que "el derecho a la reapropiación (...) es ante todo el derecho a la reapropiación de los medios de producción". Los viejos socialistas y comunistas –dicen– demandaban que el proletariado pudiera tener libre acceso a las máquinas y los materiales que necesitaba para producir, pero dado que uno de los signos distintivos de la postmodernidad es el advenimiento de eso que H&N denominan "la producción inmaterial y biopolítica", se transformaron los contenidos concretos de la vieja exigencia de la izquierda y los sindicatos. Ahora la multitud no solo utiliza máquinas para la producción sino que, según nuestros autores, "se vuelve máquina ella misma, a medida que los medios de producción se integran cada vez más en las mentes y los cuerpos de los trabajadores". La consecuencia de esta mutación es que una genuina reapropiación requiere garantizar el libre acceso no solo a las máquinas y equipos, sino también "al conocimiento, a la información, a la comunicación y a los afectos y poder controlarlos, porque estos son algunos de los medios esenciales de producción biopolítica" (p. 368). Ahora bien: veamos dos inconvenientes nada nimios que surgen de la argumentación precedente. Primero, ¿cómo se relacionan el conocimiento, la información, la comunicación y los afectos a los medios "clásicos" de producción y los materiales que todavía se requieren para producir la mayor parte de los bienes necesarios para sostener la vida en este planeta? ¿O es que estamos en presencia de segmentos autonomizados de la producción biopolítica postmoderna? ¿Se encuentran tales segmentos o instrumentos disponibles para cualquiera? ¿Son el conocimiento, la información y la comunicación capaces de

circular libremente a través de todas las clases, estratos y grupos del imperio? ¿Cómo dar cuenta de los rasgos crecientemente monopolísticos que las industrias de la información y la comunicación de masas han adquirido en todo el mundo? Y con relación al conocimiento, ¿qué decir de las patentes y del tema, crucial para los Estados Unidos, de los derechos de propiedad intelectual, esta nueva forma de pillaje a cargo de las principales empresas transnacionales de los países industrializados que están saqueando continentes enteros con el apoyo de sus gobiernos?

Segundo, ¿debemos suponer que los dueños y/o quienes controlen estos nuevos y muy complejos y costosos medios de producción irán a ceder pacíficamente su propiedad y su control sobre los mismos, arrojando por la borda los fundamentos mismos de su riqueza y de su dominación política? ¿Por qué procederían de tal manera, inédita en la milenaria historia de las luchas de clases? ¿Serían conducidos a obrar de este modo porque sus corazones se enternecerían ante la visión luminosa de la multitud autoconstituida marchando jubilosamente hacia su liberación? Si este no es el caso, ¿cuál sería la recomendación que podrían hacer nuestros autores ante la inevitable intensificación de la lucha de clases y de la represión política que seguramente desencadenarían las iniciativas emancipadoras de la multitud?

La cuarta dimensión del programa político de la multitud es "la organización de la multitud como sujeto político, como *posse*" (p. 372). Nuestros autores introducen aquí el término latino *posse* para referirse al poder como un verbo, como una actividad. De este modo, *posse* "es lo que pueden hacer un cuerpo y un espíritu" (p. 369). En la sociedad postmoderna, el poder constituyente del trabajo puede expresarse como el derecho igualitario a la ciudadanía en todo el mundo o como el derecho a comunicar, a construir lenguajes y a controlar redes comunicacionales; y también como poder político, esto es, "como constitución de una sociedad en la cual la base del poder se defina en virtud de la expresión de las necesidades de todos" (p. 371). A raíz de lo anterior, H&N concluyen con sorprendente triunfalismo: "... la capacidad de

construir lugares, temporalidades, migraciones y nuevos cuerpos ya afirma esta hegemonía a través de las acciones que emprende la multitud contra el imperio" (p. 372). Advierten, con todo, que aún persiste una dificultad: "... el único acontecimiento que estamos esperando aún es la construcción o, antes bien, la insurgencia, de una organización poderosa" (p. 372). Con sensatez reconocen que no tienen modelo alguno que ofrecer con relación a esta organización y que "solo la multitud a través de su experimentación práctica ofrecerá los modelos y determinará cuándo y cómo lo posible ha de hacerse real" (p. 372). Algunas pistas, sin embargo, fueron dejadas en un capítulo anterior cuando se nos dijo que "los héroes reales de la liberación del Tercer Mundo hoy pueden haber sido los emigrantes y las corrientes de población que destruyeron las antiguas y las nuevas fronteras. En realidad, el héroe postcolonial es el único que transgrede continuamente las fronteras territoriales y raciales, el que destruye los particularismos y apunta hacia una civilización común" (p. 331)[55]. Afirmación fuertemente enigmática, pues oblicuamente induce a pensar que las multitudes del Tercer Mundo triunfaron en su intento de liberarse a sí mismas –una impresionante revelación para las cuatro quintas partes de la población mundial– y que el héroe de tamaña epopeya no ha sido otro que el migrante que abandonó su terruño para introducirse, casi siempre ilegalmente, en Europa o los Estados Unidos en busca de una vida mejor.

55 Diferimos aquí de la por otra parte excelente traducción al español realizada por Alcira Bixio. El texto original dice explícitamente "common civilization" y no "nueva civilización". Nos parece que se trata de una diferencia harto significativa en el contexto de la teorización sobre la potencia creadora de la multitud desarrollada por Hardt y Negri, razón por la cual nos hemos permitido introducir esta corrección.

Capítulo 7
Apuntes para una sociología del pensamiento revolucionario en tiempos de derrota

El libro cierra con el programa político para la multitud cuyos rasgos más generales hemos esbozado en el capítulo precedente. Una vez más, muy buenas intenciones y nobles propósitos son desvirtuados por la fragilidad del análisis. El apéndice con el que concluye el último capítulo es de una elocuencia extraordinaria, porque discute el tema de la militancia y finaliza con una alucinante referencia a san Francisco de Asís.

Este breve *excursus* comienza muy bien, afirmando que el militante de hoy nada tiene que ver con el "estilo del agente triste y ascético de la Tercera Internacional, con el alma profundamente penetrada por la razón de estado soviética", sino que se inspira, por el contrario, en la figura del "combatiente comunista y liberador de las revoluciones del siglo xx", entre los cuales se cuentan también los intelectuales perseguidos y exiliados durante el fascismo, los republicanos de la guerra civil española, los miembros de la resistencia antifascista y quienes lucharon por la libertad en las guerras anticolonialistas y antiimperialistas. La misión del militante ha sido siempre, y hoy más que nunca, la de organizar y actuar, no la de representar. Es su actividad constitutiva y no la representativa la que lo caracteriza. "La militancia de hoy es una actitud positiva, constructiva e innovadora. (…) Los militantes resistimos al

gobierno imperial de maneras creativas" (p. 373). El remate de este razonamiento, sin embargo, nos conduce a san Francisco de Asís. Según H&N, este denunció la pobreza de la multitud de su tiempo y la adoptó como una de las reglas de la orden mendicante que fundaría poco después, descubriendo en la pobreza:

> ... el poder ontológico de una nueva sociedad. El militante comunista hace lo mismo, al identificar la enorme riqueza que reside en la condición común de la multitud. San Francisco, en oposición al capitalismo naciente, repudió toda disciplina instrumental y (…) propuso una vida gozosa que incluía a todos los seres y a toda la naturaleza, a los animales, al hermano Sol y a la hermana Luna, a las aves del campo, a los seres humanos pobres y explotados, todos juntos en contra de la voluntad del poder y la corrupción" (p. 374).

En la postmodernidad nos hallamos, una vez más, "en la situación de San Francisco de Asís, y proponemos contra la miseria del poder, el gozo del ser" (p. 374). El desenlace de esta peligrosa analogía no puede ser otro que una reflexión muy especial en torno a la revolución, "una revolución que ningún poder podrá controlar, porque el biopoder y el comunismo, la cooperación y la revolución continúan unidos, en el amor, la simplicidad y también la inocencia. Esta es la irrefrenable levedad y dicha de ser comunista" (p. 374).

Ahora bien, ¿qué proponen H&N? ¿Que las multitudes del imperio, inspiradas en el ejemplo del santo de Asís, toquen en el violín armoniosas melodías que apacigüen a los leviatanes de la globalización neoliberal, al igual que san Francisco lo hiciera con las fieras de los bosques? ¿O que la inocencia y el canto a la vida de las multitudes inocentes y productivas convenza a los amos del mundo de su indignidad y culpabilidad, y estos renuncien para siempre a sus prerrogativas, riquezas y privilegios? Solo nos resta esperar, por el bien de la humanidad, que el futuro de estos nuevos militantes comunistas postmodernos sea un poco más venturoso que el que tuvo la orden franciscana, y que los resultados de su militancia sean más productivos en la erradicación de la pobreza y el

logro de la emancipación humana que los que en su momento obtuvieron los rezos y sacrificios de la Orden de los Frailes Menores.

Una lectura cuidadosa de *Imperio* nos permite llegar a la conclusión de que la empresa de presentar un sofisticado análisis del orden mundial culminó con un fracaso rotundo. ¿Cómo explicar la ceguera de estos dos académicos comunistas ante la naturaleza inherentemente imperialista del sistema internacional? A lo largo de este libro hemos mencionado algunos factores que, según nuestro entender, deben ser tenidos en cuenta para explicar un resultado tan desafortunado como este: un punto de partida incurablemente formalista y juridicista; la debilidad de los instrumentos de análisis de la economía política; la insuficiencia en relación con ciertos datos económicos muy elementales; la aceptación ingenua de muchos de los axiomas del consenso neoliberal y del postmodernismo; las confusas herencias del estructuralismo y su visceral rechazo del sujeto y, por último y muy especialmente, los efectos desquiciantes de una teoría del Estado radicalmente equivocada.

Pero habida cuenta del formidable calibre intelectual de H&N, especialmente en el caso del italiano por su dilatada trayectoria en el campo de la filosofía social y política del marxismo, ¿cómo explicar tan decepcionante resultado? En un trabajo notable, Terry Eagleton proporciona algunas claves que, nos parece, pueden ser de utilidad para resolver este interrogante. A los efectos de facilitar la comprensión de su argumento, Eagleton nos invita a imaginar el impacto que sobre un movimiento contestatario radical ejerce una derrota aplastante, que parece borrar de la agenda pública del presente los temas y las propuestas del mismo no solo por lo que resta de nuestras vidas sino, tal vez, para siempre. A medida que pasa el tiempo las tesis centrales del movimiento pecan menos por su falsedad que por su abierta irrelevancia. Sus oponentes ya no encuentran ninguna razón para debatir con ellas o refutarlas, sino que las contemplan con una rara mezcla de indiferente curiosidad,

"la misma que uno puede tener en relación con la cosmología de Ptolomeo o la escolástica de Tomás de Aquino".[56]

¿Cuáles son las alternativas prácticas que se abren para los contestatarios ante una catástrofe político-ideológica como la que estamos describiendo, cuando un mundo de verdades aparentemente inconmovibles y objetivas, de estructuras determinantes, de "leyes de movimiento" y causas eficientes se desvanece como una niebla matinal y su lugar es ocupado por una vistosa galaxia de fragmentos sociales, azarosas contingencias y fugaces circunstancias, cuyas infinitas combinatorias provocaron la bancarrota no solo del marxismo sino de toda la herencia teoreticista del Siglo de las Luces? Eagleton asegura que, para la "sensibilidad postmoderna", las ideas centrales del marxismo son menos combatidas que ignoradas: no se trata de que estas sean equivocadas sino que, como aseguran sus críticos, se han vuelto irrelevantes. El Muro de Berlín ya fue demolido; la Unión Soviética saltó por los aires como producto de una gigantesca implosión y hoy es apenas un borroso recuerdo; el capitalismo, los mercados y la democracia liberal parecen triunfar por doquier, según lo asegura Francis Fukuyama; la vieja clase obrera fue pulverizada por el postfordismo; los Estados nacionales aparecen en desordenada retirada, servilmente arrodillados ante el ímpetu de los mercados globalizados; el Pacto de Varsovia se disolvió en el bochorno; la socialdemocracia abraza descaradamente al neoliberalismo; China se abre al capital extranjero e ingresa a la OMC; y el otrora llamado "campo socialista" desapareció de la arena internacional. ¿Qué hacer?

Eagleton nos plantea algunas interesantes alternativas que iluminan no solo el posible itinerario que habrían recorrido nuestros autores, sino también el que transitaron muchos de los que, en la América Latina de los años sesenta y setenta, pregonaban la inminencia de la revolución y velaban sus armas a la espera del "día decisivo". Están, por una parte, quienes se pasaron, cínica o

56 Terry Eagleton. "Where do postmodernists come from?", en Ellen Meiksins Wood y John Bellamy Foster (compiladores). *In Defense of History, Monthly Review Press,* New York: 1997, p.17.

sinceramente, a la derecha. Otros se quedan en la izquierda, pero resignados y nostálgicos ante la ineluctable dilución de su identidad. Unos terceros cierran los ojos y hacen gala de un demencial triunfalismo, advirtiendo en los más tenues indicios de una movilización los signos seguros que anuncian el estallido revolucionario. Están, por último, quienes conservan el impulso radical pero, para ello, deben relocalizarlo en otra arena distinta de la propiamente política.[57]

Hardt y Negri se hallan, podríamos asegurar, al interior del complejo campo que define esta cuarta y última alternativa. No se han ido a la derecha, como por ejemplo lo hiciera Regis Debray o, en América Latina, Mario Vargas Llosa. Tampoco quedaron hundidos en la dolorosa percepción de la derrota de unas ideas en las cuales siguen creyendo, ni se colocaron una venda en los ojos y pretextando que nada ha ocurrido, recorren el planeta a la búsqueda de las infalibles señales que preanuncian el retorno de la revolución. Su actitud fue la más sana: apertura, búsqueda, reconstrucción. Claro está que un proceso de este tipo lleva consigo el riesgo inevitable de la involuntaria aceptación de una premisa que, a la larga, puede frustrar por completo el proyecto renovador: la idea "de que el sistema es, al menos por el momento, invencible"[58]. De esta se desprenden una serie de consecuencias teóricas y prácticas que, como veremos, se han plasmado de manera bastante nítida en la agenda del postmodernismo. Por una parte, un interés casi obsesivo en el examen de las formas sociales que crecen en los márgenes o en los intersticios del sistema; por la otra, la búsqueda de aquellas fuerzas sociales que al menos momentáneamente puedan cometer alguna trasgresión en contra del sistema, o puedan fomentar alguna forma de subversión limitada y efímera en su contra. La celebración de lo marginal y lo efímero, el prejuicio de que lo minoritario es liberador (obnubilando la visión del papel que cumple una minoría muy especial como la burguesía) mientras que lo masivo y central, no marginal, pasa a ser demonizado, forman parte de este nuevo

57 *Idem*.

58 *Idem*.

ethos político-cultural. Si el sistema parece no solo inexpugnable sino también opresivo, el abandono de una teorización "moderna" como la marxista no deja otra escapatoria que recurrir a su negación puramente imaginaria. De este modo, "lo otro", lo diferente, se alza como el supuesto antagonista del orden existente. Y es precisamente su "otredad" lo que garantiza la radicalidad de su antagonismo al convertirlo en inasimilable y, por eso mismo, en la única (ilusoria) alternativa al sistema.

El remate de una elaboración que es consecuente con su punto de partida, la imbatibilidad del sistema, es lo que Eagleton denomina el "pesimismo libertario"[59]. Pesimismo, porque el sistema aparece como omnipotente y avasallador; libertario, porque permite soñar con múltiples subversiones y superaciones del sistema, pero sin que esto implique identificar agentes de carne y hueso capaces de llevar a la práctica tales ensoñaciones. El sistema está en todas partes y cancela la distinción entre "afuera" y "adentro": lo que está adentro forma parte de su maquinaria y es cómplice; lo que está "afuera" es impotente para doblegarlo. De ahí el pesimismo radical que permea este pensamiento, más allá de sus intenciones proclamadamente revolucionarias.

El texto de Eagleton es extraordinariamente sugerente y –escrito precisamente en momentos en que H&N ponían manos a la obra en la redacción de *Imperio*– anticipa con notable agudeza algunos de los rasgos generales de la teorización allí desarrollada. El imperio es, como el sistema, omnipresente, y si bien nuestros autores de ninguna manera afirman que el mismo es invencible, el tono de su argumentación culmina con una nota pesimista que se acerca en mucho a una definitiva capitulación. En todo el libro, las fuerzas del orden y la conservación son infinitamente más poderosas y eficaces que aquellas supuestamente llamadas a desmontar el imperio. En contra de los poderes de la bomba, el dinero, el lenguaje y las imágenes, se levanta el "héroe" tercermundista que en vez de la revolución escoge la emigración. El imperio, además, no reconoce

59 *Ibidem,* p. 19.

un "afuera" y un "adentro"; todos estamos "adentro" y, aunque no se diga explícitamente, todos estamos sometidos a sus arbitrios y argucias opresivas. Lo que puede derrumbarlo es la imprevisible acción del "otro" idealizado, la multitud, signado como está por la infinita combinatoria de inagotables singularidades. Las clases y el pueblo, categorías de inclusión de la época en la que presuntamente todavía existían un capitalismo "nacional" y el Estado-nación, se volatilizan en la obra de H&N y ceden su espacio a la esperanzada negatividad de la multitud. Y ciertos rasgos que nuestros autores identifican como portadores de una respuesta radical al sistema "diferencia", "hibridación", heterogeneidad e incansable movilidad son, como bien acota una vez más Eagleton, "nativos al modo de producción capitalista y por eso mismo de ninguna manera fenómenos inherentemente radicales".[60]

En todo caso, este síndrome está lejos de ser completamente original en la historia del marxismo y del pensamiento revolucionario. Con su habitual perspicacia lo había detectado Perry Anderson en una obra clave, publicada en un momento muy especial: 1976, cuando se producían las exequias del capitalismo keynesiano y el rotundo fracaso de la estrategia socialdemócrata (seguida tanto por los partidos socialistas como por los comunistas, especialmente en Italia, Francia y España), y ya se avizoraban los primeros signos de la contrarrevolución neoliberal. Se trata, claro está, de *Considerations on Western Marxism*, un libro concebido para examinar otro período histórico, el de los años veinte y comienzos de los treinta, también marcado a fuego por el signo de la derrota. No es nuestro propósito el tratar de reconstruir un diálogo imaginario entre Eagleton y Anderson, que no dudamos sería esclarecedor, máxime ante los desafíos que plantea tratar de comprender el preocupante extravío teórico que emblematiza un libro como *Imperio*.

Derrota en los veinte, nueva derrota en los ochenta. Pensamiento propio de aquello que Hannah Arendt retrataría con extraordinaria sutileza en su revisión de los avatares que

60 *Ibidem*, p. 21.

convulsionaron la vida de hombres y mujeres brillantes, en lo que Bertolt Brecht denominara "épocas oscuras". Una mirada panorámica a las vidas de Rosa Luxemburgo, Walter Benjamin, el propio Bertolt Brecht, para citar tan solo a quienes las consumieron en nombre de los ideales socialistas, deja algunas enseñanzas muy interesantes. Por ejemplo, que hasta el mismo momento en que sobreviene la catástrofe la realidad se ocultaba, gracias a la labor tanto de funcionarios como de intelectuales de buen corazón, debajo de una gruesa costra de discursos, dobles discursos y diversos dispositivos que hacían a un lado los datos desagradables y disipaban las dudas más razonables. Luego, de golpe, sobrevenía la tragedia[61]. ¿No será que Hardt y Negri han caído víctimas de esa aporía que parece regir la producción intelectual de los hombres que viven en estos tiempos oscuros? No podemos saberlo. En todo caso, Eagleton nos suministró algunas claves para entender las dificultades que tienen los intelectuales de izquierda para dar cuenta de los aspectos más ominosos de nuestra época. Anderson agrega otras, que se articulan muy bien con las del primero. Este marxismo de la derrota "paradójicamente invirtió la trayectoria del propio desarrollo intelectual de Marx"[62]. Si el fundador del materialismo histórico pasó de la filosofía a la política y luego a la economía política, la tradición del "marxismo occidental" invirtió ese recorrido y rápidamente buscó refugio –tanto de los rigores de la derrota de la revolución a manos del fascismo como de las frustraciones que brotaban de su "triunfo" y consolidación en la URSS– en las regiones más recónditas de la filosofía. El tránsito del joven Marx desde la filosofía a la política se fundaba en la convicción de que "la radicalidad de una crítica social exige ir más allá del hombre abstracto, y que para comprender al hombre situado es preciso adentrarse en la anatomía de la sociedad civil"[63]. Al desandar el camino de Marx

61 Hannah Arendt. *Men in Dark Times*, Harcourt Brace, San Diego: 1968, p. viii.

62 Perry Anderson. *Considerations on Western Marxism*, New Left Books, London: 1976. p. 52.

63 Este itinerario de Marx constituye aún hoy una fuente permanente

en lugar de profundizarlo y continuar avanzando, la reflexión filosófica y epistemológica volvió a ocupar el centro de la escena, eclipsando por completo las preocupaciones políticas, económicas e históricas del fundador. Esta reorientación hacia lo filosófico y lo metafísico, que se discierne claramente en la lectura de *Imperio*, va acompañada por otro rasgo que Anderson señaló como una de las marcas distintivas del marxismo occidental de entreguerras: el esoterismo del lenguaje y su inaccesibilidad excepto para los ya iniciados. "El exceso por encima del cociente de complejidad verbal mínimamente necesario fue un signo de su divorcio de toda práctica popular", nos dice Anderson[64]. Esta proliferación conceptual se manifestaba en algunos síntomas que también reaparecen en la obra de H&N: un lenguaje innecesariamente abstruso y enrevesado, una sintaxis por momentos impenetrable, una gratuita profusión de neologismos que solo contribuyen a tornar aún más hermética la obra. Por último, hay un tercer elemento constitutivo de esta regresión teórica: "ante la ausencia del polo magnético de un movimiento revolucionario de clase la aguja de la tradición (marxista) tendió a inclinarse cada vez más en dirección de la cultura burguesa contemporánea". Y concluye nuestro autor que "la relación original entre teoría marxista y práctica proletaria fue sutil pero firmemente sustituida por una nueva relación entre teoría marxista y teoría burguesa"[65]. Se puede comprobar la verdad contenida en este aserto con solo compilar una lista de los autores discutidos por H&N, pocos, muy pocos de los cuales tienen que ver con algunas de las grandes luchas protagonizadas por las clases y sectores populares en los últimos veinte años.

En una entrevista reciente, Michael Hardt ofreció algunas claves interesantes para comprender las razones de la asombrosa

de malos entendidos y grotescas simplificaciones. Una discusión detallada se encuentra en nuestro trabajo, adonde remitimos al lector interesado en estos temas: Atilio A. Borón (compilador), *Filosofía Política Moderna*, Clacso, Buenos Aires: 2000, p. 302.

64 P. Anderson. *Considerations..., op. cit.*, p. 54.

65 *Ibidem*, p. 55.

involución teórica que se concretiza en las páginas de *Imperio*. Hardt observaba en ella que en la época de Marx el pensamiento revolucionario reconocía tres principales fuentes de inspiración: la filosofía alemana, la economía política inglesa y la política francesa. "En nuestros días (…) las orientaciones han cambiado y el pensamiento revolucionario es orientado por la filosofía francesa, la ciencia económica norteamericana y la política italiana"[66]. Hardt está en lo cierto a condición de que esa reflexión se refiera a las orientaciones que prevalecieron en la redacción de su obra y no a las fuentes de inspiración del pensamiento revolucionario. En efecto, el peso que en *Imperio* tienen la filosofía francesa y las teorías económicas en boga en las escuelas de administración de empresas de los Estados Unidos es predominante. Claro está que nada autoriza a suponer que estos nuevos manantiales teóricos representen un paso adelante en el perfeccionamiento y desarrollo de una teoría sobre el capitalismo en su etapa imperialista y, mucho menos aún, en la elaboración de una "guía para la acción" que señale el sendero que habrán de recorrer las fuerzas sociales de la transformación y el cambio. En lugar de la dialéctica hegeliana, con su énfasis en la historicidad y transitoriedad de todas las instituciones y prácticas sociales, y el carácter contradictorio de la existencia social, el pensamiento contestatario contemporáneo busca renovar su arsenal teórico en fuentes tan dudosas como el estructuralismo y el postestructuralismo, la semiología, el psicoanálisis lacaniano y toda una serie de vertientes filosóficas caracterizadas por su adhesión al postmodernismo. Por otro lado, es imposible registrar como un paso hacia adelante el desplazamiento de la economía política y su reemplazo por la ciencia económica norteamericana, cuya estrechez de miras, formalismo pseudomatemático y superficialidad son en la actualidad universalmente reconocidas. Insinuar que el desplazamiento de figuras tales como Adam Smith y David Ricardo a manos de pigmeos tales como Milton Friedman o Rudiger Dornbusch pueda ser un indicio alentador en la construcción de

66 Michael Hardt. "El laboratorio italiano", mimeo, 2001.

un pensamiento de izquierda es, por decirlo con mucha prudencia, un error de características monumentales. Por último, decir que la política italiana –antiguo hogar del mayor partido comunista del hemisferio occidental, hoy gobernada por un personaje tan repulsivo como Silvio Berlusconi– es una renovada fuente de inspiración por comparación a la Francia del siglo XIX, con sus grandes insurrecciones populares y la experiencia maravillosa de la Comuna de París, el primer gobierno de la clase obrera en la historia universal, representa la candorosa confesión de un equívoco llamado a tener desastrosas consecuencias en el plano tanto teórico como práctico.

Pero aun tomando en cuenta las consideraciones precedentes no podemos sino interrogarnos acerca de cómo fue posible que un intelectual del calibre de Antonio Negri, que escribiera algunos de los libros y artículos más importantes que la tradición marxista produjera en el último cuarto de siglo pasado, haya escrito una obra como esta en la cual parece haberse olvidado de casi todo cuanto pensara antes[67]. Pocas dudas caben de que Negri ha sido uno de los más importantes teóricos marxistas. Nacido en Padua, Italia, en 1933, se graduó en Filosofía en la universidad de su ciudad natal y en los años sesenta fue designado profesor de Teoría del Estado en el Departamento de Ciencia Política de Padua. Al mismo tiempo, su involucramiento práctico en la política italiana lo convirtió en uno de los líderes de *Potere Operaio* y una de las figuras más sobresalientes de la izquierda italiana, muy crítico de la línea política y teórica auspiciada por el PCI. En 1979 Negri fue arrestado y enviado a la cárcel luego de un juicio completamente viciado de nulidad insanable. Se lo acusó de ser el mentor intelectual de las acciones terroristas de las Brigadas Rojas, incluyendo el asesinato del primer ministro italiano, Aldo Moro. En 1983 el Partido Radical Italiano, una mezcla moderada de liberalismo y socialdemocracia, auspició su candidatura al parlamento a efectos de presionar al gobierno italiano para que revisara la sentencia judicial. Electo diputado por

67 Sin desmerecer para nada los méritos de Michael Hardt, un intelectual más joven y cuya trayectoria política e intelectual todavía no es comparable a la de Negri.

el voto popular, su inmunidad parlamentaria le permitió abandonar la prisión. Poco tiempo después, la mayoría oficialista en el parlamento –con la infame complicidad de los votos de la bancada del PCI, en un gesto político escandaloso– procedió a retirarle su inmunidad y Negri, como muchos otros luchadores antifascistas antes, se exilió en Francia. Declarado rebelde por la ya entonces completamente corrompida justicia italiana, Negri fue condenado a cumplir una sentencia de treinta años de cárcel acusado de "insurrección armada contra el Estado", con un adicional de cuatro años y medio por su "responsabilidad moral" durante los violentos enfrentamientos entre la policía, los estudiantes y los obreros, ocurridos en Milán entre 1973 y 1977.

Su estancia en prisión no le impidió escribir profusamente textos entre los cuales sobresale *La Anomalía Salvaje*, publicado en 1981. Con anterioridad Negri ya había publicado algunas de sus principales contribuciones a la teoría marxista, tales como: *Operai e Stato. Tra Rivoluzione d'ottobre e New Deal* (1972), *Crisi dello Stato-piano* (1974), *Proletari e Stato* (1976), *La Forma Stato. Per la Critica dell'Economia Politica della Costituzione* (1977), *Marx oltre Marx* (1979), y un artículo seminal sobre la restructuración capitalista luego de la Gran Depresión, "Keynes y la teoría capitalista del estado", originariamente publicado en Italia y luego traducido a numerosas lenguas y reproducido en *Labor of Dionysus*, un libro que Negri escribiría años después con Michael Hardt. En Francia, Negri permanecería a lo largo de catorce años, entre 1983 y 1997. La protección del gobierno de François Mitterrand fue decisiva para disuadir a los servicios secretos del gobierno italiano que en un primer momento intentaron secuestrarlo. Mientras tanto, enseñó en la célebre *École Normale Supérieure* y en la Universidad de París VIII y, junto a otros distinguidos colegas franceses, fundó una nueva revista teórica: *Futur Antérieur*. Es más que evidente que durante su estancia en Francia Negri archivó sus tradicionales preocupaciones por la filosofía alemana y adquirió una gran familiaridad con los debates filosóficos franceses, marcados por la presencia de intelectuales tales como Louis Althusser, Alain Badiou, Etienne Balibar,

Jean Baudrillard, Gilles Deleuze, Jacques Derrida, Michel Foucault, Felix Guattari, Jacques Lacan, Jean-François Lyotard, Jacques Ranciere y muchos otros. Su residencia en Francia fue un período de intensa elaboración teórica y de profunda reorientación intelectual y, hasta cierto punto, política. Entre los libros más importantes publicados en esa época se cuentan *Les nouveaux espaces de liberté*, en colaboración con Felix Guattari (1985); *Fabbriche del soggetto* (1987); *The Politics of Subversion* (1989); *Il potere costituente* (1992); *Labor of Dionysus: a Critique of the State-form*, en coautoría con Michael Hardt (1994). En 1997, luego del escandaloso colapso del sistema institucional italiano y la crisis de la Democracia Cristiana y el Partido Socialista Italiano, Negri puso fin a su exilio parisino y regresó a Italia, donde su previa sentencia había sido revocada. Pasó un corto tiempo en la prisión de Rebibbia y, posteriormente, le fue concedida la posibilidad de servir una nueva sentencia, reducida y más benigna, que le permite estar durante el día en su casa en el *Trastevere* romano pero debiendo pernoctar en la prisión. Fue en este contexto cuando escribió, conjuntamente con Michael Hardt, el libro que hemos criticado en estas páginas.

Capítulo 8
La persistencia del Imperialismo

Los Estados Unidos parecen destinados por la Providencia a plagar a América Latina de miserias en nombre de la libertad.
Simón Bolívar

El objetivo radical repetidamente declarado en las páginas de *Imperio* –contribuir a la creación de "una estructura teórica general y [que] constituya una caja de herramientas conceptuales que permitan teorizar y actuar en el imperio y contra él"– se derrumba a tierra como producto de la incurable debilidad del análisis. Desafortunadamente, la caja de herramientas carece de algunos de los instrumentos más elementales para teorizar sobre el imperio y, mucho más, para luchar en su contra. Podríamos sintetizar esta crítica final diciendo que la falla crucial del libro se encuentra en sus graves errores de diagnóstico y la total desconexión o incompatibilidad entre un marco teórico de naturaleza indiscutiblemente conservadora –o, en el mejor de los casos, confusa–, derivado principalmente del saber convencional del neoliberalismo que exalta la globalización y "naturaliza" al capitalismo, y la visión borrosa de una nueva sociedad y un nuevo orden internacional a construir sobre premisas radicalmente diferentes. Si el diagnóstico es equivocado, la construcción social y política está condenada al fracaso. La fragilidad del análisis salta a la vista desde el mismo prefacio

del libro. La autoridad citada para definir el concepto fundamental que le otorga su nombre al libro no es Lenin, Bujarin, Luxemburgo o, en nuestros días, Samir Amin, André Gunder Frank, Immanuel Wallerstein, Eric Hobsbawm, Shmuel Einsestadt, Pablo González Casanova, Agustín Cueva, Alonso Aguilar, Helio Jaguaribe, John Saxe-Fernández, James Petras o tantos otros estudiosos que han contribuido a nuestra comprensión sobre el tema. No. Quien aparece es Maurice Duverger, un politólogo francés confortablemente instalado en las corrientes más convencionales de la disciplina y un académico que jamás fue asociado a ninguna de las vertientes del pensamiento crítico. Estas limitaciones son aún más conspicuas cuando uno observa la facilidad con la cual nuestros autores asumen como propias las definiciones convencionales de los teóricos gerencialistas, que conciben la globalización como un proceso "irresistible e irreversible" ante el cual los Estados democráticos deben caer de rodillas doblegados por su sola presencia. No es preciso ser demasiado perspicaz para reconocer en esta formulación esa vieja trampa de los ideólogos burgueses para los cuales el capitalismo no es otra cosa que el despliegue "natural" de los impulsos adquisitivos y egoístas del ser humano, y cualquier otra cosa que no sea capitalismo es "artificial" o producto imprudente de la voluntad política. De ahí a admitir también que su mera irresistibilidad e irreversibilidad no nos deja alternativas hay un solo paso, con lo cual quedamos firmemente instalados en el corazón mismo del pensamiento neoliberal. Es increíble que H&N no hayan prestado atención a los sensatos comentarios que hiciera no hace mucho un genuino liberal norteamericano, de sólidas convicciones socialdemócratas. Nos referimos a John K. Galbraith, quien agudamente sostuvo que "la globalización no es un concepto serio. Nosotros, los norteamericanos, lo inventamos para ocultar nuestra política de penetración económica en el exterior".[68]

68 John K. Galbraith. "Entrevista a John K. Galbraith", en *Folha de Sao Paulo* (Brazil), 2 de noviembre, 1997, p. 2.

La clamorosa inconsistencia entre análisis y objetivos políticos se revela también cuando el lector se pregunta hasta qué punto la "lógica global" del sistema está atravesada por contradicciones que, en su desenvolvimiento, puedan eventualmente conducir al colapso del sistema y a la preparación de las bases materiales y culturales para construir uno alternativo. Lo anterior es particularmente serio cuando uno descubre que nuestros autores parecen no tener la menor conciencia de la continuidad fundamental que existe entre la supuestamente "nueva" lógica global del imperio, sus actores fundamentales, sus instituciones, normas, reglas y procedimientos, y la que existía en la fase presuntamente difunta del imperialismo. H&N parecen no haberse percatado de que los actores estratégicos son los mismos: las grandes empresas transnacionales pero de base nacional y los gobiernos de los países industrializados; que las instituciones decisivas siguen siendo aquellas que signaron ominosamente la fase imperialista que ellos ya dan por terminada, como el FMI, el Banco Mundial, la OMC y otras por el estilo; y que las reglas del juego del sistema internacional siguen siendo las que dictan principalmente los Estados Unidos y el neoliberalismo global, y que fueran impuestas coercitivamente durante el apogeo de la contrarrevolución neoliberal de los años ochenta y comienzos de los noventa. Por su diseño, propósito y funciones estas reglas del juego no hacen otra cosa que reproducir incesantemente y perpetuar la vieja estructura imperialista bajo un ropaje renovado. Estaríamos mucho más cerca de la verdad si parafraseando a Lenin dijéramos que el imperio es la "etapa superior" del imperialismo y nada más. Su lógica de funcionamiento es la misma, como iguales son la ideología que justifica su existencia, los actores que la dinamizan y los injustos resultados que revelan la pertinaz persistencia de las relaciones de opresión y explotación. En los análisis de Marx, las contradicciones en el desenvolvimiento de la sociedad burguesa la conducían hacia su propia superación. La lógica del desarrollo social estaba presidida por las luchas de clases y las contradicciones entre las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción. El problema con los análisis de H&N es que la nueva lógica

global de dominio, que supuestamente preside el imperio imaginado por nuestros autores, carece de contradicciones estructurales o que le sean inherentes. La única que aparece es la amenaza que eventualmente podría llegar a representar la multitud, si es que esta despierta del sopor en que se encuentra y en el que es mantenida por obra y gracia de los medios de comunicación de masas y la industria cultural de la burguesía. Pero aun suponiendo que esta posibilidad se actualice, nada hay en el libro que pueda convencer al lector de que entre el imperio y la multitud existe una contradicción estructural y, por eso mismo, insalvable. Por el contrario, sería posible extender el argumento de nuestros autores hasta el punto de decir que si los gobernantes actúan con astucia, se encuentran en buena posición para absorber las demandas de la multitud, relajando las normas migratorias o estableciendo progresivamente un ingreso garantizado universal. Episodios en los cuales las clases dominantes se vieron forzadas a adoptar políticas progresistas para contener la marea popular y cooptar a potenciales adversarios no han sido infrecuentes en la historia política del siglo xx, y las dos medidas enunciadas más arriba de ninguna manera son incompatibles con la supervivencia de las relaciones capitalistas de producción ni con la continuidad del imperialismo.

En los años ochenta el neoliberalismo venció una batalla estratégica por el sentido de las palabras utilizadas en el habla cotidiana. En vastos territorios del globo la palabra "reforma" fue exitosamente utilizada para designar lo que cualquier análisis mínimamente riguroso no hubiera vacilado en calificar de "contrarreforma". Las mentadas "reformas" se materializaban en políticas tan poco reformistas como el desmantelamiento de la seguridad social, la reducción de las prestaciones sociales, los recortes en los presupuestos en salud, educación y vivienda, y la legalización del control oligopólico de la economía. La palabra "desregulación", a su turno, fue activamente promovida por los ideólogos neoliberales y gerencialistas tan profusamente citados en *Imperio* para aludir a un proceso por el cual se suprimían las intromisiones gubernamentales en la economía, a fin de restaurar la "autorregulación natural"

de los procesos económicos. De hecho, lo que la "desregulación" significa es que las pretéritas regulaciones establecidas por los gobiernos democráticos –y que remitían, de alguna manera, a un cierto grado de soberanía popular– fueron desterradas, con lo que la capacidad para regular el funcionamiento de los mercados quedó en las manos de sus actores más poderosos: los oligopolios. Las capacidades gubernamentales de regulación fueron privatizadas y transferidas a las grandes empresas. Tal como Samir Amin lo ha escrito, "todos los mercados están regulados, y solo funcionan bajo esa condición. La cuestión es conocer quién los regula y cómo"[69]. Para concluir: todo el sentido común de las dos décadas finales del pasado siglo estuvo saturado por los contenidos de la ideología neoliberal. Una prueba más de ello es la increíble aceptación que tuvo el dogma de que las empresas públicas eran necesariamente ineficientes o producían bienes y servicios de mala calidad, o que el Estado era un mal administrador, o que las empresas privadas satisfacían las demandas y los reclamos de los consumidores, que los oligopolios promovían el progreso social a través de la más irrestricta libertad de los mercados y que, por último –tal como lo rezaba la "teoría del derrame"–, si los ricos se enriquecían aún más, llegaría el momento en que la riqueza concentrada en las alturas de la estructura social comenzaría a derramarse hacia abajo, favoreciendo el progreso de los más pobres. Hoy por hoy, todas esas patrañas se encuentran enfrentadas ante una crisis terminal.

Durante mucho tiempo la hegemonía del neoliberalismo fue no solo económica e ideológica sino también política. También en este terreno se observa un retroceso. La economía no responde y luego de más de veinte años de dolorosos experimentos los resultados son terribles. La Argentina es tan solo el caso más reciente, pero de ninguna manera el único, que comprueba por enésima vez cuál es el resultado final de las políticas promovidas por el Consenso de Washington. Las fórmulas políticas del neoliberalismo triunfante,

69 Samir Amin. *El hegemonismo de los Estados Unidos y el Desvanecimiento del Proyecto Europeo*, El Viejo Topo, Madrid: 2001, p. 26.

cuyos arquetipos siguen siendo las siniestras figuras de Carlos S. Menem en la Argentina, Carlos Salinas de Gortari en México y Alberto Fujimori en el Perú, han demostrado su incapacidad para sostenerse en el poder y para estabilizar una nueva estructura de dominación adecuada a las necesidades de las clases dominantes del imperio. La hegemonía ideológica del neoliberalismo –esa capacidad para otorgar nuevos y contradictorios sentidos a viejas palabras– está sufriendo una acelerada erosión. *Imperio* podría bien llegar a ser un demorado capítulo de esa historia. El libro fue publicado en el año 2000 y su función real –y admitimos que esta no era la que pretendían sus autores– parece ser la de hacer más "digeribles" los rasgos cada vez más atroces y odiosos del imperialismo de fines de siglo, en donde la "superpotencia solitaria" –para usar la expresión de Huntington– se encontraba sumamente atareada sembrando desgracias en los más diversos rincones del planeta. Difícilmente algo podría haber sido más conveniente para los poderes imperialistas, conducidos no sin fricciones y contradicciones por los Estados Unidos, que esta representación del orden imperialista metamorfoseado en un sistema fantasmagórico, sin identificables dominadores y beneficiarios y, sobre todo, inspirado en las más elevadas nociones jurídicas de estirpe kantiana que solo los enemigos de la libertad y la justicia podrían criticar. Mientras nuestros autores daban los toques finales a su imperio metafísico, los imperialistas se desvivían por lanzar e implementar el Plan Colombia con el declarado propósito de estabilizar la situación política y militar de ese país, y controlar el tráfico de drogas en la región –cuyos fondos son prolijamente lavados en los paraísos fiscales de la región que sobreviven gracias a la complacencia de Washington. Dicho proyecto tiene también como otro de sus objetivos establecer una base estratégica en el corazón de Suramérica para desde allí monitorear los avances del movimiento popular en Brasil, casualmente sede de dos de las más importantes organizaciones de masas del mundo occidental como el PT y el MST. Otra iniciativa imperialista de envergadura es el Plan Puebla/Panamá, tendiente a "solucionar" el conflicto –aparentemente

incomunicable, según H&N– de Chiapas y, de paso, establecer una cabeza de playa en la mayor reserva acuífera mexicana con vistas a abastecer de ese vital líquido al sur de California. Amén de esto, el imperialismo organizó una "intervención humanitaria" en la ex-Yugoslavia, sabotea sin cesar la construcción del Mercosur a fin de facilitar la pronta "integración" formal de las economías de América Latina a la hegemonía norteamericana por la vía del Alca, y trabaja sin pausa para asegurar el concurso de algunos gobiernos de la región –puestos de rodillas, como los de Argentina, Costa Rica y Uruguay– para sancionar a Cuba por supuestas violaciones de los derechos humanos y para hacerle pagar un precio exorbitante por su indocilidad ante el imperialismo norteamericano. En otras latitudes, su activismo lo lleva a apoyar a sus aliados en Turquía para que practiquen sin temor alguno el genocidio de la minoría kurda, a que se haga lo propio con los timoreses orientales en Indonesia y con los palestinos a manos del gobierno fascista de Ariel Sharon en Israel. Pocos años antes, el imperio, supuestamente en nombre del derecho universal, había invadido Panamá masacrando a miles de civiles inocentes con el objeto de capturar al presidente Noriega, excolaborador de la CIA y la DEA, impuesto por Washington en la cima del poder estatal; había ocasionado más de 30 mil muertos en su ofensiva contra el gobierno sandinista de Nicaragua y conducido la Guerra del Golfo. En el terreno económico los imperialistas no estuvieron tampoco demasiado inactivos: promovieron tenazmente la aprobación del Acuerdo Multilateral de Inversiones, una pieza que legalizaría la tiranía de los mercados especialmente en el Tercer Mundo, y se prodigaron en esfuerzos para asegurar que el FMI y el Banco Mundial no prestaran ni un centavo a los países que no aceptaran las "condicionalidades" impuestas por los talibanes del mercado que manejan las instituciones financieras internacionales. Así, un préstamo reciente al Ecuador incluía unas ciento cuarenta cláusulas de este tipo –entre ellas, despidos masivos de funcionarios públicos, reducciones presupuestarias en gastos sociales, liberación de precios, etc.– y más de doscientas fueron reportadas en varios préstamos efectuados a los países del África Subsahariana,

todas ellas orientadas a consolidar la presencia de las "fuerzas del mercado" en la economía. Por otra parte, el imperialismo ha venido imponiendo incesantemente en los mercados globales políticas económicas que socavan severamente la soberanía económica de los países de la periferia y disminuyen las posibilidades de desarrollar sus economías, consolidar sus democracias y responder positivamente a las expectativas de progreso material y espiritual de sus poblaciones[70]. Leo Panitch señaló, con relación a este asunto, que un informe del Banco Mundial demuestra que el mismo año en que el MIA fue abortado "hubo no menos de 151 cambios en las regulaciones que gobiernan a las inversiones extranjeras directas en 76 países, y 89% de ellas fueron favorables al capital extranjero"[71]. Pablo González Casanova, por su parte, ha desarrollado una metodología para el estudio de las transferencias de excedentes desde la periferia tercermundista hacia el capitalismo metropolitano. En los veintitrés años comprendidos entre 1972 y 1995 el volumen de dichas transferencias succionadas por las clases dominantes del imperio llegó a la fabulosa cifra de 4,5 billones de dólares (o sea, 4,5 millones de millones de dólares); cálculos efectuados a la luz de esta metodología para América Latina exclusivamente por Saxe-Fernández y Núñez arrojan una cifra "que supera los 2 billones de dólares tributados en dos décadas de neoliberalismo globalizador, cifra cuya magnitud equivale al PIB combinado de todos los países de América Latina y el Caribe en 1997".[72]

En una palabra, la opresión imperialista prosigue imperturbable su curso, mientras que una patrulla extraviada de académicos radicales proclama que la edad del imperialismo ha concluido

---

70 Joseph Stiglitz. "What I learned at the world economic crisis", en *The New Republic*, April 17, 2000.

71 Leo Panitch. "The New Imperial State", en *New Left Review*, (March/April) n.° 2, 2000, p. 16.

72 Pablo Gonzalez Casanova. *La explotación global*, Ceiich/UNAM, México: 1998.
John Saxe-Fernández, James Petras, Henry Veltmeyer y Omar Núñez, *Globalización, Imperialismo y Clase social*, Grupo editorial Laumen/Humanitas, Buenos Aires y México: 2001, pp. 105 y 111.

y exalta la figura de san Francisco de Asís como paradigma de la renovada militancia en contra de los espectros de un imperio inasible, indefinible, inhallable y, por eso mismo, imbatible. Lo que los teóricos del imperialismo como Brzezinski y Huntington reconocen abiertamente, mágicamente desaparece de la visión de la "crítica radical" al imperio. Mientras tanto, unas 100 mil personas por día mueren en la periferia debido al hambre, la desnutrición y las enfermedades curables debido a la ininterrumpida continuidad de las exacciones de este imperio, presuntamente sin imperialismo, que día a día produce un baño de sangre; esas personas mueren sin recibir una mínima atención médica. Cada año un país del tamaño de España, Argentina, o Colombia es borrado de la faz de la Tierra en nombre del infame "nuevo orden económico internacional", un orden que, si hemos de creer a H&N, ya ha dejado de ser imperialista (PNUD, varios años).

El empecinamiento de H&N en defender sus erróneas concepciones se acentuó, luego de la publicación de su libro, en una entrevista que Negri le otorgó a *Le Monde Diplomatique*. Este autor insistió en su posición de que el imperio carece de base nacional y que es la expresión de un orden internacional creado por "el capital colectivo", una vez que emergió victorioso de la larga guerra civil del siglo xx. "Contrariamente a lo que sostienen los últimos defensores del nacionalismo, el imperio no es norteamericano; además, a lo largo de la historia los Estados Unidos han sido mucho menos imperialistas que los británicos, los franceses, los rusos o los holandeses"[73]. De acuerdo con Negri, los beneficiarios del imperio son ciertamente los capitalistas norteamericanos, pero también sus contrapartes europeas, los magnates que construyeron sus fortunas con la mafia rusa y los ricachones del mundo árabe, o de Asia, África o América Latina, quienes envían sus hijos a Harvard y sus dineros a Wall Street. Claramente, en esta pseudototalidad del imperio y en su insoportable vacuidad no solo no hay espacio

73 Antonio Negri. "The Empire after Imperialism", en *Le Monde Diplomatique*, January, 2001, p. 13.

teórico para distinguir entre explotadores y explotados, sino que tampoco existe un espacio como para concebir a la coalición dominante como algo distinto a un indiferenciado amasijo de capitalistas. De este modo y a partir de esta esterilidad analítica, el "capital colectivo" obra el milagro de controlar a la economía mundial –¡recuerde el lector que apenas doscientas megacorporaciones transnacionales, el 96% de ellas con sus casas matrices en solo ocho países, tienen un volumen combinado de ventas que supera al PIB de todos los países del globo, excepto los nueve mayores!– sin estructuras, organizaciones, instituciones, jerarquías, agentes, reglas y normas[74]. Además, si llegara a surgir algún conflicto en su interior, este sería meramente accidental o circunstancial y se resolvería fácilmente apelando a la buena voluntad de las partes. De un plumazo el orden mundial creado por la hegemonía norteamericana en la postguerra se desvanece frente a nuestros ojos y los magnates de la mafia rusa parecen tener la misma gravitación que sus contrapartes norteamericanas. Las principales instituciones modeladoras del orden imperialista internacional –el FMI, el Banco Mundial, la OMC, la OTAN, la OECD y otras análogas– parecieran no tener más relación con Washington que la que guardan con la familia de Osama Bin Laden o de algún otro magnate del mundo árabe, pese a que los intelectuales orgánicos del imperio insisten en caracterizarlas como parte informal del gobierno norteamericano. En esta visión fantasmagórica del imperio las "condicionalidades" de las instituciones financieras internacionales serían dictadas por un billonario árabe, un banquero portugués, un ballenero del Japón, un oligarca latinoamericano y, por supuesto, un empresario norteamericano. Del mismo modo, los movimientos erráticos de las Naciones Unidas son el resultado de la puja entablada entre los sujetos arriba mencionados. No hace falta ser un experto en

74 Agregamos: los ingresos anuales de la Exxon son casi iguales al PIB de Australia; los de la Ford se equiparan con los de Dinamarca; los de la petrolera anglo-holandesa Shell casi duplican al PIB de uno de los mayores productores de petróleo del mundo: Venezuela. La General Motors, por su parte, percibe cada año una cifra superior al PIB combinado de Irlanda, Nueva Zelanda y Hungría (Restivo, pp. 24/25).

relaciones internacionales para demostrar la falsedad de toda esta argumentación. Los recientes acontecimientos ocurridos en Venezuela –el fracasado "golpe de Estado" en contra de Hugo Chávez– despejan cualquier duda acerca de la persistente presencia opresiva del imperialismo. Un golpe que la CIA venía preparando desde hacía más de un año, bendecido horas después de producido, en un gesto de soberbia rayano en la estupidez, por el vocero presidencial de la Casa Blanca (violando las resoluciones de la OEA que Washington impulsara cuando tal cosa le convenía) y que de inmediato contó con la "desinteresada" colaboración del FMI que, sorprendentemente y sin que nadie lo solicitara, ofreció su ayuda al nuevo gobierno cuando este había sido tan solo reconocido por los Estados Unidos y su lacayo europeo, José M. Aznar, cuando la situación aún no se había definido. Este gesto del FMI ratifica por enésima vez que ese "organismo multilateral" es, en realidad, una dependencia menor de la Casa Blanca.

Estos antecedentes invalidan por completo la interpretación que, en continuidad con los temas desarrollados en *Imperio*, Negri hiciera en una reciente entrevista:

> Pensamos que no hay un lugar de centralización del imperio, que es preciso hablar de un no lugar. No decimos que Washington no sea importante: Washington posee la bomba. Nueva York posee el dólar. Los Ángeles posee el lenguaje y la forma de la comunicación.[75]

Huelgan los comentarios.

75 Gabriel Albiac. "El comunismo al día", en *Radar*, suplemento literario de *Página/12,* Buenos Aires: 30 de marzo de 2002, p. 2.

Epílogo

La fama y la celebridad rara vez han sido compañeras del pensamiento crítico. Tal como lo enseña la historia de la filosofía política, los espíritus contestatarios fueron casi siempre perseguidos y silenciados por las clases dominantes. En la mayoría de los casos esto se lograba apelando a formas coercitivas más o menos brutales. Antonio Negri ha sido, durante casi treinta años, víctima de esta metodología: su militancia en las luchas sociales italianas, al igual que sus significativas contribuciones volcadas en el terreno de la teoría y filosofía políticas –terreno, claro está, también surcado por los avatares de las luchas de clases– atrajo sobre sí la furia de la burguesía italiana y de sus representantes políticos y, con ella, la persecución, la cárcel y el exilio. En otras ocasiones, menos frecuentes, quienes impugnaban el orden social existente merecían apenas la indiferencia de los poderosos. Ello ocurría cuando los grupos dominantes se encontraban en una posición tan segura y tenían tanta confianza en la estabilidad de su propia supremacía, que se permitían el lujo de practicar el arte de la tolerancia. Claro está que este ejercicio tenía como condición que las voces disonantes solo pudieran ser oídas en un pequeño círculo de inofensivos adversarios, carentes de cualquier ligazón orgánica con la sociedad civil y, por ese motivo, completamente incapaces de plantear un serio desafío a las clases dominantes. Habida cuenta de estos antecedentes, ¿cómo explicar los "ilimitados elogios" que,

según John Bellamy Foster, fueron derramados sobre dos académicos de izquierda –tal es el caso de Michael Hardt y Antonio Negri– en algunos de los bastiones intelectuales más selectos de la burguesía, como el *New York Times*, el *Time Magazine* y el *Observer,* de Londres, a los cuales podríamos agregar entre nosotros a un periódico tan ligado a las fracciones más reaccionarias del capital como *La Nación*?[76]

Concluido nuestro examen, la razón parece ser bastante clara: la favorable acogida brindada por los mandarines del *establishment* a *Imperio* demuestra que estos leyeron cuidadosamente el libro, captaron correctamente su mensaje más profundo y acertadamente concluyeron que no había nada en el mismo que pudiera ser considerado incompatible con la ideología dominante o con la visión que de sí mismos gustan exhibir los poderosos. Si bien el radicalismo metafísico de su narrativa y sus abstrusas alusiones a las contradicciones del capitalismo no dejaban de irritar a los intelectuales más intolerantes y de mente estrecha del imperio, el argumento central del libro evidenciaba una sorprendente y bienvenida similitud con las principales tesis que los ideólogos de la "globalización" habían venido propagando por todo el mundo desde los años ochenta, a saber: que el Estado-nación se encuentra prácticamente extinto, que una lógica global gobierna el mundo, y que para desafiar esta ominosa estructura –cuyos concretos beneficiarios así como sus víctimas y oprimidos se pierden en las sombras– existe una nueva y amorfa entidad, la "multitud", y ya no más el pueblo y mucho menos los trabajadores o el proletariado. No obstante las reiteradas invocaciones al comunismo y la buena sociedad, que producen escalofríos entre los energúmenos imperiales, el libro que estamos criticando deja al lector huérfano a la hora de responder por qué los hombres y las mujeres del imperio deberían rebelarse, contra quiénes, cómo y para crear qué tipo de sociedad. A pesar de ser formalmente criticado, en las páginas de *Imperio* el capitalismo como un modo de

76 John Bellamy Foster. "Imperialism and 'Empire'", en *Monthly Review*, Vol. 53, N.º 7, December, 2001.

producción inhumano, opresivo, explotador e injusto se desvanece en el diáfano aire de la postmodernidad. Se torna, por así decirlo, invisible, al igual que el imperialismo norteamericano, y de esa manera ambos quedan "naturalizados". El hambre, la indigencia, la muerte, las guerras, las enfermedades y todo el catálogo de miserias humanas que pudieron observarse a lo largo del siglo xx son retóricamente transformadas en una fraseología opaca y casi impenetrable, la cual, pese a las manifiestas intenciones en contrario de sus creadores, oculta los rasgos más infames de la globalización neoliberal y el capitalismo contemporáneo.

Por las razones expuestas a lo largo de nuestro libro nos parece altamente improbable que los luchadores antiimperialistas del mundo puedan hallar en *Imperio* algún argumento realista y persuasivo que ilumine sus pasos o los ayude a comprender lo que está ocurriendo en el mundo. Por el contrario, debido precisamente a sus errores y confusiones se comprenden las razones por las que ese libro fue aclamado como una verdadera revelación por algunos de los medios de comunicación más importantes del mundo e íntimamente asociados a la estructura imperialista que nos agobia. En todo caso, bueno es saber que, como lo recordaba Hannah Arendt, "aún en lo más negro de la noche todavía tenemos el derecho de esperar alguna iluminación" y que esta probablemente provenga menos de un vistoso aparato conceptual y teórico que de las pequeñas luces que se desprendan de las iniciativas que mujeres y hombres adopten para poner fin –tal como lo recordaba Marx– a esta dolorosa y bárbara "prehistoria" de la humanidad para entrar en una fase civilizatoria superior[77]. Queremos creer, en todo caso y para regresar a la consideración de la obra de Hardt y Negri, que los errores que hemos identificado en *Imperio* podrán ser subsanados en un nuevo trabajo emprendido por estos autores. En el caso de Negri estamos inclinados a pensar que los problemas detectados en este libro pueden deberse a las distorsiones que produce un prolongado exilio, aunque sea en París; a la imposibilidad de viajar

77 Hannah Arendt. *Men in Dark Times*, Harcourt Brace, San Diego: 1968, p. ix.

por el mundo para comprobar, con sus propios ojos, las siniestras realidades del imperialismo; y, por último, a la enrarecida atmósfera intelectual parisina, cuyo provincialismo y espléndida autorreferencialidad fueron reiteradamente subrayados por notables intelectuales franceses, como Sartre, o radicados en Francia, como Poulantzas. Las contribuciones de Negri al desarrollo de la teoría social y política del marxismo no merecen tan decepcionante final. Esperamos de todo corazón poder tener en fechas próximas la satisfacción de comentar, en términos completamente diferentes, un nuevo libro en donde el extraordinario talento de Negri se reencuentre con su propia historia.

Bibliografía

Albiac, Gabriel. (2002). "El comunismo al día". En *Radar*, suplemento literario de *Página/12,* Buenos Aires, 30 de marzo.

Amin, Samir. (1974). *Accumulation on a World Scale*. New York: Monthly Review Press.

Amin, Samir. (1992). *Empire of Chaos*. New York: Monthly Review Press.

Amin, Samir. (1997). *Capitalism in the Age of Globalization*. London and New Jersey: Zed Books.

Amin, Samir. (2001). *El hegemonismo de los Estados Unidos y el desvanecimiento del Proyecto Europeo*. Madrid: El Viejo Topo.

Anderson, Perry. (1976). *Considerations on Western Marxism*. London: New Left Books.

Arendt, Hannah. (1968). *Men in Dark Times*. San Diego: Harcourt Brace.

Arrighi, Giovanni. (1995). *The Long Twentieth Century*. London: Verso.

Barlow, Maude. (1998). "Creeping Corporativism. Every Cultural Institution is in Jeopardy". En *The Bulletin,* Toronto, 51, n.º 12.

Bellamy Foster, John. (2001, December). "Imperialism and 'Empire'". En *Monthly Review*, Vol. 53, n.º 7.

Borón, Atilio A. (1997). *Estado, Capitalismo y Democracia en América Latina*. Buenos Aires: Eudeba/CBC.

Borón, Atilio A.; Julio Gambina y Naúm Minsburg (compiladores). (1999). *Tiempos Violentos. Neoliberalismo, globalización y desigualdad en América Latina*. Buenos Aires: Clacso/Eudeba.

Borón, Atilio A. (compilador). (2000). *Filosofía Política Moderna*. Buenos Aires: Clacso.

Borón, Atilio A. (2000). *Tras el Búho de Minerva. Mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Borón, Atilio A. (2001). "El nuevo orden imperial y cómo desmontarlo". En José Seoane y Emilio Taddei (compiladores) *Resistencias Mundiales. De Seattle a Porto Alegre*. Buenos Aires: Clacso.

Borón, Atilio A. (2001) "La selva y la polis. Interrogantes en torno a la teoría política del Zapatismo". En *Chiapas,* México, n.° 12.

Bowles, Samuel y Gintis, Herbert. (1982). "The crisis of liberal democratic capitalism: the case of United States". En *Politics and Society*, Vol. II, n.º 1, pp. 51-93.

Bowles, Samuel y Gintis, Herbert. (1986). *Democracy and Capitalism. Property, Community, and the Contradictions of Modern Social Thought*. New York: Basic Books.

Brzezinski, Zbigniew. (1998). *El Gran Tablero Mundial: la superioridad norteamericana y los imperativos geoestratégicos*. Buenos Aires: Paidós.

Cangi, Adrián. (2002, 31 de marzo). "Pequeño saltamontes". En *Radar*, suplemento literario de *Página/12,* Buenos Aires.

Cardoso, Oscar Raúl. (2003, 26 de octubre). "'La Argentina no sabe qué hacer con su burguesía'. Entrevista con el filósofo Toni Negri", suplemento zona del diario *Clarín,* Buenos Aires.

Chomsky, Noam. (1993). *Year 501. The Conquest Continues*. Boston: South End Press.

Chomsky, Noam. (1994). *World Orders, Old and New*. London: Pluto Press.

Chomsky, Noam. (1998). *Noam Chomsky habla de América Latina*. Buenos Aires: Editorial 21.

Chomsky, Noam. (2000, enero). "Poder en el escenario global". En *New Left Review,* Madrid, edición en español n.º 0, pp. 232-262.

Chomsky, Noam. (2000). "Una entrevista con Noam Chomsky". En Borón.

Chomsky, Noam. (2001). *El terror como política exterior de los Estados Unidos*. Buenos Aires: Libros del Zorzal.

Cox, Robert W. (1986). "Social Forces, States and World Orders: Beyond International Relations Theory". En Robert O. Keohane, *Neorealism and its Critics*. New York: Columbia University Press.

Cox, Robert W. (1987). *Production, Power, and World Order. Social forces in the making of history*. New York: Columbia University Press.

Cueva, Agustín. (1986, julio/diciembre). "La democracia en América Latina: ¿Novia del socialismo o concubina del imperialismo?". En *Estudios Latinoamericanos,* México, Cela/FCPyS, UNAM, Vol I, año 1, n.º 1, pp. 49-54.

Dahl, Robert A. (1995). *A Preface to Economic Democracy*. Berkeley and Los Angeles: University of California Press.

Sousa Santos, Boaventura de. (1999). *Reinventar la Democracia. Reinventar el Estado*. Madrid: Ediciones Sequitur.

Tocqueville, Alexis de. (1957). *La Democracia en América*. México: Fondo de Cultura Económica.

Drucker, Peter F. (1997, September/October). "The Global Economy and the Nation-State". En *Foreign Affairs*, Vol. 76, n.º 5, pp.159-171.

Eagleton, Terry. (1997). "Where do postmodernists come from?". En Ellen Meiksins Wood y John Bellamy Foster (compiladores). *In Defense of History*. New York: Monthly Review Press.

Galbraith, John K. (1997, 2 de noviembre). "Entrevista a John K. Galbraith". En *Folha de Sao Paulo,* Brazil, pp. 2/13.

González Casanova, Pablo. (1998). *La explotación global*. México: Ceiich/UNAM.

Gramsci, Antonio. (1971). *Selections from the Prison Notebooks*. New York: International Publishers.

Hardt, Michael y Negri, Antonio. (2000). *Empire*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press. Traducción al español: *Imperio*. Buenos Aires: Paidós (2002).

Hardt, Michael. (2001). "El laboratorio italiano". Mimeo.

Huntington, Samuel P. (1999). "The lonely superpower". En *Foreign Affairs*, Vol. 78, n.° 2.

Kapstein, Ethan. (1991/92) "We Are Us: The Myth of the Multinational". En *The National Interest* (Winter).

Lander, Edgardo. (1998, April/September). "El Acuerdo Multilateral de Inversiones (MIA). El capital diseña una constitución universal". En *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*. Caracas, n.° 2-3.

Lukács, Gyorgy. (1971). *History and Class Consciousness*. Cambridge: MIT Press.

Meiksins Wood, Ellen. (1995). *Democracy against Capitalism. Renewing Historical Materialism*. Cambridge: Cambridge University Press.

Meiksins Wood, Ellen. (2000, junio). "Trabajo, clase y estado en el capitalismo global". En *Observatorio Social de América Latina,* Buenos Aires: Clacso, n° 1, pp. 111-118.

Negri, Antonio. (1991). "J. M. Keynes y la teoría capitalista del Estado en el '29". En *El Cielo por Asalto,* Buenos Aires, año I, n.° 2, pp. 97-118.

Negri, Antonio. (2001, January). "The Empire after Imperialism". En *Le Monde Diplomatique*.

NEJM, *New England Journal of Medicine*. (1990, January). Citada en Chomsky, Noam. (1993).

Panitch, Leo. (2000, March/April). "The New Imperial State". En *New Left Review,* n.° 2, pp. 5-20.

Restivo, Néstor. (2002, 17 de marzo). "Entre las 100 economías más grandes, 51 son multinacionales". En *Clarín,* Buenos Aires.

Saxe-Fernández, John; Petras, James; Veltmeyer, Henry y Núñez, Omar. (2001). *Globalización, Imperialismo y Clase social*. Buenos Aires y México: Grupo editorial Laumen/Humanitas.

Stiglitz, Joseph. (2000, April 17). "What I learned at the world economic crisis". En *The New Republic*.

Strange, Susan. (1986). *Casino Capitalism.* Oxford: Blackwell Publishers.

Strange, Susan. (1989). "Towards a Theory of Transnational Empire", en E-O, Czempiel and Rosenau, J., compiladores. *Global Changes and Theoretical Challenge. Approaches to World Politics for the 1990's*. Lexington: Lexington Books.

Strange, Susan. (1998). *Mad Money. When markets outgrow governments*. Ann Arbor: The University of Michigan Press.

The Economist. (1997, September 20/26). "The Future of the State".

United Nations Development Program (UNDP). Informes de varios años publicados en el *Human Development Report*. New York: United Nations.

Wallerstein, Immanuel. (1974). *The Modern World System*, Vol. 1. New York: Academic Books.

Wallerstein, Immanuel. (1980). *The Modern World System*, Vol. 2. New York: Academic Books.

Wallerstein, Immanuel. (1988). *The Modern World System*, Vol. 3. New York: Academic Books.

Wallerstein, Immanuel. (1995). *After Liberalism*. New York: The New Press.

Weiss, Linda. (1997, September/October). "Globalization and the Myth of the Powerless States". En *New Left Review*, n.° 225.

Wresch, William. (1996). *Disconnected. Haves and Have-Nots in the Information Age*. New Brunswick: Rutgers University Press.

Índice

Palabras preliminares 9

Prólogo (necesario)
a la quinta edición en lengua castellana 13

Prólogo 29

Capítulo 1
Sobre perspectivas, horizontes de visibilidad y puntos ciegos 35

Capítulo 2
La constitución del Imperio 39

Capítulo 3
Mercados, empresas transnacionales y economías nacionales 57

Capítulo 4
Visiones alternativas del Imperio 75

Capítulo 5
El Estado-nación y la cuestión de la soberanía 91

Capítulo 6
El misterio irresuelto de la multitud 105

Capítulo 7
Apuntes para una sociología del pensamiento revolucionario en tiempos de derrota 117

Capítulo 8
La persistencia del Imperialismo 131

Epílogo 143

Bibliografía 147

Edición digital
noviembre de 2015
Caracas - Venezuela

ATILIO BORÓN (Argentina, 1943)
Sociólogo, doctorado en Ciencias Políticas por la Universidad de Harvard. Se ha destacado como ensayista y profesor y ha publicado una gran cantidad de trabajos de orientación marxista que apuntan al fortalecimiento del socialismo en América Latina. Entre sus publicaciones vale mencionar: *América Latina en la Geopolítica del Imperialismo* (2012), reconocida con el Premio Libertador al Pensamiento Crítico en su 8.ª edición (2013).

IMPERIO & IMPERIALISMO

Es un título fundamental en la trayectoria del autor por su contribución teórico-crítica. En el año 2004 le fue otorgado el Premio de Ensayo Ezequiel Martínez Estrada de la Casa de las Américas. En este ensayo critica la postura sostenida por Michael Hardt y Antonio Negri en su libro *Imperio*, desarticulando los argumentos que llevan a estos dos importantes intelectuales a suponer el declive del Estado nacional y su sustitución por un imperio global. Se trata de un libro polémico que expone las contradicciones presentes en las ideas de Hardt y Negri mediante razonamientos teóricos y evidencias empíricas. En referencia al Imperio, como espacio político en el que desaparecen los Estados nacionales, Borón nos advierte que: "Una ciudad sin Estado es el fin de la política"; y señala que el reconocimiento mundial dado al pensamiento globalizador se debe a la necesidad ideológica del capitalismo para reciclarse a sí mismo.

9 781234 567897

Gobierno Bolivariano de Venezuela | Ministerio del Poder Popular para la Cultura

PuebloVictorioso